

17.1

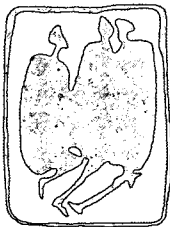
A 287

ARZOBISPADO DE SANTIAGO
COMISION DE DOCUMENTACION Y
ARCHIVO DE LA VICARIA DE LA SOLIDARIDAD

ARZOBISPADO DE SANTIAGO
FUNDACION DE DOCUMENTACION Y
ARCHIVO DE LA VICARIA DE LA SOLIDARIDAD

CHILE: LA MEMORIA PROHIBIDA

colección



testimonio

Edición al cuidado de JUAN ANDRÉS PIÑA

Portada de Sebastián Barros sobre una
fotografía de Eduardo Alvarez

Composición y diseño Cran Ltda.

© Eugenio Ahumada
Rodrigo Atria
Javier Luis Egaña
Augusto Góngora
Carmen Quesney
Gustavo Saball
Gustavo Villalobos

© Pehuén Editores, 1989
María Luisa Santander 537
Inscripción N° 72.881
ISBN 956-16-01973

ISBN 956-16-0199K (obra completa)

Derechos reservados para todos los
países de lengua castellana.

Primera edición, agosto de 1989

Segunda edición, octubre de 1989

Tercera edición, febrero de 1990

Cuarta edición, mayo de 1990

Impreso en los talleres de
Imprenta Pucará
Matucana 1509, Santiago

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

CHILE: LA MEMORIA PROHIBIDA

**LAS VIOLACIONES A LOS DERECHOS HUMANOS
1973 - 1983**

Eugenio Ahumada

Javier Luis Egaña

Augusto Góngora

Carmen Quesney

Gustavo Saball

Gustavo Villalobos

Texto: Rodrigo Atria

CUARTA EDICION



pehuén

VOLUMEN I

INDICE GENERAL

VOLUMEN I

Las condiciones de una reconciliación. <i>Ernesto Sábato</i>	XV
Sin memoria no hay identidad. <i>Cristián Precht Bañados</i>	XVII
La verdadera esencia de la vida. <i>Theo van Boven</i>	XVIII
Una misma sed de justicia. <i>Charles Harper</i>	XXI
Porque este era el único camino. <i>Helmut Frenz</i>	XXIV
Parte de un solo cuerpo. <i>Pablo Evaristo Arns</i>	XXVIII
A la manera del buen samaritano. <i>Raúl Silva Henríquez</i>	XXX
Prólogo	XXXI
 <i>Capítulo 1</i>	
Vivir sobre un barril de pólvora	3
 <i>Capítulo 2</i>	
La última oportunidad	31
 <i>Capítulo 3</i>	
Las horas finales	55
 <i>Capítulo 4</i>	
El camino de la liberación	67
 <i>Capítulo 5</i>	
“¡Están todos muertos!”	77
 <i>Capítulo 6</i>	
La muerte de un Presidente	131
 <i>Capítulo 7</i>	
Un golpe distinto	155
 <i>Capítulo 8</i>	
Había pasado el propio Atila	191
 <i>Capítulo 9</i>	
El gran miedo	213

<i>Capítulo 10</i>	
El imperio de los nuevos tiempos	221
<i>Capítulo 11</i>	
“Le conté que me habían fusilado”	229
<i>Capítulo 12</i>	
El destino de los hombres de Allende	279
<i>Capítulo 13</i>	
La obra de la justicia	311
<i>Capítulo 14</i>	
El helicóptero de la muerte	341
<i>Capítulo 15</i>	
La primera piedra de la paz	375
<i>Capítulo 16</i>	
La primera piedra de la guerra	389
<i>Capítulo 17</i>	
“Hacen escarmio de mi indefensión”	405

VOLUMEN II

<i>Capítulo 1</i>	
¿Un país de hermanos?	9
<i>Capítulo 2</i>	
“La represión no es la paz”	23
<i>Capítulo 3</i>	
Un país en las catacumbas	39
<i>Capítulo 4</i>	
El asesinato de un general de la república	65
<i>Capítulo 5</i>	
El Caso Zamora	91

<i>Capítulo 6</i>	
La Operación Colombo o El caso de los 119	101
<i>Capítulo 7</i>	
¿Quién le temía a Bernardo Leighon?	141
<i>Capítulo 8</i>	
El gambito del Cardenal	167
<i>Capítulo 9</i>	
Algo digno de Kafka	197
<i>Capítulo 10</i>	
Lo que pudo ser una babel	211
<i>Capítulo 11</i>	
El acoso a la Iglesia	231
<i>Capítulo 12</i>	
Un rechinar de dientes	245
<i>Capítulo 13</i>	
El itinerario del Comando Conjunto	271
<i>Capítulo 14</i>	
La agresión de Pudahuel	349
<i>Capítulo 15</i>	
El condor anda de caza	369
<i>Capítulo 16</i>	
Una de cal y otra de arena	413
<i>Capítulo 17</i>	
Aflora la discordia	433
<i>Capítulo 18</i>	
La trampa del Caso Veloso	471

VOLUMEN III

<i>Capítulo 1</i>	
La metamorfosis de la Dina	9
<i>Capítulo 2</i>	
La lágrimas de Townley	49
<i>Capítulo 3</i>	
El Convenio de Quantico	95
<i>Capítulo 4</i>	
El derecho a ser persona	145
<i>Capítulo 5</i>	
La guerra secreta	159
<i>Capítulo 6</i>	
Una imposible extradición	193
<i>Capítulo 7</i>	
Los secuestros del Covema	225
<i>Capítulo 8</i>	
Los goznes de la historia	273
<i>Capítulo 9</i>	
La excomunión de los torturadores	323
<i>Capítulo 10</i>	
¿Algo nuevo bajo el sol?	341
<i>Capítulo 11</i>	
El Caso Calama	381
<i>Capítulo 12</i>	
El asesinato de Tucapel Jiménez	437
<i>Capítulo 13</i>	
El primer brote de primavera	457
<i>Epílogo</i>	
El asesinato de José Manuel Parada	525

Durante la realización del presente libro, distinguidas personalidades ligadas a la defensa de los derechos humanos quisieron acompañar este trabajo a través de los textos de adhesión que reproducimos en las páginas siguientes.

LAS CONDICIONES DE UNA RECONCILIACION

ERNESTO SABATO

Saludo a los hombres y mujeres que trabajaron en silencio, con coraje y decisión, para investigar la suerte de las víctimas del terror en Chile, esa tierra hermana cuya suerte nos preocupa como la nuestra propia. Esta tarea histórica en favor de la dignidad humana bajo la dictadura de Pinochet será de decisiva trascendencia en el futuro inevitablemente democrático, tal como lo fue el *Nunca más* de nuestra comisión en la Argentina. Este libro, que llegó a las manos de millones de argentinos, creó una conciencia del horror que habían vivido durante siete años y fue lo suficientemente fuerte como para parar la tentativa de golpe de Estado en la Semana Santa del año 1987: puede decirse que la nación entera salió a la calle, en todas las ciudades y pueblos de la Argentina, para manifestar su enérgico apoyo a las instituciones republicanas.

La Conadep fue instituida por el Presidente Alfonsín, a los pocos días de hacerse cargo de su investidura, no para juzgar, pues para eso están los jueces que determina la Constitución, sino para indagar la suerte de los desaparecidos durante los aciagos años de la dictadura. Después de haber recibido varios miles de declaraciones y testimonios y de haber verificado la existencia de cientos de lugares clandestinos de detención y de acumular más de 50 mil páginas documentales, llegamos a la certidumbre de que se había producido la más grande tragedia de nuestra historia, y la más salvaje. De modo que si bien debíamos esperar de la justicia la palabra definitiva, no podíamos dejar de emitir un juicio moral sobre lo que consideramos crímenes de lesa humanidad. Con la técnica de la desaparición y sus consecuencias, todos los principios éticos que las grandes religiones y las más elevadas filosofías erigieron a lo largo de milenios de sufrimientos y calamidades, fueron pisoteados y bárbaramente desconocidos.

Con tristeza, con dolor hondísimo, cumplimos la misión que nos encomendó el

Presidente Constitucional de la República. Esta labor fue muy ardua, porque debimos recomponer un tenebroso rompecabezas, después de muchos años de producidos los hechos, cuando se habían borrado deliberadamente los rastros, quemado las documentaciones y hasta demolido edificios. Tuvimos que basarnos, pues, en las denuncias de los familiares, en las declaraciones de aquéllos que pudieron salir del infierno y aun en los testimonios de represores que por oscuras motivaciones se acercaron a nosotros para decirnos lo que sabían.

En el curso de nuestras indagaciones fuimos insultados y amenazados por los que cometieron los crímenes, quienes, lejos de arrepentirse, volvieron a repetir las consabidas razones de "la guerra sucia", de la salvación de la patria y de sus valores occidentales y cristianos, valores que precisamente habían sido arrastrados por ellos entre los muros sangrientos de los antros de represión. Y nos acusaron —y nos siguen acusando— de no propiciar la reconciliación nacional, de activar los odios y los resentimientos, de impedir el olvido. Pero no era así: no estuvimos movidos por resentimiento ni por espíritu de venganza, sólo pedíamos la verdad y la justicia, tal como por otra parte las han pedido las iglesias de distintas confesiones, entendiendo que no podía haber reconciliación nacional sino después del arrepentimiento de los culpables y de una justicia que se fundamentara en la verdad. Porque no debería echarse por tierra la trascendente misión que el poder judicial tiene en toda comunidad civilizada.

Y así fue, en efecto, porque los principales responsables de la tragedia han sido condenados a prisión, dos de ellos a perpetuidad.

Nuestra misión fue ardua y peligrosa. Pero cuánto más lo ha sido la de estos hombres y mujeres que en plena dictadura han osado hacer esta investigación. Los que en Chile creen en la democracia, deberán estar siempre reconocidos por su heroica tarea. Y nosotros, los demócratas de otras partes del mundo, les declaramos nuestra profunda admiración.

Santos Lugares, Argentina, junio de 1989.

SIN MEMORIA NO HAY IDENTIDAD

Monseñor CRISTIAN PRECHT BAÑADOS

Una larga trenza entrelazada de aciertos y fracasos constituye la trama personal y colectiva de hombres y de pueblos. Atada por la cinta multicolor de la esperanza, la trenza se echa a las espaldas para que su dueño pueda dar la cara al futuro que le espera.

Así se levanta hoy el pueblo de Chile, dispuesto a superar la larga crisis y construir su proyecto en democracia. Pero este presente no se gesta sin historia. Es necesario volver a la memoria para reconocer lo nuestro, entrelazado de gozos y dolores.

Sin memoria no sabemos quiénes somos. Sin memoria divagamos desconcertados sin saber a dónde ir. Sin memoria no hay identidad.

Ese es el valor del libro que ahora presentamos y que ha sido hecho con el cuidado de apuntar a lo esencial: con verdad, sin odio, sin pasión. Me consta que sus autores han depurado el texto de adjetivos. Han descartado la frase panfletaria y el hecho aislado que arriesga ser caricatura.

Debo decir que es doloroso entrar en muchas de sus páginas. Pero también debo recordar que en medio de esos dolores surgió la solidaridad y con ella la esperanza.

La *Memoria prohibida* no se lee para quedarse anclado en el pasado; menos aún para abrir la llaga o despertar el dolor adormecido. Este libro sólo tiene objeto si la memoria nos ayuda a recobrar nuestra propia identidad y a reconocer la verdad, sin la cual no habrá reconciliación ni reencuentro.

Santiago, abril de 1989.

LA VERDADERA ESENCIA DE LA VIDA

THEO VAN BOVEN

Moderador de Ciai/CMI

Ex director de la División de Derechos Humanos de O.N.U.

La verdad tiene que darse a conocer. La historia ha de contarse a las generaciones presentes y futuras. El grito de "Nunca más" habrá de permanecer grabado en la mente de todos. El silencio y la desatención figuran entre los peores enemigos de los derechos humanos, y son instrumentos que manejan hábilmente los opresores. La historia de la opresión militar en un país de larga tradición democrática es una profunda tragedia. Pero también está la historia de la resistencia y la ayuda, la exigencia de justicia, la fuerza de la solidaridad y el compromiso para defender la dignidad y el valor de la persona humana. Esta es la historia de la fe, la esperanza y el amor que inspiraron al Comité pro Paz y a la Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado de Santiago. Esa labor de solidaridad es un rayo de luz en los días más negros de la historia de Chile y una fuente de inspiración para muchas personas, dentro y fuera del país, que luchan con valentía y perseverancia contra la represión, la persecución y la discriminación.

Como representante de los Países Bajos en la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas en la primera mitad del decenio de 1970, y como director de la División de Derechos Humanos de la misma organización en los años siguientes, llegué a intervenir, de manera bastante importante, en el problema que planteaba la situación de los derechos humanos en Chile. La violación de ellos se convirtió en un tema recurrente y apremiante del programa de las Naciones Unidas. Si bien no puede afirmarse que la acción de las Naciones Unidas con respecto a la situación de los derechos humanos en Chile tuviera consecuencias decisivas, esa firme expresión de la preocupación internacional tenía al menos tres aspectos que no cabe ignorar. En primer lugar, constituía un

apoyo moral para muchas personas que trabajaban en favor de la justicia y de los derechos humanos en Chile. Esas personas se dirigían a menudo a las Naciones Unidas pidiendo apoyo: “¡No nos abandonen!”. En segundo lugar, se hacía comprender a las autoridades que estaban siendo vigiladas y que se las consideraba responsables. En tercer lugar, la acción de las Naciones Unidas en el caso de Chile sirvió como precedente de peso para su intervención en otras situaciones en las que era manifiesto que se violaban gravemente los derechos humanos.

La Vicaría de la Solidaridad, con sus servicios jurídicos y sociales, realizó una labor ejemplar en este campo, en reconocimiento de lo cual recibió en 1978 el Premio de Derechos Humanos otorgado por las Naciones Unidas, con ocasión del trigésimo aniversario de la Declaración Universal de Derechos Humanos. Además, sirvió como fuente de información valiosísima y fidedigna para el control de la observancia de esos derechos. A ese respecto, el Consejo Mundial de Iglesias, con sede en Ginebra, actuó con frecuencia como intermediario para la comunicación entre la Vicaría de la Solidaridad y la División (ahora Centro) de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, también ubicada en Ginebra. Las iglesias extienden sus raíces por todas partes, y esa capacidad de alcance llega también a las comunidades más pequeñas y más remotas, por lo que disponen de una red de información insuperable.

Cuando, en julio de 1978, una misión de investigación de las Naciones Unidas visitó Chile con el fin de preparar un amplio informe para la Asamblea General de las Naciones Unidas y la Comisión de Derechos Humanos —basado en la información de fuentes diversas recibida sobre el terreno—, era natural que se apoyase en gran medida en el caudal de información disponible en la Vicaría de la Solidaridad. El Grupo de Trabajo de las Naciones Unidas, en el que yo representaba al secretario general de la organización, se entrevistó largamente con un equipo de la Vicaría, con el que discutí y examiné detenidamente todos los aspectos políticos y sociales de la situación de los derechos humanos en el país, en particular de la cuestión de las personas desaparecidas. Las relaciones de cooperación y respeto mutuo ya existentes se intensificaron en esas reuniones, hasta convertirse en un fuerte vínculo de acercamiento humano y de profundo entendimiento entre los defensores chilenos de los derechos humanos y expertos de las Naciones Unidas procedentes de Africa y de Europa.

Mi diario personal inédito de esas dos semanas de misión de las Naciones Unidas en Chile, refleja ese espíritu de cordial contacto humano. Me permito reproducir el siguiente fragmento, correspondiente al sábado 15 de julio de 1978: “...Después de una larga jornada de intenso intercambio de opiniones y de discusión, nos reunimos para beber algo juntos. Nuestros amigos trajeron sus instrumentos musicales, y empezamos a bailar y a cantar. Compartíamos un sentimiento de alegría y solidaridad porque, después de varios años de contactos distantes, el Grupo de Trabajo de las Naciones Unidas y la Vicaría se habían encontrado finalmente muy unidos y habían sobrevivido a un día de intenso hablar y escuchar. Solamente ese día bastaba ya para que mereciera la pena nuestro viaje a Chile. Pero no habíamos terminado nuestras conversaciones, y decidimos

continuar un día más. Al salir de la Catedral y encontramos fuera, teníamos de nuevo delante al otro Chile: policías vigilándonos y sus coches listos para seguirnos”.

Mi diario también recoge un breve relato de una fiesta de despedida ofrecida por la Vicaría al Grupo de Trabajo, la noche del martes 25 de julio de 1978: “...Una casa muy llena. Un programa de bailes, música y relatos. Canciones de esperanza y resistencia. Expresiones de emoción, risas y aplausos se sucedían una y otra vez. Una atmósfera fantástica de cordialidad y compromiso. También una presentación por un grupo de mujeres familiares de personas desaparecidas. Estábamos profundamente conmovidos por ese homenaje a nuestro Grupo. Fue en la Vicaría de la Solidaridad donde encontramos a los verdaderos trabajadores de derechos humanos”.

En efecto, es ésa una característica importante de la Vicaría de la Solidaridad: la alegría de vivir, como antídoto contra la opresión y la miseria. La alegría de vivir, combinada con un sentimiento de compromiso y la dedicación a la verdad y a la justicia, ha sido un rayo de luz y una fuente de firmeza y perseverancia durante largos años de oscuridad.

En noviembre de ese mismo año 1978, volví a visitar Chile con motivo de la invitación especial de la Iglesia Católica de Santiago a participar en el Simposio Internacional sobre “La dignidad del hombre: sus derechos y sus obligaciones en el mundo actual”. Al término de esa importante reunión, firmamos la Carta de Santiago. Procede citar aquí el párrafo final de esa Carta, que está vinculada a la frase esencial de la Declaración Universal de Derechos Humanos: “Reafirmamos nuestro compromiso con la declaración de que ‘la libertad, la justicia y la paz en el mundo tienen por base el reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana’, porque creemos sinceramente que *todo individuo tiene derecho a ser una persona*”.

Hemos sido testigos a lo largo de la historia de sistemas y regímenes políticos que no trataban ni consideraban a sus oponentes como personas. Hemos sido testigos de políticas y acciones de Estados soberanos que no consideraban ni trataban a las personas de otra raza o religión que personas. Hemos sido testigos de determinadas fuerzas de índole económica que degradaban a las personas hasta ponerlas por debajo de las mercancías. El reconocimiento de que todo ser humano es una persona, es la verdadera esencia de la vida.

Nueva York, abril de 1989.

UNA MISMA SED DE JUSTICIA

CHARLES HARPER

Oficina de Derechos Humanos para América Latina.
Consejo Mundial de Iglesias.

Las imágenes del drama chileno están impresas en la mente de todos los pueblos como instantáneas fotográficas esporádicamente tomadas a través de 16 años de historia. Gracias a la efectividad de los actuales medios de comunicación, la represión de Estado ejercida en Chile ha hecho desgraciadamente de este país el símbolo internacional, y espontáneamente reconocido, de las violaciones de los derechos humanos. Una larga letanía de detenciones y desapariciones, del uso de la tortura y del asesinato, ha contribuido a que éste alcance un nuevo nivel internacional de *apartheid* político, impuesto por un gobierno en contra de una significativa proporción de su propia población.

Por otra parte, la comunidad internacional, a través de visitas y testimonios, ha descubierto en Chile un pueblo fuerte, capaz de reafirmar su historia y de resucitar sus tradiciones democráticas, capaz también de clamar por la justicia y por la construcción de un futuro nuevo. Hay en este pueblo símbolos dramáticos que esporádicamente nos han ido comunicando esta otra realidad: las arpilleras de las mujeres de sus poblaciones, el poder de votación ejercido en el Plebiscito de 1988, la presencia viviente de muchos exiliados en otros tantos países, los murales de la población Victoria, el testimonio de Carmen Gloria Quintana en las Naciones Unidas, una Iglesia comprometida con su pueblo, las "mil ventanas" de la sede del Comité pro Paz en la calle Santa Mónica.

Este libro es un testimonio meticuloso y poderoso de este período. Es indispensable, precisamente porque va más allá y mucho más adentro de lo dramático e impactante. Es una fuente de esperanza ya que gracias a él conocemos ahora plenamente la amplitud y la profundidad del espíritu chileno.

Uno no puede dejar de preguntarse ¿por qué esta obra será tan importante para la comunidad internacional y ecuménica? ¿Por qué este informe es un verdadero regalo para los hombres y mujeres de las más diferentes latitudes?

Creo, en primer lugar, que una de las realidades más duras del siglo XX es que la represión se ha convertido en un instrumento político de los gobiernos para doblegar el alma, para violar lo inviolable, para dividir, aterrorizar, imponer. La tortura se practica actualmente en más de cien países: es una plaga que destruye al torturado, al torturador y a quienes se aprovechan de la tortura. Es por eso de esencial importancia que la memoria, comprobada, del calvario chileno y la descripción de las luchas emprendidas para superarlo, sean conocidos por las personas y los pueblos. Y no sólo en América Latina, donde los gritos de "Nunca más" resuenan en Argentina, Brasil, Uruguay, Bolivia y Paraguay, sino también en otros continentes, cuyos pueblos podrán aprender y compartir con Chile y desde Chile.

En segundo lugar, en la historia de los últimos 16 años de Chile, los principales actores y protagonistas de los derechos humanos surgieron entre la gente más humilde: de los barrios y poblaciones, de los familiares de detenidos desaparecidos, de grupos de jóvenes y de mujeres, de las bolsas de cesantes, de los movimientos populares. Esto es muy significativo, ya que este mismo fenómeno que desborda a los partidos políticos tradicionales, a los sindicatos y a las iglesias institucionales —y los inscribe en la gran corriente de derechos humanos y de cambio democrático— está sucediendo en todo el mundo, tanto en el hemisferio Norte como en los del Sur. Hay decenas de países donde se ha practicado la represión y donde se han organizado nuevas corrientes que expresan la voluntad popular: saltan a la mente las luchas sudafricanas contra el *apartheid*, los movimientos europeos por la paz, las manifestaciones brutalmente reprimidas de los estudiantes chinos, los reclamos por su tierra de los indígenas del Canadá, la lucha cívica de las Filipinas... Junto a ellos están los nuevos grupos en las iglesias, los abogados y otros profesionales, los periodistas y agrupaciones de derechos humanos que dan su apoyo activo a estos movimientos. Este libro es precisamente una contribución importante a las iniciativas que en el mundo entero canalizan la voluntad popular hacia proyectos que apoyan el cambio. Del mismo modo que Chile ha sido percibido por muchos como un símbolo de muerte física y política, también ha sido percibido como símbolo de un pueblo que ha sabido enfrentar la muerte y superarla, para crear con otros una nueva vida colectiva. Esta experiencia, contada en las páginas que introducimos, debe ser comunicada más allá de las fronteras.

En tercer lugar, esta historia de Chile servirá de correctivo a las distorsiones impuestas por los gobiernos a los derechos humanos en los foros internacionales. La comunidad internacional es víctima de la tensión entre su deseo de escuchar y actuar sobre la verdad, y los intereses atrincherados de estados individuales. Durante las últimas sesiones de la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas pudimos comprobar, por ejemplo, cómo algunos gobiernos han tratado de utilizar las iniciativas de paz —que han creado sincera esperanza en Centro América— como una cobertura para

evitar demandas acerca de las actividades de los escuadrones de la muerte, de grupos paramilitares y fuerzas de seguridad que causan continuas desapariciones forzadas y asesinatos de civiles. La preponderancia de la *raison d'état* sobre la investigación y denuncia de las violaciones de derechos humanos es una tendencia peligrosa que está envenenando las actividades de las Naciones Unidas. La comunidad internacional de Organizaciones No Gubernamentales, de la cual el Consejo Mundial de Iglesias es parte activa desde 1948, deberá apreciar la publicación de este trabajo como el fiel reflejo de la voluntad y la esperanza de los que han sido inmortalizados en el preámbulo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, es decir, de los "pueblos de las Naciones Unidas".

Finalmente, la lucha por la dignidad y la paz en Chile ha promovido el acercamiento de sectores eclesiales y de otros niveles de responsabilidades en formas históricas, aunque poco usuales: laicos y religiosos, católicos y protestantes evangélicos, jerarquías y comunidades. Pero este acercamiento ha ido mucho más allá cuando personas de diferentes creencias e ideologías han podido descubrir una base común en la defensa de la vida, sin perder su identidad y trabajando juntos por la verdad. Un símbolo de esta poderosa comunión de propósitos y lealtad con la justicia se concretó en la persona de Jose Manuel Parada, miembro respetado y muy querido de la Vicaría de la Solidaridad en Chile. Existen hoy en día poderosos esfuerzos, a nivel nacional e internacional, para destruir esta comunión, argumentando que ésta amenazaría la integridad estructural de las iglesias o de los grupos políticos. El drama de la realidad chilena se refleja también en otros lugares donde se intentan silenciar o neutralizar las voces de quienes se levantan en defensa de los indefensos y buscan participación popular en los proyectos de futuro. El libro que presentamos contiene un testimonio refrescante e incisivo que favorece la unidad: la unidad de un pueblo que emerge a partir de un mismo sufrimiento, de una misma protesta y de una misma sed de justicia.

La comunidad internacional se verá muy beneficiada por la sobriedad de este informe: ésta podrá aprender de su experiencia y construir nuevas formas de solidaridad, basándose en el compromiso de los hombres y las mujeres de Chile.

Ginebra, Suiza, julio de 1989.

PORQUE ESTE ERA EL UNICO CAMINO

HELMUT FRENZ, pastor

Nuestra toma de posición en favor de los derechos humanos empezó mucho antes de la sublevación militar del 11 de septiembre de 1973. Comenzó cuando el Presidente Allende, en su recepción de Año Nuevo en 1971, pidió a las iglesias que se preocupasen más de los refugiados políticos residentes en el país. En una entrevista con el subsecretario del Interior, Daniel Vergara, que tuvo lugar a continuación, la Iglesia Evangélica Luterana presentó un programa factible para tratar el problema de los refugiados políticos. Nos encontrábamos ante una situación única para poder disfrutar de los abundantes medios económicos de que disponían entonces las iglesias protestantes de Europa Occidental y de EE.UU.

La ocasión era doblemente favorable: por una parte, porque la Iglesia Evangélica deseaba llevar a cabo su ayuda a los países subdesarrollados trabajando conjuntamente con las iglesias afines establecidas en el lugar destinado a la ayuda (en Chile había pocas iglesias que poseyesen la confianza del Movimiento Ecuménico), y, por otra parte, el gobierno democrático del Presidente Allende ofrecía premisas positivas, puesto que esperaba algo más que una mera asistencia rutinaria de los refugiados: deseaba que se les ayudase a iniciar una nueva existencia en Chile.

Hoy no puedo recordar exactamente cuántos proyectos pusimos en marcha, planeándolos siempre en común y de acuerdo con los interesados: talleres de costura, de sastretería, laboratorios fotográficos, jardines infantiles, talleres de zapatería, de gasfitería, incluso hasta un hogar estudiantil. Sin embargo, el proyecto de más envergadura sí quiero nombrarlo, porque fue de importancia aun después del golpe militar.

La comunidad brasileña de exiliados políticos organizó en la comuna de Providencia un restaurante, con una cocina de servicio público que podía vender durante el día varios miles de platos fuera del mismo restaurante. Por la noche, el restaurante ofrecía comidas

elegantes en el marco de una peña típica latinoamericana. De esta manera fue posible establecer una buena base económica, que ofrecía la posibilidad de mantener su identidad y permanecer políticamente activos gracias a la vida social de la peña.

Cuando tuvo lugar el sangriento golpe militar de Pinochet, el día 11 de septiembre de 1973, se desencadenó una ola de persecuciones contra los exiliados políticos en todo el país. Muchos de éstos, sobre todo los hombres, fueron detenidos. Las mujeres y los niños buscaron protección en nuestras iglesias. Ellos nos conocían ya del trabajo social realizado bajo el régimen de Allende. Nos contaron las atrocidades de los militares sublevados. La crueldad que estaban padeciendo apenas era imaginable. Sin embargo, no se podía dudar de la autenticidad de sus testimonios: sus rostros desesperados por el dolor eran el testimonio más elocuente. Estábamos obligados a actuar sin pérdida de tiempo, porque éste era el único camino.

El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados nos prestó su apoyo y nos proporcionó la base legal para realizar nuestro trabajo con los perseguidos. Se fundó un Comité Ecuménico de las Iglesias (Comar), del que fui nombrado presidente. Este comité fue reconocido tanto por el gobierno chileno como por el Alto Comisionado. De esta manera fue posible prestar ayuda a unos quince mil refugiados, posibilitándoles su marcha a otros países, donde gozaban de protección contra persecuciones.

Al Comar le fue otorgada la Medalla Fridjof-Nansen de la ONU.

En este lugar quiero mencionar al primer ministro del Interior de la dictadura, al general Oscar Bonilla. El mostró respeto ante nuestro trabajo y brindó apoyo a los refugiados.

Obligados a ponernos al lado de los oprimidos y perseguidos, ya no se limitó nuestro trabajo solamente a ayudar a los refugiados políticos de Chile. Nuestra ayuda se extendió también a los demócratas chilenos, a los miembros activos y a los que apoyaban a la Unidad Popular, quienes eran perseguidos, detenidos arbitrariamente, deportados, torturados, asesinados.

Los partidarios de Pinochet, sus correligionarios y los simpatizantes con el golpe militar no estaban dispuestos a comprender el infinito sufrimiento que había caído sobre el pueblo chileno. Las noticias de prensa fueron sometidas a una severa censura, de tal manera que no era posible conocer nada de los horrores y de la brutalidad reinantes. Cuando yo hablaba en el recinto de mi iglesia y relataba lo que había oído y observado, era mirado con incredulidad por la mayoría de los presentes. Y, sin embargo, esta era la verdad.

Diariamente se acercaban a mí perseguidos que me informaban y que al mismo tiempo necesitaban mi ayuda. Una y otra vez tuvimos que esconder en nuestras casas y en nuestras iglesias a personas, porque sabíamos que si caían en manos de la Dina o de las Fuerzas Armadas, serían torturadas o asesinadas. Naturalmente que sólo podíamos hacer esto durante unos días. El camino a Argentina a través de la cordillera era peligroso y sólo podían resistirlo las personas jóvenes. A muchos les proporcioné documentos de identidad y dinero para la Argentina. El camino más eficaz, sin embargo, eran las

embajadas y las representaciones diplomáticas de los países latinoamericanos. Mucho dependió en aquellos días del interés de los embajadores, de si se abrían generosamente las puertas de las embajadas o de si se cerraban. Por aquel entonces, en los años 1973 y 1974, conocí casi todas las embajadas. Conocía su dirección exacta, las diferentes puertas de entrada, la altura de sus muros. Recuerdo muchas conversaciones con embajadores y cónsules. No pocos cooperaron estrechamente, muchos intentaban inhibirse y sólo ayudaban a la fuerza. A algunos sencillamente los sorprendimos con nuestra actitud, sin que pudieran negarse.

No sé a cuántas personas pudimos ayudar de esta manera a alcanzar la libertad. Posiblemente fueron varios miles.

Aunque mucha gente no quería creer las horribles matanzas cometidas con la población civil, no era posible ignorar los numerosos cadáveres arrastrados, incluso de día, por las aguas del río Mapocho. En su desembocadura, en Santiago, pusimos un grupo de salvamento con la misión de identificar los muertos y enterrarlos. Dos personas vivas fueron salvadas. Ellas son testimonio de la brutalidad de los perseguidores.

Pocas semanas después de estos sucesos, reconocieron los responsables eclesiásticos que el trabajo humanitario de las diferentes iglesias debía ser coordinado. Se constató que este trabajo, absolutamente necesario para la protección de los derechos humanos, había que hacerlo patente ante el Estado. Se constituyó un Comité Ecuménico para la Defensa de los Derechos Humanos. El gobierno no nos permitió emplear este título, porque lo consideró demasiado crítico, y fue cambiado por Comité de Cooperación para la Paz en Chile —Copachi— con sede en el calle Santa Mónica. Sólo aquellos que han intervenido activamente en el trabajo de Copachi pueden comprender de verdad el trabajo que se realizó. También nosotros pasamos ratos de inquietud y miedo; muchos de nosotros fuimos amenazados también, algunos detenidos y torturados.

La confrontación diaria con el inimaginable sufrimiento de tantas personas fue para nosotros un peso moral indecible. Si lo pudimos resistir fue gracias a la comunión ecuménica que acercó entre sí a los cristianos de las diferentes confesiones y a los no creyentes, en un ambiente donde reinaba el espíritu de Cristo. Aquí, en Santa Mónica, sentimos la fuerza del reino de Dios, como se lee en la Epístola a los romanos: “El reino de Dios no es pan y agua, sino justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo” (Epist. Rom. 14,17).

Lo que sufren las personas bajo tortura no se puede participar, por lo menos con palabras. Recuerdo conversaciones con torturados: a veces solamente podíamos apretarnos los brazos y llorar juntos.

En Santa Mónica nos visitaban diariamente varios centenares de personas, y nos hablaban de sus sufrimientos y del de sus parientes. Recogimos todas las informaciones con gran cuidado y las pasamos a protocolo. No nos dejamos llevar por rumores. En nuestra defensa en favor de los derechos humanos y de la dignidad humana, nuestro capital más importante era nuestra propia veracidad y credibilidad.

Estas numerosas informaciones sobre violaciones de los derechos humanos no podíamos retenerlas: era preciso hacerlas públicas. La expresión “violación de los dere-

chos humanos” es una formulación eufemística y apaciguante. En realidad se trata de crímenes gravísimos, cometidos en nombre del Estado y con su autorización: detenciones arbitrarias, deportaciones y desaparición de personas, tortura y asesinato por orden del Estado. Quien siendo conocedor de estos crímenes, calla, se hace cómplice.

Nosotros no hemos callado. Nosotros presentamos nuestras acusaciones directamente delante de Pinochet.

Cuando en Copachi, como consecuencia del gran número de torturados y de las declaraciones de testigos, se hizo evidente que en Chile la tortura era parte del sistema de gobierno, y que la Dina poseía centros de tortura en determinados sitios, donde incluso adiestraba a los verdugos, decidimos dirigirnos directamente a Pinochet. Estábamos en posesión de una documentación cuidadosamente preparada que demostraba el empleo sistemático de la tortura en Chile: testimonios de torturados, con fotos y certificados médicos, con nombres de torturadores y con señas de centros de tortura (Villa Grimaldi, José Domingo Cañas, Cuatro Alamos, etc.).

El obispo Fernando Arizúa y yo, ambos presidentes de Copachi, fuimos recibidos el 24 de julio de 1974 por el general Pinochet en el edificio Diego Portales. Estábamos bien preparados, pero queríamos ir con precaución y habíamos decidido no emplear la palabra “tortura”, sino el término “apremios físicos”.

Pinochet nos recibió en su despacho oficial, completamente solo. Le entregamos la documentación que examinó evidentemente interesado. Cuando comenzamos hablando de métodos de presión física nos interrumpió con una pregunta: “¿Quieren ustedes decir tortura?”. Contestamos afirmativamente, y desde entonces se habló con toda claridad de tortura. Pinochet escuchó nuestras quejas y acusaciones con calma y sin interrumpirnos. Luego comenzó a hablar: “Miren, ustedes son sacerdotes y trabajan en la iglesia. Ustedes pueden permitirse el lujo de ser misericordiosos y benevolentes. Yo soy soldado y tengo, como jefe del Estado, la responsabilidad de todo el pueblo chileno. El bacilo del comunismo ha invadido al pueblo. Por eso tengo que exterminar el comunismo. Los comunistas más peligrosos son los miristas. Hay que torturarlos porque si no, no cantan. La tortura es necesaria para extirpar el comunismo”.

Con estas palabras dio por terminada la audiencia.

Fernando Arizúa y yo permanecemos por un momento espantados y atónitos. Pero pronto encontramos nuestra voz de nuevo y nos consagramos a nuestro trabajo de sacerdotes, al lado de los oprimidos, de los torturados, de los prisioneros, contra la dictadura, contra la tortura, contra la opresión.

Aunque el aparato opresor se dirigió también contra nosotros y contra el Copachi, no cedimos. Muchos de nosotros tuvimos que huir, otros fueron expulsados del país; no pocos fueron encarcelados.

A fines de 1975, el Copachi fue disuelto por orden de Pinochet; la Vicaría de la Solidaridad, sin embargo, se formó en seguida como sucesora de aquél.

PARTE DE UN SOLO CUERPO

PABLO EVARISTO, Cardenal ARNS
Arzobispo Metropolitano, Saõ Paulo

En cuanto nos llegó la noticia del golpe militar en Chile y de sus trágicas consecuencias, tomamos contacto con el Cardenal Raúl Silva Henríquez. A través de un telegrama le pedíamos que interviniera en favor de los refugiados brasileiros que vivían en Chile a causa de la dictadura de Brasil. Al mismo tiempo, le preguntamos si él encontraría útil nuestra presencia en la capital chilena para salvaguardar la vida de los refugiados del Cono Sur, es decir, de los países de América Latina más afectados por el terror policial.

El señor Cardenal Raúl Silva Henríquez nos propuso que esperáramos el desarrollo de los acontecimientos, por si la situación se tornara más dramática.

Esa fecha llegó en 1978. La Vicaría de la Solidaridad organizaba entonces un Simposio Internacional de los Derechos Humanos en Santiago, la capital de Chile. En él verificamos la preocupación internacional por la horrorosa violación de los derechos humanos en ese país. Estaba presente la ONU, a través de su representante para los derechos humanos, como también el Consejo Mundial de Iglesias, junto a arzobispos y obispos de la Iglesia Católica.

Lo que más me impresionó fue el coraje indomable de las esposas y madres de los desaparecidos, que denunciaron públicamente lo que estaba sucediendo con sus familiares.

En Brasil fortalecimos nuestro apoyo invitando al entonces vicario de la Solidaridad, monseñor Cristián Precht. El pueblo y las comisiones de derechos humanos llenaron el salón más grande disponible en la ciudad de Saõ Paulo. Noche de emoción, pero también de compromiso.

A partir de aquel momento, la Comisión Justicia y Paz intensificó el trabajo de

acogida y asistencia a todos los refugiados chilenos. El equipo de Clamor publicaba todos los datos disponibles sobre tortura, desapariciones y persecución. Cada año realizamos al menos una celebración en la Catedral metropolitana en favor de la paz en Chile, lo que hemos seguido haciendo hasta el día de hoy.

En las conferencias internacionales suele compararse la situación de Chile con la de Africa del Sur, ya que los horrores de la violencia en ambas partes nos conmueven todos los días.

Por las enseñanzas de Cristo y del apóstol San Pablo, nos sentimos parte de un solo cuerpo, en que cada miembro sufre las vicisitudes de la parte más afectada y herida.

Agradecemos a los chilenos el ejemplo de valentía, de fe y perseverancia que nos han dado, y queremos convocar a todos a que lleven a cabo una concientización a través de publicaciones como la que estamos presentando; pero insistimos, antes que nada, en la oración y la acción constante en favor del pueblo chileno, tan querido por nosotros. Su sufrimiento es nuestro sufrimiento, pero también nuestra esperanza debe llegar a ser la esperanza del pueblo chileno.

São Paulo, Brasil, enero de 1989.

A LA MANERA DEL BUEN SAMARITANO

RAUL, cardenal SILVA HENRIQUEZ

En mis largos años de vida y en mis años de Arzobispo de Santiago, siempre he tenido una preocupación especial por los pobres. Posiblemente influyó en esto el testimonio de mis padres y la vida y obra de Don Bosco.

Por eso, para mí, crear el Comité pro Paz, y después la Vicaría de la Solidaridad, fue un imperativo de conciencia ante los atropellos a la dignidad humana que veíamos a diario. Lo hice pensando siempre en la parábola del Buen Samaritano. Jesús nos enseñó a detenemos ante los heridos del camino, sin fijarnos en su condición social o religiosa.

Eso ha hecho la Vicaría en estos años. Ella ha abierto sus puertas a los que necesitaban un consuelo, defensa o protección. Ella ha debido denunciar con valentía cuando era necesario y suplicar con humildad cuando así lo requería su servicio. La Vicaría de la Solidaridad ha sido un signo profético que quedará registrado muy profundamente en el alma y en la historia de Chile.

Sólo tengo palabras de gratitud a los que allí entregaron su tiempo, su dedicación y hasta su vida para defender los derechos humanos. A quienes criticaron sin conocimiento, sólo me queda una palabra de perdón.

La historia será la que juzgará su acción y su labor.

Santiago, agosto, 1989.

PROLOGO

EL PRESENTE libro es el relato de un trozo de la historia de Chile — junio de 1973 a mayo de 1983— desde una perspectiva particular: la narración de los hechos más significativos de violaciones a los derechos humanos cometidas por el gobierno militar —organizadas y ejecutadas desde el Estado y que no constituyeron simples “excesos” de individuos aislados— contra personas a quienes se les consideraba un obstáculo para la construcción de una sociedad autoritaria. Todo ello ha convertido a este período en uno de los más dolorosos y estremecedores que nos ha tocado vivir como nación, al igual, y en ocasiones simultáneamente, que otros países latinoamericanos.

Porque vivimos y conocimos muchos de estos casos y porque supimos de primera fuente de otros, sentimos la necesidad de compartir esta década de la historia nacional. El objetivo de este documento es recuperar lo más importante de estos sucesos, que han sido conocidos escasa y fragmentariamente por los chilenos: el miedo y una fuerte censura han impedido que esta memoria nos pertenezca masiva y completamente, no pudiendo así ser asumida en plenitud. Aun cuando ella no es agradable y muchas veces resulta penosa, pensamos que es necesario darla a

conocer, porque de esta manera estaremos contribuyendo a que todo lo aquí narrado nunca más ocurra. En definitiva, los acontecimientos que aparecen en estas páginas no sólo afectan a las víctimas directas y sus familiares, sino a todo el país. Pensamos que un futuro de reencuentro y de respeto en Chile se halla más cerca del reconocimiento de estas verdades, que del simple olvido o disfraz de los hechos. Aunque dolorosa, ésta es parte de nuestra identidad. No está demás repetir lo que las más altas autoridades morales del mundo han dicho: para que exista una legítima reconciliación, sus cimientos deben ser la verdad y la justicia.

Junto al relato de los casos humanos aquí presentes, circula paralela y permanentemente otra historia: la de personas e instituciones de la Iglesia Católica, de las otras Iglesias Cristianas y de organizaciones laicas que se dedicaron durante esa etapa a la defensa de los derechos humanos, y cuya labor solidaria fue ejemplo de pluralismo, ecumenismo y diversidad. Ambos hechos —atropello y defensa de los derechos humanos— fueron indisolubles y así queda consignado en este libro.

Quienes escribimos el presente texto trabajamos durante varios años recopilando y estructurando esta información, la que fue obtenida a través de entrevistas a protagonistas públicos o anónimos de la historia nacional, de la indagación y lectura de testimonios y documentos, y de la comprobación de su veracidad. En todo este proceso de investigación y de reflexión contamos con el acompañamiento cercano de la Oficina de Derechos Humanos para América Latina del Consejo Mundial de Iglesias, en Ginebra.

En este trabajo nos acompañó también nuestro amigo José Manuel Parada, con quien coincidimos largo tiempo de trabajo en común en la defensa de los derechos humanos. Debimos sufrir el dolor de su muerte, aunque su espíritu nos ayudó a persistir en el empeño por aportar a la búsqueda de la verdad. Como un reconocimiento a José Manuel es que incluimos —excepcionalmente— un Epílogo que narra las circunstancias que rodearon su asesinato en marzo de 1985.

Si con este relato contribuimos a crear conciencia de la importancia que tiene el respeto a la dignidad de las personas en cualquier situación y a promover la defensa de los derechos humanos, el objetivo para el que fue escrito este libro se habrá cumplido en plenitud.

*Los autores
Santiago, agosto de 1989*

CAPITULO 1

VIVIR SOBRE UN BARRIL DE POLVORA

COMO CADA DIA DURANTE las últimas semanas, Santiago se levantó agitado por una marea de rumores que tenían el tono de una advertencia catastrófica. Pero nada hacía prever que esa jornada fuera a ser sacudida minutos después del desayuno por las vibraciones de los motores que empujarían a una columna de tanques al asalto del gobierno.

Era el viernes 29 de junio de 1973.

Ocho días antes, el jueves 21, Jorge Godoy, presidente de la Central Unica de Trabajadores de Chile (CUT) aseguraba —ante una multitud que la prensa gobiernista calificó como la más grande reunida en Santiago— que la calle pertenecía al pueblo y que sólo el pueblo era capaz de paralizar o activar la producción. Godoy subrayó que así se daba respuesta a la actividad de una oposición que había logrado articular una huelga de los trabajadores cupríferos de la mina El Teniente, acusados de ser la “aristocracia” del movimiento obrero, sacarla a las calles en la ciudad de Rancagua y albergarla, 88 kilómetros al norte, en la sede central de la Universidad Católica de Santiago, después de una marcha que nadie pudo impedir.

En la concentración, el Presidente Salvador Allende ocupó la tribuna de oradores:

—Este acto -dijo- es una expresión clara contra el fascismo y contra aquellos que, consciente o inconscientemente, colaboran con él. Contra aquellos que destruyen por destruir; contra aquellos que siguen haciendo lo que empezaron antes de las elecciones presidenciales del año 1970; contra los que del 4 de septiembre al 3 de noviembre [de 1970] utilizaron el ataque directo, el sabotaje, la dinamita, para impedir que el pueblo fuera gobierno; contra los que llegaron —y hay que repetirlo y repetirlo para que se pese lo que eso significa— hasta el asesinato del Comandante en Jefe del Ejército, general René Schneider¹. Son los mismos. Son los de siempre. Son los que hace pocas horas atentaron contra el edificio de la Cultura, que lleva el nombre de la gran poetisa inmortal Gabriela Mistral². Ese es el símbolo del fascismo, el odio contra la inteligencia y la cultura; son aquellos que en estos días han desatado una acción vandálica.

Y continuó:

—El pueblo no quiere la violencia. No la necesita... Pero que lo sepan: en la tranquilidad del pueblo, en su presencia responsable está la gran reserva. Que lo entiendan de una vez por todas: si desatan la violencia contra revolucionaria, utilizaremos las fuerzas que tiene el Estado y la fuerza de refuerzo del pueblo. ¡Utilizaremos la fuerza revolucionaria!

La muchedumbre no se movía. Pancartas, carteles y lienzos germinaban por todas partes. Allende continuó:

—Ellos pretenden la guerra civil. Nosotros queremos evitarla, no por temor, sino porque sabemos que la guerra civil destruye la economía del país, quiebra la convivencia social, lanza amigos contra amigos, padres contra hijos, hermanos contra hermanos. No por temor, sino por conciencia, por responsabilidad, por patriotismo, por sentido humano, por convicción revolucionaria. ¡Derrotaremos a los que pretenden la guerra civil! ¡Aplastaremos a los fascistas!

Sólo quedaba una pregunta pendiente: cómo, de qué forma podría obtenerse la victoria que Allende pronosticaba. Los jóvenes radicalizados del socialismo tenían su propia respuesta que coreaban con un verso rabioso, acompañando la entonación con golpes de puño lanzados al aire:

— ¡Crear, crear, poder popular!

Y Allende les contestaba:

— Poder popular sí, pero de apoyo al gobierno y no al margen ni contra el gobierno.

El Presidente enfatizó una de sus más hondas convicciones:

— Chile sabe que, por tradición y por historia, las Fuerzas Armadas jamás utilizarán las armas que el pueblo les ha entregado contra el propio pueblo.

*

El viernes 29 de junio, Salvador Allende habló de nuevo para una multitud. Lo hizo cuatro veces a lo largo del día. La última, porque aquella frase de su convicción había sido puesta a prueba por 16 carros de combate del Regimiento Blindado N°2.

El periodista argentino que trabajaba para la televisión sueca, Leonardo Henricksen, había cruzado esa semana la cordillera atraído por la inminencia de la guerra civil en Chile. Un año y medio antes, Henricksen también lo había hecho para captar el viaje de Fidel Castro a la "vía chilena hacia el socialismo".

A últimas horas de la tarde del 28, José Tohá, ministro de Defensa, había dicho ante el Senado que "una unidad de la II División del Ejército planeaba sacar a la calle sus efectivos con el objeto de provocar la caída del gobierno" el día 27. Pero el arresto de nueve personas implicadas hacía suponer que el motín previsto no iba a repetirse, al menos en un plazo inmediato. No obstante, lo que el ingenio popular chileno bautizó luego como "el tanquetazo", comenzó a vivirse a las 8:40 de aquella mañana del viernes 29. Las puertas del cuartel del Regimiento Blindado N°2, situado en uno de los viejos barrios de Santiago, se abrieron para dejar pasar una columna de tanques y vehículos semiorugas que con 80 soldados al mando del teniente coronel Roberto Souper, se dirigían al centro de la ciudad, distante algunas cuadras.

Faltando dos minutos para las 09:00 se disparó el primer tiro contra La Moneda. Segundos después, el subsecretario del Interior, Daniel Vergara, llamaba desde una oficina de La Moneda a la residencia de Allende, en la calle Tomás Moro:

— Compañero Presidente —dijo Vergara—, tenemos tanques aquí,

frente a La Moneda. Están disparando. Sepa, Presidente, que todos aquí sabremos cumplir con nuestro deber.

Luego, en una segunda llamada, Daniel Vergara le informó que los militares rebeldes estaban conminándolo a rendirse. Le transmitió también la frase que el teniente a cargo de la guardia del Palacio esa mañana, Guillermo Pérez, dio en respuesta a la conminación:

— ¡La guardia muere, pero no se rinde, mierda!

En los minutos siguientes, cuando la balacera arreciaba, el sargento Mario Humberto Reyes y el carabinero Luis Venegas subían a izar la bandera chilena en un mástil empotrado en uno de los balcones del frontis del edificio.

En el sector sur, mientras tanto, el tanque que había embocado sus armas en el hueco de la puerta del Ministerio de Defensa hizo fuego con sus ametralladoras. El vestíbulo estaba vacío. El ministerio no atendía público esa mañana porque el día 27 se había declarado zona de Emergencia en Santiago. El reloj se detuvo a las 09:10 horas cuando el tiroteo se hizo copioso y denso. El informe oficial del Ejército señaló que, en seguida, “un grupo de tiradores, llevando como rehén al suboficial Plutarco Negrete Correa, de la Fuerza Aérea (perteneciente a la compañía de guardia habitual en el edificio del ministerio), logró el rescate del capitán Sergio Rocha Aros, quien se encontraba detenido en el primer subterráneo de la Guardia, a disposición de la justicia militar, confeso del delito de conspiración”. Rocha Aros era una de las nueve personas implicadas en el “cuartelazo” denunciado en la tarde del 28 por el ministro Tohá³.

A las 09:15 horas, el tiroteo en el ministerio continuaba con intensidad en las plantas bajas. Seis pisos más arriba, el sargento Rafael Villena, también de la II División del Ejército, era muerto por un balazo disparado por los sitiadores al asomar imprudentemente la cabeza por una ventana⁴. Fue, quizás, el primero de los siete muertos que tuvo el Ejército en esa jornada.

*

Faltando dos minutos para las 09:00, Henricksen y su acompañante, la periodista sueca Gunilla Molin, sintieron el disparo que el tanque hizo

contra La Moneda. Salieron de las oficinas de Reuter-Latin hacia el cruce de las calles Bandera y Agustinas. La gente corría ya, desbocada, alejándose del área del tiroteo. Henricksen y Gunilla sortearon a muchas personas y se ubicaron en plena calle. Henricksen se echó la cámara al hombro. Grupos de transeúntes se formaban en las esquinas, escondidos detrás de algunos monumentos. El centro se llenó del ruido metálico de cortinas que los dueños de comercios cerraban con prisa sobre las vitrinas y escaparates.

Henricksen captaba las primeras tomas del día desde el cruce de las calles Bandera y Agustinas.

Se trataba de un jeep militar sin capota, estacionado junto a la vereda. Dentro del vehículo, tres o cuatro soldados en uniforme de combate. Sobre la acera, al costado derecho de la imagen, otro grupo que no se guarece. Simplemente están de pie desafiando a la suerte. Parecen conversar. Henricksen los tiene a todos en el encuadre y filma. A través del lente ve que un soldado lo descubre. Henricksen no hace nada. Solo Gunilla se refugia tras el bulto ancho de su cuerpo. Henricksen sigue filmando. El soldado mira. Parece molestarse por ese ojo impertinente que lo enfoca a unos cuantos metros de distancia y entonces levanta el fusil, lo aculata en su hombro y enfila el ojo por la mira que le traza la mirilla. Henricksen no se aparta. Del grupo de soldados rebeldes descubiertos se adelanta uno. Su actitud lo delata como el jefe. El soldado que apunta baja su fusil y dice algo. La cámara no registra su voz. La película sigue corriendo. Entonces, el jefe habla a lo lejos contra el lente, gesticula y levanta el brazo. Sostiene claramente una pistola. Henricksen todavía mantiene el dedo sobre el obturador, pero el jefe militar se planta y no lo detiene ese hombre de Estocolmo mirando mudo a través de su máquina de cine el momento en que una bala se le viene encima y lo penetra. Henricksen aún tiene el dedo sobre el obturador y aún corre cinta de película en el tambor de la cámara. Es cierto que la imagen ha saltado un poco. El jefe militar baja el brazo y se vuelve de espaldas. La imagen tiembla, se inclina hacia la derecha...

Henricksen había muerto a los 33 años.

Son las 09:30 de la mañana. Desde su residencia en Tomás Moro, Allende habla por radio para dirigirse al país. Está tranquilo. Su idea es simple: expresar la decisión de defender el gobierno constitucional a toda costa. Cuando habla, lo hace para convocar a los trabajadores y obreros de Santiago a que se concentren y ocupen las fábricas, “para que estén prestos por si es necesario combatir junto a los soldados de Chile”. Añade que “si es necesario se armará al pueblo, pero confío en la lealtad de las Fuerzas Armadas”.

Sensibilizados por la creciente amenaza de rotura de una atmósfera política ya atormentada, los obreros habían empezado a ocupar temprano las empresas privadas y públicas del cinturón industrial de la ciudad, obedeciendo un llamado previo lanzado por la CUT.

Los carros del Blindado corrigieron sus posiciones. “Vimos a uno de ellos” —escribió luego un periodista— “desplazarse frente a la parte de La Moneda que da a la Cancillería, pasando lisa y llanamente por encima de los automóviles estacionados. Tres de ellos quedaron como verdaderas obleas⁵, incrustados en el suelo”.

En el camino hacia el centro, el reportero gráfico del diario *El Clarín*, Vicente Vergara, cargó su cámara. A pocas cuadras del 229 de la calle Dieciocho, sin embargo, el tránsito estaba cortado por un control de Carabineros. Vergara mostró sus credenciales periodísticas. El vehículo del diario *El Clarín* dobló por la calzada norte de la Alameda. Vergara bajó del vehículo y se agachó detrás de un montículo de arena usada en los trabajos de construcción del Metro. Disparó su cámara. El tanque, grupos de soldados. De pronto sonó un disparo a su izquierda, por calle Amunátegui. Vergara buscó el origen del tiro. Vio correr a un soldado que soltó dos o tres balazos al aire. Salió gente de los edificios. Vergara cruzó corriendo la calzada y se acercó al grupo de civiles. No supo de dónde, pero escuchó clara otra bala, un chirrido y el golpe opaco del impacto y la perforación:

— Sentí como si me hubieran clavado un puñal en la espalda y sentí campanas en la cabeza.

Cuando entró en la posta de urgencia de la Asistencia Pública, un equipo de médicos estaba pronto a atenderlo:

— Fui el quinto herido en llegar a la Posta.

El diario *El Mercurio* pretendió rendirle un homenaje a la profesión periodística, publicando un editorial que tituló "Acto de servicio", donde se refiere a Henricksen. Allí se lee: "Las secuencias de su filmadora se vieron interrumpidas por la circunstancia casual de un baleo callejero". No obstante, la filmación de Henrickesen, que el mundo pudo contemplar incluida, años después, en la película *La batalla de Chile*, contenía la verdad.

*

En enero de 1974, cuarenta años después de recibir el despacho que lo acreditaba como oficial de un ejército que se jactaba de no haber perdido jamás una guerra, Carlos Prats anotaría en su diario:

"En los 163 años de vida política independiente de nuestro país —sin contar los azarosos avatares de la anarquía pre portaliana y al margen del breve y doloroso episodio del 1891— hemos vivido, como única experiencia semidictatorial, la del primer gobierno del general Ibáñez y el efímero de anarquía del año 1932. Cuarenta años después, las Fuerzas Armadas y Carabineros emergen, implantando en Chile una dictadura militar que se distingue por el privilegio de concitar el repudio mundial. Nuestro pequeño y lejano país suscita la preocupación de 'moros y cristianos', ante la increíble realidad de la vigencia contumaz del 'Estado de Guerra Interna', con todas sus trágicas secuelas que mi conciencia se resiste a especificar"⁶.

El espíritu de aquella orgullosa tradición del ejército jamás vencido ya no existía en 1974. Un comando civil derechista había escrito la primera página de su defunción el 22 de octubre de 1970, cuando a punta de pistola intentó el secuestro del entonces Comandante en Jefe René Schneider, porque de esa manera se forzaría un alzamiento militar para impedir que el Congreso confirmara la asunción de Allende. Pero Schneider se resistiría al secuestro y sería baleado por pistoleros nerviosos y torpes. La investigación posterior aclararía que no era ajeno al intento un general en retiro, Roberto Viaux, que ya en 1969 había protagonizado el levantamiento del Regimiento Tacna contra el gobierno de Eduardo Frei, que los chilenos bautizaron como "el tacnazo".

En 1968, la situación económica de los oficiales hizo crisis y, en determinado momento, los oficiales alumnos de la Academia de Guerra —el instituto donde se forman los jefes que van a dirigir al Ejército— se pusieron de acuerdo y presentaron colectivamente, junto al director, el subdirector y los profesores, la renuncia al empleo militar. La situación prendió y en todos los regimientos los comandantes se vieron enfrentados al problema de que el 70 u 80 por ciento de los oficiales estaban elevando sus renuncias. La crisis se transmitió al ministro de Defensa de la época —Juan de Dios Carmona— a través del Comandante en Jefe, general Sergio Castillo, y, a través del ministro, a Frei. Entonces Frei, para detener esta auténtica “insurrección pasiva” nombró ministro de Defensa al general Tulio Marambio, un hombre de cierto ascendiente sobre la oficialidad joven, que satisfacía sus aspiraciones. Marambio comprometió su prestigio —en una reunión con toda la oficialidad de la guarnición de Santiago— en que solucionaría los problemas económicos en un plazo de 90 días. Si no lo lograba, pondría su puesto a disposición del Presidente de la República. Esto hizo que se retiraran las renuncias y se normalizara la situación en el Ejército. Pero pasaron 90, 120 y 150 días y no ocurrió ningún cambio. Entonces se produjo una reacción bastante más activa de la oficialidad, la que culminó —en octubre del 69— cuando el general Roberto Viaux, muy popular en el Ejército, decidió acuartelar el Regimiento Tacna de Santiago.

El movimiento del general alzado, al que los trabajadores opusieron los camiones municipales recolectores de basura, terminó con la salida de Viaux del Ejército. Se cambió al Comandante en Jefe —“que no satisfacía las inquietudes de los oficiales ni en el plano profesional ni en el económico”— y el general Marambio dejó el Ministerio de Defensa, al que, por lo demás, no había renunciado a pesar de su compromiso. Fueron reemplazados por el general René Schneider y por el civil Sergio Ossa Pretot, respectivamente.

— Las Fuerzas Armadas perdieron el respeto por el orden civil legítimamente constituido. Se empezó a deliberar. Los oficiales se dieron cuenta de que haciendo una presión conjunta podían lograr algo, como era el cambio en el alto mando, una mejora en el presupuesto de las Fuerzas

Armadas, etc. —opinaría después alguien fuertemente ligado a estos acontecimientos⁷.

Cuando se abrió el período preelectoral de 1970, los oficiales ya no ocultaban sus simpatías o antipatías por un determinado candidato.

En términos generales, las preferencias se distribuían así: un 70 por ciento para Alessandri, un 20 por ciento para Tomic y un diez por ciento para Allende.

Schneider se había hecho cargo del Ejército en ese esquema, asumiendo la pesada responsabilidad de restituir en su seno las ideas constitucionalistas⁸. Exactamente un año después del “tacnazo” del general Viaux, la influencia de las ideas insufladas por Schneider al Ejército era puesta a dura prueba con su asesinato.

En 1973, a dos años y medio de ocurrido el asesinato del general Schneider, los oficiales estaban recibiendo en sus hogares cartas anónimas conteniendo plumas blancas de gallina. Alguna mañana sus mujeres debieron, también, barrer los granos de maíz y trigo sembrados a las puertas de sus casas. Así eran estigmatizados con símbolos de cobardía, para obligarlos a romper la disciplina y arrollar la jefatura.

A finales de junio del 73, la situación era descrita así por las autoridades:

“Se ha desencadenado una ola de terrorismo que alcanza sus puntos culminantes a partir del día jueves 14 de este mes, en que se organiza una marcha no autorizada para traer a la capital a un grupo de trabajadores de El Teniente que se encuentran en paro”.

Los diarios progubernamentales habían impreso con grandes moldes: “¡No son mineros... son fascistas!”.

Dos días antes del “tanquetazo”, aquella estrategia que mezclaba terrorismo, plumas y granos sumó un acto de apariencia inocua, pero que apuntaba a corroer la granítica ascendencia ejercida sobre el Ejército por la figura de los comandantes en Jefe. Era el miércoles 27 de junio. El general Carlos Prats acababa de salir en el auto oficial que habitualmente lo llevaba a su oficina del Ministerio de Defensa. Entonces sonó el teléfono en la casa de la Comandancia del Ejército habilitada para sus jefes, uno de los barrios residenciales del sector oriente de Santiago. Por razones ob-

vias, el número de la línea no aparecía en la guía telefónica y periódicamente era cambiado. Sofía Cuthbert, esposa del general, levantó el auricular. En el aparato sólo se escuchaba un llanto de niño. La amenaza era explícita. Sofía no perdió un segundo. Discó los números de los teléfonos de sus hijas y preguntó por los nietos. Todo en orden. Se comunicó luego con el Ministerio de Defensa y preguntó de inmediato por un presunto rapto, pero sus preguntas fueron interpretadas según lo que acababa de ocurrir en la avenida Costanera y sobre lo que Sofía aún no tenía noticias.

La informaron:

El general Prats viajaba en el asiento delantero derecho del automóvil Ford, azul, patente EF-432, de la Comandancia, rumbo al ministerio. El auto cruzó las calles amplias de esa zona y enfiló hacia la avenida Costanera que, bordeando el río Mapocho, permite conducir el tráfico hacia el centro de la ciudad. Poco antes de pasar por el canal San Carlos, tres o cuatro automóviles empezaron a tejer cruces en torno al auto de Prats. Con cada aproximación, sus ocupantes hacían gestos y emitían gritos de reproche y obscenidades. El peligroso juego recordaba las características de la emboscada tendida en octubre del 70 al general Schneider. Prats pidió el revólver a su chofer y lo dejó sobre el asiento al alcance de su mano. La luz roja de un semáforo detuvo a los autos. Junto al vehículo de Prats quedó un Renault utilitario, de color rojo, en el que viajaban dos personas. Prats miró hacia su derecha. La cara que se asomaba por la puerta de la "renoleta" le pareció la de un hombre joven. Prats vio que el sujeto le sacaba reiteradamente la lengua en una mueca burlona. El semáforo cambió verde. Las dos personas de la "renoleta" insistían en sus gestos. Prats cogió el revólver y les exigió detenerse para darle explicaciones, pero los ocupantes de la "renoleta" repitieron sus burlas. Prats bajó el revólver, apuntó al neumático y disparó un tiro. Hubo una sonajera de hojalata. La bala había perforado el borde inferior delantero de la "renoleta". Los autos se detuvieron.

Casi de inmediato, reporteros y fotógrafos de prensa aparecieron para recoger la versión de Alejandrina Cox Palma:

— Veníamos por Costanera, cuando al llegar a la Compañía de Cervecerías Unidas pasó por nuestro lado el automóvil del general Prats. Yo le

saqué la lengua porque me placía hacerlo. Esto bastó para que me siguiera, disparándome dos balazos. Uno de ellos se incrustó en la puerta. El general me hizo detener unas cuadras más abajo y bajándose de su automóvil me apuntó con su revólver en la sien izquierda y me dijo: “¡ Pide perdón, mierda, o te mato!”.

Al subir al auto que la condujo hasta la 14a. comisaría de Carabineros, la mujer exclamó, imponiéndose sobre el tumulto y las voces:

— ¡Un momento, por favor, esto es importante! Yo efectivamente le saqué la lengua al general. Ruego a las personas que vieron todo lo ocurrido atestigüen, ya que lo hacemos por Chile.

La mañana del viernes 29, los diarios incorporaron en sus páginas dos cartas de lectores especiales. Alejandrina Cox hacía juramento público, ante Dios, que “a ese solo hecho se limitó mi acción”, es decir, “el acto nimio de sacarle la lengua”. La lectura de la otra carta, escrita por Carlos Prats, corregía esa versión y proponía conclusiones más abundantes, diciendo que después del disparo el chofer de la “renoleta” se bajó. Lloraba y pedía perdón en voz alta. Sólo en ese momento, Prats descubrió que el conductor del auto rojo era una mujer:

“Es falso que le haya puesto el revólver en la sien y que la haya insultado. Por el contrario, le pedí disculpas, diciéndole que no habría disparado si hubiese apreciado que se trataba de una dama”.

En segundos, los dos automóviles quedaron rodeados por un centenar de personas. Rostros, puños y gestos ofensivos. Alguien escribió con lápiz labial en los cristales del Ford azul de la comandancia del Ejército “general maricón” y, sobre el capó, “asesino”. La turba pinchó los neumáticos del auto de Prats y se enfrentó al grupo de carabineros que llegó al lugar para dispersarla. Prats diría en su carta pública:

“No tengo otro testigo a mi favor que el conductor de mi vehículo, pues fui increpado por una multitud que sólo reaccionaba en torno a la idea de que disparé a una mujer”⁹.

Un taxista se acercó al general y le ofreció sacarlo de allí. Prats aceptó. Esa misma tarde del día 27 se reunía con Allende para presentarle —por primera vez— su renuncia a la jefatura del Ejército, pero éste la rechazó¹⁰.

Cuando tocaron a la puerta, Orlando Letelier presentó a su mujer —Isabel Margarita Morel— embarazada de varios meses, a quienes iban esa noche a comer: Salvador Allende y Hortensia Bussi. Era el año de 1958 y por primera vez los cuatro cenarían juntos.

— Allende traía un cartel en la mano —recuerda I. Margarita—. ‘Señora, me dijo, mucho gusto en conocerla’. Aún no cruzaba el umbral de la puerta. Y continuó: ‘Antes de pasar, quiero decirle que estoy muy preocupado. Usted sabe que yo soy médico y he encontrado la foto de un hombre muy feo afuera, a la entrada de la casa. Como médico le puedo decir que es malo para las señoras en su estado tener que mirar diariamente una imagen tan fea, así es que le traeré la imagen de un hombre estupendo para que la ponga afuera’. Y me pasó el cartel que acababa de arrancar: era una foto de Frei.

Esa comida iba a sellar la amistad de Salvador Allende y Orlando Letelier, a pesar de la diferencia de edades y rangos. Y esa amistad iba a determinar el curso de la vida del entonces joven funcionario del Departamento del Cobre.

Un año más tarde, en 1959, Orlando Letelier encontró encima de su escritorio un sobre. Adentro había una comunicación escueta que lo invitaba a no presentarse de nuevo en su oficina: estaba despedido.

— Mi padre —recuerda Isabel Margarita Morel— trabajaba en la Papelera¹¹, con Jorge Alessandri, y si Orlando siguió en el Departamento del Cobre después de las elecciones de 1958 se debió, probablemente, a ese hecho. Pero mi padre murió a fines de agosto de 1959 y unas tres semanas después echaron a Orlando.

Otros once funcionarios de la misma repartición pública recibieron un sobre idéntico. Sólo Laura Allende —hermana de Salvador y funcionaria del mismo organismo— fue eximida por quien firmó las órdenes de extinción de contrato, quizás para impedir las acusaciones de persecución política que se abatieron contra la flamante administración de Jorge Alessandri desde la derrotada izquierda. Con el paso de los días, algunos de los despedidos fueron reintegrados. A Orlando Letelier, en cambio, lo invitaron a una cena amistosa:

— Allí nos dijeron que el despido era un castigo por haber traicionado

a nuestra clase: nos dijeron que esperaban que aprendiésemos la lección¹².

De la noche a la mañana, Orlando Letelier quedó en la calle:

— No encontrarás trabajo —le dijeron—. No pierdas el tiempo.

Sutilmente invitado a abandonar el país, Letelier lo haría así en enero de 1960.

El mismo día en que Letelier abordó el avión con destino a Caracas, firmó las hojas de inscripción en el Partido Socialista de Chile. Al poco tiempo de estar en Caracas, donde trabajaba elaborando estudios de mercado para inversionistas privados, Felipe Herrera —su antiguo profesor en la universidad— lo llamó a colaborar en el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), del que Herrera acababa de ser nombrado presidente. Los Letelier viajaron, entonces, a instalarse en Washington.

Durante la presidencia de Jorge Alessandri (1958-1964), Letelier regresó a Chile. Irónicamente lo hizo en calidad de director de Préstamos del BID. Presentado en alguna reunión oficial al Presidente Alessandri, éste le dijo:

— Usted es un muchacho brillante, ¿cómo es posible que esté fuera del país? Debería estar trabajando aquí, con nosotros...

Pero Letelier no volvería a trabajar en Chile sino hasta después del triunfo de Salvador Allende en septiembre de 1970.

Así, a casi once años de su expatriación y habiendo dimitido de su cargo en el BID, Letelier regresaba para ponerse a las órdenes del hombre por cuya causa se había visto forzado a tomar las maletas. Ese hombre, ahora Presidente de Chile, le pedía hacerse cargo de la embajada en Washington, un lugar desde el que Letelier podría ayudar al nuevo gobierno más que de cualquier otro cargo dentro de su propio país.

Al frente de la misión diplomática chilena ante la administración de Nixon, Letelier iba a empezar a vivir quizás el período más trascendente para la supervivencia de su gobierno y de su país; un período cuyos auspicios no podían ser peores: el asesinato del Comandante en Jefe del Ejército chileno, general Schneider, estaba plagado de sombras que apuntaban, cuando menos, a su inspiración por la CIA¹³. Desde ese momento, hasta el 11 de septiembre de 1973, la influencia de círculos estadounidenses en los asuntos chilenos fue progresivamente en aumento¹⁴.

En julio de 1971, los Letelier asistieron a una cena en casa de Joseph Olsup, columnista del prestigioso rotativo *The Washington Post*. Henry Kissinger, secretario de Estado de la administración Nixon estaba también invitado: él y Letelier eran los protagonistas de una "guerra" silenciosa, una guerra invisible, pero cruda y bullente.

— Kissinger venía llegando de un viaje por China Popular -recuerda la viuda de Letelier- y nosotros estuvimos conversando sobre ese viaje con él. Entonces se dirigió a Orlando y dijo, con un acento terrible, muy difícil de entender: "Mister ambassador, quiero que usted le dé un mensaje a su Presidente. Nosotros le podemos asegurar que no tenemos agentes en su país. Si su gobierno cae, va a ser por sus propios errores. Ustedes son los que se están labrando su propia desgracia, no va a haber injerencia de parte nuestra. Hágale llegar ese mensaje a su Presidente"¹⁵.

— Sólo lo intuíamos... Sabíamos que las multinacionales no habían perdonado lo de las utilidades excesivas¹⁶. La Anaconda y la Kennecott habían estado dispuestas a que se postergara el pago de indemnizaciones, incluso a hacer la pérdida o a que se les cancelara un pago simbólico, para salvar sus caras frente a los accionistas —recuerda la señora Letelier—. Pero Chile no solamente no pagó: ni siquiera hizo una promesa de pago. Era una sutileza que a Chile no le hacía mella, pero cuya falta las compañías no perdonaron. Si a eso se suma el resultado de las elecciones de marzo de 1973¹⁷, entonces se veía que no era a través de campañas de agitación como se iba a botar al régimen de Salvador Allende, aunque ellas fuesen de terror o de denuncias contra el comunismo en la educación. Por tanto, desde Estados Unidos se podía percibir que la cosa iba a ser de otra manera, porque la decisión de botar a Allende era total.

Aun así, Letelier resolvió aceptar el llamamiento que Allende le hiciera en marzo del 73 para que tomara a su cargo el Ministerio de Relaciones Exteriores.

— El viernes 29, Orlando tenía que partir muy temprano en la mañana —sigue recordando la señora Letelier—, pero se retrasó. Tocaron el timbre. Era Fernando Belloni¹⁸ que llegaba a avisarle a Orlando que no saliera por ningún motivo de la casa, porque había movimiento de tropas, que no se sabía lo que estaba pasando y que el Presidente había dado orden de

que sus ministros no fueran a los ministerios sino a otros lugares. Y nos fuimos al departamento de Belloni, que por casualidad increíble vivía en el edificio contiguo a aquél donde íbamos a vivir nosotros.

*

El alzamiento del Blindado N^o2 tuvo los ribetes de un acto desesperado. Días antes del 29 de junio, la conspiración había sido detectada por algún servicio de la Guarnición de Santiago, y su comandante, el general Mario Sepúlveda Squella, había puesto en antecedentes a sus superiores y al ministro de Defensa, Tohá¹⁹. Fue esa información la que permitió a Tohá hacer la denuncia pública en la tarde del jueves 28, pero los parlamentarios opositores desdeñaron sus palabras. Los amotinados salieron del cuartel de Santa Rosa la mañana del viernes 29, porque se les había agotado el tiempo: el teniente coronel Souper iba a ser relevado del mando y reemplazado por el comandante Domic. No es descartable que la denuncia pública hecha por Tohá la tarde del 28 haya determinado a Souper a actuar en la mañana siguiente, porque cuando el coronel Carol Urzúa se presentó a primera hora de ese viernes en el cuartel de Santa Rosa para informar a Souper de la decisión del alto mando, halló las puertas cerradas y se le impidió el ingreso al recinto. De inmediato, Urzúa comisionó a un suboficial de su escolta para darle aviso a Sepúlveda de lo que estaba ocurriendo. Alrededor de las 09:10 horas se comunicó con Prats, quien se había trasladado a la Escuela Militar, y le expuso el plan:

— Se lo ratifico —le dijo Prats.

Luego, Sepúlveda llamó al Comandante de Institutos Militares, general Guillermo Pickering, para pedirle que lo apoyara. En pocos minutos, Sepúlveda había hecho operativo el plan, decidiendo qué unidades y escuelas militares debían actuar, por dónde iban a converger hacia el centro de Santiago, hasta dónde llegarían y qué deberían hacer entonces.

A las 10:00 de la mañana, Allende hizo una segunda intervención por radio.

Su anterior intervención llamando a los obreros a defender el gobierno había tenido un efecto negativo en las Fuerzas Armadas, de modo que Prats le envió un mensaje, sugiriéndole que no mandara gente a la calle,

porque el alzamiento era un problema entre militares y que él, Prats, resolvería. A las 10:00 horas hablaba por radio para pedir que los trabajadores se mantuvieran alertas sin converger sobre el centro de Santiago, pues confiaba en que las Fuerzas Armadas resolverían el enojoso asunto.

Desde la Escuela Militar, y tras tomar contacto con Pickering, Prats se dirigió al Tacna y luego a la Escuela de Suboficiales para repetir personalmente las instrucciones. En el recinto de dicha escuela, pertrechada y a punto de movilizarse, dos oficiales se negaron a salir. Uno adujo que tenía un hermano entre los rebeldes; otro expresó reparos porque los militares se matarían entre ellos. Fueron las únicas disensiones producidas en toda la guarnición de Santiago. El coronel Julió Canessa —director de la Escuela de Suboficiales— había tenido problemas para resolver la incómoda situación y Prats se elevó por encima de él para imponerse. Después de conminarlos a cumplir con su deber, les dijo:

— Si ustedes creen que mi muerte resuelve los problemas, dispáren...

Ninguno de los oficiales movió un músculo. En escasos minutos, la escuela se puso en movimiento, con Canessa al mando y Prats adelante.

10:45 de la mañana. El estado de Emergencia que desde el 27 regía para la provincia y ciudad de Santiago es extendido a todo el país. Daniel Vergara habla por radio y lo anuncia así con voz grave y solemne. El toque de queda se dispone para las 23:00 horas de esa noche.

En la esquina de Dieciocho con la Alameda, Prats baja de su auto, portando en su mano una subametralladora Thompson. Pero si bien todo queda dispuesto para el combate, decide avanzar para hablar con los rebeldes acompañado sólo por tres oficiales.

El general camina por la Alameda. Son las 11:10 del día 29 de junio. Sólo tres militares, metralleta en mano, le acompañan flanqueándolo: el teniente coronel Osvaldo Hernández, el capitán Roger Vergara y el sargento primero Omar Vergara. Un periodista escribe lo que está viendo desde el portal de entrada al Ministerio de Educación: el general continúa hasta situarse a pasos del tanque E-2814, en la esquina de Alameda con calle Teatinos. Hay silencio. Un tanquista de boina morada aparece por la escotilla, se baja, se cuadra y saluda al general. El tanque no volverá a disparar esa mañana contra el Ministerio de Defensa o La Moneda.

Luego camina hacia otros tanques que hay en esa esquina y se repite la escena del E-2814. Pero después hay un tanquista que mira al general y que dice con laconismo: “¡No me rindo, general!”. Su arma de combate está apuntada. Prats no ha perdido la calma.

El tanquista de boina morada sigue encañonándolo en medio de un silencio, pero Prats permanece quieto. De pronto, a su lado, hay un gesto repentino y el arma que lo encañona se cae. El mayor Zabala ha desarmado al tanquista.

Sin embargo, Prats no está ofuscado.

Son las 11:15 de la mañana. Una columna de soldados del Regimiento de Infantería Motorizada N^o 1, Buin, se acerca al área²⁰. Los soldados, con pañuelos blancos prendidos en el brazo izquierdo, avanzan agazapados, pegados contra las murallas de los edificios. De alguna ventana han salido tiros imposibles de identificar. Por el centro de la calle, un vehículo liviano. Cuatro soldados viajan con el ojo atento. Junto a él, un jeep con un cañón de 105 milímetros, sin retroceso. A una cuadra del cruce donde descansa el tanque, la columna se detiene. Un oficial se para en medio de la calle y grita a través de un megáfono celeste:

— ¡A los del tanque! ¡A los del carro blindado! ¡A los del tanque! ¡Escuchen! ¡Pongan atención! ¡Ríndanse! ¡Ríndanse! ¡Tiren sus armas y salgan con los brazos en alto! Están solos. No tienen apoyo. No queremos que se produzca un baleo que podría costar vidas de muchos. No tienen apoyo de ninguna otra fuerza. ¡Ríndanse! Evitemos muertes innecesarias.

El oficial se retira. El jeep avanza. Tiene el cañón preparado para el disparo. Un tiro en el blanco destripará al tanque antes de que la torreta alcance a girar para hacer fuego. Frente al Hotel Panamericano se empostran sobre la vereda ametralladoras punto 30. 17 minutos después, el tanque enciende los motores y se retira del lugar con rumbo al sur. Otros tres tanques harán lo mismo. El resto, en cambio, acatará la alta jerarquía que lo conmina a deponer las armas.

11:30 de la mañana. El tiroteo ha declinado. Hay un sentimiento general de que el motín ha sido abortado.

Dentro del recinto del Blindado el capitán Rocha Aros —trasladado allí apenas los insurrectos lo rescataron— intenta un principio de resisten-

cia. El Tacna responde. Tres proyectiles de lanzagranadas perforan los muros de adobe del cuartel. En tanto, Souper ha decidido romper el cerco y penetra violentamente en el recinto. Pero no tiene salida. Momentos después, sus hombres hacen saber al general Sepúlveda que se rinden ante él, el comandante de la División. Sepúlveda les remite un recado desde el ministerio:

— ...Que vengan con los tanques para acá y se rindan.

Sepúlveda llama al cuartel de Santa Rosa. Souper contesta el teléfono. Bonilla está junto al comandante de la División.

— Mire, Souper —dice éste—, tiene cinco minutos para entregarle el mando al coronel Ramírez²¹; si no, ordenaré que lo pulvericen.

— No, mi general —contesta Souper—. A su orden. Entrego el mando.

Sepúlveda cuelga y envía al general Oscar Bonilla para que actúe como interventor en la entrega del mando.

*

Tres automóviles frenan ante La Moneda. Son las 11:48 de la mañana del día 29. Hay soldados con brazaletes blancos y motos policiales. Allende baja de uno de los autos y entra en el palacio de gobierno. Miembros de su escolta personal —el Grupo de Amigos Personales (GAP), como el mismo la bautizara— penetran con él, rodeándolo. Los primeros en saludar al Presidente son los generales Prats, Pinochet y Sepúlveda, en ese orden, respetando la prevalencia. El motín ha fracasado, pero sus consecuencias políticas no han hecho más que comenzar. Prats se retira esa noche con la convicción de que, “presumiblemente, había comprometidos de jerarquía” en el motín²². Aún cree que el grave momento que vive el país “es un problema ‘político’ que deben resolver los políticos, a través de un acuerdo entre los poderes del Estado, que posibilite una tregua para evitar el enfrentamiento armado”²³. Considera que cualquier forma que adopte una nueva presión militar, ella “arrastraría a las Fuerzas Armadas, sin retroceso posible, a imponer una tiranía con gran derramamiento de sangre”²⁴.

12:10 de la mañana. Los comandantes en Jefe de la Armada y de la

Fuerza Aérea llegan a La Moneda. También el general José Sepúlveda Galindo, Director General de Carabineros. El ministro Tohá, escoltado por un grupo de militares de brazalete blanco, había salido del Ministerio de Defensa diez minutos antes y se encontraba ya con Allende. El Consejo Superior de la Seguridad Nacional (Consusena) está, por tanto, completo.

Salvador Allende habla entonces al país por Radio Corporación. Es la tercera vez que lo hace esa mañana:

— La situación está absolutamente controlada. Sólo quedan tres tanques en Carrascal, existiendo orden terminante de utilizar todos los medios para que se rindan... Pido al pueblo que mantenga la tranquilidad en estos instantes. Sobre todo, que no se agrupen junto a los cuarteles. Especialmente, que no vayan cerca del cuartel insurgente, que ya se rindió y está ahora al mando de un soldado de la Patria, leal al país. Puede haber equívocos y provocarse situaciones que sería torpe no evitar. Los trabajadores han cumplido con su obligación y con su conciencia: estar vigilantes en sus sitios de trabajo y agrupados por si es necesario actuar. Dije que confiaba ampliamente en las Fuerzas Armadas y Carabineros.

Las palabras de Allende continúan:

— Nadie puede imaginar que un comandante, por muy extraviado que sea, haya tomado una actitud tan contraria a la tradición de las Fuerzas Armadas por su propia iniciativa. Hace ya largos días que vengo señalando al país el estado de verdadera insurrección impulsado y estimulado artatamente o cínicamente por algunos sectores.

Entre los que oyen la cadencia pausada del habla de Allende, deben estar, sin duda, los cinco máximos dirigentes del movimiento "Patria y Libertad"²⁵.

Allende convoca al pueblo de Santiago a una manifestación frente a La Moneda para esa tarde:

— ¡Viva Chile! ¡Vivan sus Fuerzas Armadas! ¡Viva Carabineros!
¡Viva Investigaciones! ¡Vivan los trabajadores, columna vertebral de la revolución chilena!

“Este gobierno podrá ser una mierda, pero es mío”.

La frase iba escrita con trazo casi analfabeto en un papel puesto sobre dos maderos y había aparecido en una de las tantas manifestaciones de aquellos meses. Para ese 29 de junio, la frase ya formaba parte de la leyenda —entre mítica y romántica— que la izquierda chilena empezó a tejer con el triunfo electoral de 1970, y se la consideraba entonces como el mejor ejemplo de la lucidez trabajadora. Sin embargo, desde que ese cartel apareciera como volador de identidad en el firmamento político, las consignas y lemas habían ido, poco a poco, aceptando la hipótesis de un enfrentamiento generalizado. De hecho, pronto saldrían a las calles los carteles que, bajo la sigla MIR, acogían sin tapujos tal posibilidad en la frase “Soldado, no mueras por tus patrones. ¡Vive luchando junto al pueblo!”.

En el interior de La Moneda, Allende conoce ya los alcances y ramificaciones de la madeja que durante la mañana desprendió una hebra de insurrección. Sabe que desde las 16:00 horas, los máximos dirigentes de “Patria y Libertad” se hallan asilados en la embajada de Ecuador. Cuando el Presidente sale a encontrarse con la manifestación, los carteles se leen con facilidad y los gritos han cobrado nitidez: “¡A cerrar, a cerrar el Congreso Nacional!”. Allende se aproxima al micrófono. Los gritos agonizan. Alguna garganta insiste: “¡Mano dura, Presidente!”, y resurgen voces y chillidos que, de pronto, se apagan. Entonces retumba —por cuarta vez en el día— esa cadencia que todos reconocen:

— El pueblo debe comprender que tengo que cumplir con lo que he dicho. Esto es, hacer los cambios en libertad, democracia y pluralismo, lo que no significa tolerancia con la subversión ni con los fascistas.

La gente corea una consigna inédita:

— ¡Gobierno y pueblo armado, jamás serán aplastados!

Allende levanta la palma de su mano:

— Yo sé que lo que voy a decir no le gustará a muchos de ustedes. Pero tienen que entender cuál es la real posición de este gobierno. No voy, porque sería absurdo, a cerrar el Congreso. No lo voy a hacer. Pero si es necesario enviaré un proyecto de ley para llamar a un plebiscito, para que el pueblo se pronuncie.

El mensaje es de gran importancia. Por primera vez el Presidente se

muestra dispuesto a zanjar las diferencias recurriendo a un veredicto inapelable: un plebiscito.

Allende continúa:

— ¡Compañeros trabajadores de Santiago, tenemos que organizarnos! Crear y crear poder popular, pero no antagónico ni independiente del gobierno, que es la fuerza fundamental que el pueblo tiene para avanzar en el proceso revolucionario.

El Mercurio publica un editorial elocuente el día 30:

“Al sentirse el ruido de las primeras detonaciones, el desbande o desaparacimiento de los grupos civiles demostró que la población tenía, por primera vez, la imagen clara de la eficacia del poder militar en la calle. El poder popular vino a lanzar sus primeros gritos cuando las fuerzas que dirigían los tres comandantes en Jefe dominaron la situación. La ciudadanía democrática debe sentir, pues, una gran confianza en las posibilidades de resurgimiento del país, en la medida en que las Fuerzas Armadas conserven su espíritu, su unidad y su eficacia”.

El viejo diario conservador estaba hilando sutilmente. La señal fue recogida en los cálculos de quien llevaba tiempo movilizandando las piezas hacia un jaque que, tarde o temprano, habría de convertirse en mate. Alguien, un “jefe”, como lo designa el informe de la Comisión Church elaborado en 1975:

“La red de inteligencia continuó informando sobre las actividades del complot para el golpe durante 1972 y 1973. Durante 1972, la oficina siguió vigilando al grupo que podría montar un *putch* exitoso y gastó en penetrar este grupo una cantidad significativamente más alta, tanto de tiempo como de esfuerzo, del que había ocupado en grupos previos. Esta fracción había llamado la atención de la oficina en octubre de 1971. A enero de 1972, la oficina lo había infiltrado exitosamente y estaba en contacto con su jefe, a través de un intermediario”²⁶.

Un periodista reconstruyó el informe que el general Sepúlveda Squella diera a la prensa, apenas el día anterior, sobre la amenazante situación que gravitaba sobre el país:

— Les pido cooperación -había dicho Sepúlveda- a fin de aquietar el clima de intranquilidad y odio que estamos viviendo... El periodismo es

una tarea noble, como lo es informar, y les solicito ayuda para que esta guerra psicológica tenga tregua.

La tregua pedida por el general había sido desahuciada esa misma mañana del viernes 29, doce horas después de propuesta, con el primer disparo de los tanques contra La Moneda. Allende lo sabía. El periodista lo sabía. La muchedumbre, en la plaza, lo sabía: “¡Mano dura, Presidente!”, volvió a oírse. El gobierno era fuerte esa tarde, más fuerte que nunca durante los últimos meses. Sus enemigos políticos estaban yertos. También el Partido Nacional había sentido el bandazo, producto de un paso que bien pudo haberse dado en falso, y la Democracia Cristiana salvaba de la mejor forma posible el abismo abierto a sus pies por una situación fuera de su control, que descalificó por ilegítima. Por los altavoces se escucha el anuncio de que el gobierno presentará, para su aprobación por el Congreso, un proyecto de ley sobre Estado de Sitio. Dice que ello es necesario para excavar en las raíces inteligentes de la insurrección del Blindado. La iniciativa es suya. Era la noche cuando Salvador Allende completó su discurso y culminó el acto:

— ¡Tengan cuidado -exclama- y tengan confianza en su gobierno! Vayan a sus casas, besen a sus mujeres y a sus hijos en nombre de Chile...

*

Mientras el sepelio del periodista Henricksen se realizaba en Buenos Aires, en Santiago, Allende expresaba ante el Consusena que la delicada situación de orden interno hacía indispensable un nuevo gabinete con participación de las Fuerzas Armadas. También daba a conocer un Programa de Emergencia Económica. Su idea era que Prats ocupase la cartera del Interior y que la Armada y la Fuerza Aérea (FACH) asumiesen los ministerios de Hacienda y Obras Públicas y Transportes, respectivamente.

El martes 3 de julio, Prats recoge el parecer de sus generales: “Hay una unánime opinión negativa sobre mi participación incondicional en el gobierno”²⁷.

Inmediatamente después de conocer ese ánimo, Prats acude a encontrarse con Allende y pone —por segunda vez— su cargo de Comandante

en Jefe a disposición del Presidente. Pero la oferta del general queda eliminada. Dos horas y media después, los generales Bonilla y Araya le "sugirieron que renuncie a la Comandancia en Jefe y que acepte el cargo de ministro del Interior como general en retiro"²⁸. Para Prats no pasa inadvertida la maniobra: eso lo sacaría del Ejército... y de en medio.

NOTAS

¹ Comandante en Jefe del Ejército, asesinado por un comando ultraderechista el 22 de octubre de 1970, escasas semanas después del triunfo de Salvador Allende el 4 de septiembre de ese mismo año. Se presume que el objetivo inmediato de ese comando, tras el que se detectó influencia foránea y participación de militares chilenos, tanto retirados como en activo, era secuestrar a Schneider y hacer recaer la responsabilidad del delito en algún grupo de izquierda "creado" ex profeso.

Schneider dejó un verdadero testamento moral, de política militar, que en Chile se conoce como Doctrina Schneider. En pocas palabras, ella subraya la sujeción de los institutos armados a la Constitución y la Ley, postula la subordinación jerárquica al gobierno legítimamente constituido, estampa el principio recto de la prescindencia política y el carácter no deliberante de los hombres de armas, y define la función de las FF.AA. como eminentemente profesional, agregada a la misión de defensa de la soberanía territorial y de la seguridad de la Nación.

² Lucila Godoy Alcayaga, poetisa chilena y Premio Nobel de Literatura 1945. Nació en la nortina localidad de Elqui y se la conoce mundialmente por el nombre de Gabriela Mistral.

³ Dado de baja del Ejército, aunque posteriormente liberado, el capitán Sergio Rocha Aros se trasladó a la Argentina, donde, ya en 1974, pasó a formar parte del grupo de agentes de la Dirección de Inteligencia Nacional (Dina) destacados en Buenos Aires. Así consta en el testimonio de Sofía Prats Cuthbert, hija del general Carlos Prats González, publicado por los periodistas Edwin Harrington y Mónica González, *Bomba en una calle de Palermo*, Editorial Emisión, Santiago de Chile, 1987, pág. 467.

⁴ El general Mario Sepúlveda Squella, comandante de la guarnición de Santiago y presente en esos instantes en el ministerio, dio órdenes a las tropas leales bajo su mando de no abrir fuego contra los rebeldes.

⁵ Tipo de galletas, largas y planas.

⁶ Carlos Prats González, *Memorias: Testimonio de un soldado*, Editorial Pehuén, Santiago, 1985, pág. 602.

⁷ Los autores se reservan la identidad de la fuente.

⁸ Según el sociólogo Augusto Varas, el constitucionalismo de las FF.AA. chilenas no era real, sino formal. Se trataba de "un acatamiento de la Constitución porque regulaba las relaciones entre Fuerzas Armadas, Estado y sociedad". En 1932, las FF.AA., que mantenían el gobierno del entonces general Carlos Ibáñez del Campo, "se retiraron a sus cuarteles y se dio una reacción civilista, antimilitarista". En las cuatro décadas que van desde ese año hasta 1973, las FF.AA., siempre según Varas, "vieron a la Constitución como un mero marco, sin entender qué significaba un proceso de profundización democrática, de ampliación de la participación política, de los beneficios sociales a las mayorías. Esa ecuación entre Constitución y democracia no fue hecha por las FF.AA., no quedó resuelta en las mentes militares".

Sobre las expresiones de Augusto Varas, véase la revista *Análisis* N° 188, del 17 al 23 de agosto de 1987.

9“Todo se ha confabulado para colocarme en una situación difícil” -escribía Prats en sus memorias: “las tensiones de los días precedentes, la inquietud sorda que se vivía en la Institución, los indicios del complot que se investigaban en el cuartel Santa Rosa (Blindado N°2) crearon un cuadro anímico que me hizo pensar en una encerrona en la Costanera”. Prats, op. cit., pág. 416.

10 Prats, op. cit., pág. 400.

Fuentes militares en retiro han confirmado que había “antagonismo” hacia Prats entre los oficiales jóvenes. Un sentimiento que se expresaba en un descontento con sentido político hacia su persona. En su mayor parte, los oficiales jóvenes “nunca interpretaron la actitud de Prats como lo que Prats quería: mantener unido al Ejército y evitar una guerra civil”. Siempre de acuerdo con las mismas fuentes, la oficialidad del Ejército fue muy vulnerable a la campaña de la derecha, “capitalizada—con intenciones, por supuesto—por parte de algunos jefes que eran decididamente golpistas”.

Por otra parte, que el episodio de la Costanera correspondió a un acto preparado lo comprueba no sólo la forma en que se produjo. Prats menciona en sus *Memorias* que varios autos se coordinaron para presionarlo y que, tras el disparo, los reporteros y fotógrafos de prensa se presentaron en el lugar en “menos de tres minutos”. Asimismo, ex alumnos de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile informaron a los autores de este libro que, instaurada ya la dictadura, el abogado Carlos Cruz-Coke expuso en su cátedra el episodio de la Costanera como “ejemplo de un contubernio” del cual se declaró autor.

Los periodistas Edwin Harrington y Mónica González informan, a su vez, que el plan recibió el nombre cifrado de “Operación Charlie”.

Véase Edwin Harrington y Mónica González, op. cit., pág. 90.

11“Papelera” (Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones): empresa que monopoliza en Chile la fabricación y venta de toda la línea de estos productos, sobre todo el papel para periódicos. Bajo la dirección de Jorge Alessandri Rodríguez —Presidente de la República entre los años 1958 y 1964— se convirtió, durante el período de la Unidad Popular, en el símbolo de la oposición del sector industrial y económico privado contra Allende.

12 Desde el Departamento del Cobre se alentaba la política de no disminuir la producción cuprífera del país, a pesar de los malos momentos por los que coyunturalmente atravesaba el precio del metal en los mercados internacionales. Esa política se oponía a las directrices definidas para la marcha económica por el poderoso triministro de la administración Alessandri, Roberto “Ruca” Vergara.

13 El Informe Church es irrefutable respecto de las pruebas que aporta para demostrar la injerencia oficial de Estados Unidos en Chile. El ex Secretario de Estado Henry Kissinger desautoriza el informe, tildándolo de “tendencioso”. Sin embargo, él mismo se encarga de conferirle verosimilitud al afirmar, a renglón seguido, que “considero la publicación de las deliberaciones del Comité contra el interés nacional”. Ver Henry Kissinger, *Mis memorias*, Editorial Atlántida, Buenos Aires, 1979, págs. 455 a 475.

Ver también Informe Church, documentos del Congreso de los Estados Unidos, Washington, 1975.

14 Henry Kissinger menciona la injerencia norteamericana en Chile, afirmando que “no era moral

ni políticamente injustificado que los Estados Unidos apoyaran a aquellas fuerzas políticas internas que buscaban mantener un contrapeso democrático al dominio radical". Dicho apoyo se tradujo de la siguiente manera:

Recursos económicos:

1962/1964: tres millones de dólares para apoyar la campaña de Eduardo Frei contra Allende;

1968: Varios cientos de miles de dólares para ayudar a derrotar a las fuerzas de Allende en las legislativas chilenas de marzo de 1967;

1970: En marzo, una suma insignificante para propaganda en apoyo de adversarios de Allende en las presidenciales;

en junio, 450 mil dólares con el mismo propósito;

en septiembre, 250 mil dólares para alentar la derrota de Allende en el Congreso chileno, que debía dirimir la elección entre las dos primeras mayorías: Allende y Alessandri.

Planes políticos:

En marzo de 1970, la CIA y el Departamento de Estado sometieron al Comité 40 "un programa conjunto para una acción de deterioro contra Allende". A continuación, el ex embajador Edward Korry recomendó a su gobierno "un programa de dos fases: un aumento de la suma ya aprobada para las actividades de deterioro, y fondos para influir en el voto del Congreso" chileno. La decisión sobre la segunda fase fue postergada para después de la elección del 4 de septiembre. El triunfo de Allende ese día puso a Nixon "fuera de sí" y se mostró dispuesto a "hacer algo, cualquier cosa" por enmendar el rumbo de Chile. El tema fue debatido en la administración Nixon los días 8, 14 y 15 de septiembre. El martes 15, Nixon resolvió que "el programa de ayuda a Chile sería interrumpido; su economía debía ser exprimida hasta que gritase". A partir de este momento, los planes norteamericanos fueron concebidos bajo dos propuestas: la VIA I y la VIA II. Ambas propuestas terminaron mezclándose y contemplando el recurso al golpe militar.

Por lo que respecta a la injerencia no oficial, véase el caso de la International Telephone and Telegraph (ITT) y las declaraciones de Orlando Sáenz (dirigente empresarial y uno de los jefes de la oposición gremial a Allende) en revista *Cauce*, del 28 de agosto al 3 de septiembre de 1984.

¹⁵ Cuando Orlando Letelier se radicó en Estados Unidos como exiliado, periodistas del *Washington Post* le preguntaron su opinión sobre Kissinger y él se refirió a aquella cena como una manera de evidenciar la doble conducta de la administración Nixon hacia el gobierno de Allende.

¹⁶ Si bien la ley que permitió la nacionalización de la gran minería del cobre reconocía el derecho a la indemnización de los propietarios extranjeros, sus montos se calcularon sobre la base de lo que la ley reconocía como "utilidad anual razonable": doce por ciento. La diferencia entre "utilidad razonable" y "utilidad realmente percibida" se denominó "utilidad excesiva" y fue descontada de los montos de las indemnizaciones. El resultado de esta operación arrojó cifras negativas para los ex propietarios de las minas en la mayoría de los casos.

¹⁷ En las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, la Unidad Popular obtuvo el 43,3% de los votos; la oposición, en tanto, no alcanzó los dos tercios del Congreso que requería para hacer efectiva una acusación constitucional contra Allende y deponerlo legalmente.

¹⁸ Socialista, funcionario de la Cancillería durante el gobierno de Allende.

Fue detenido en 1987 en relación con una oscura acusación contra el juez Fernando Soto Arenas, interpuesta ante los tribunales de la familia de Mario Santander Infante, reo por el asesinato aparentemente pasional de la joven Alice Meyer ocurrido el 15 de diciembre de 1985. La defensa de Santander fue asumida por el abogado Sergio Miranda Carrington, quien había actuado como

defensor del general Manuel Contreras Sepúlveda, jefe de la Dina. Como en otras ocasiones, en el caso Meyer entraron en contradicción los informes evacuados por la policía civil de Investigaciones y por la policía uniformada de Carabineros, todo lo cual dio pie para que se hiciese carne en la opinión pública la sospecha que, tras la defensa de Santander Infante, se hallaban involucrados tanto intereses económicos como políticos.

¹⁹ Desde hacía un tiempo, el Servicio de Inteligencia Militar (SIM), dirigido por el general Lutz, había dejado de contar con la confianza de Prats e incluso del propio Pinochet: "El SIM, desde hacía varios meses, sólo trabajaba los antecedentes que recogía sobre el extremismo de izquierda, pero no daba a conocer los movimientos del extremismo de derecha. Prueba evidente de ello era que el amotinamiento del Blindado pasó inadvertido para el SIM, estando comprometido 'Patria y Libertad'". Prats, op. cit., pág. 434.

²⁰ El hecho que Pinochet fuera al frente de las tropas del Buin era insólito y sorprendente, y se ha prestado para numerosas interpretaciones acerca de sus reales propósitos entonces. El propio general Prats se mostró sorprendido y molesto por el papel que Pinochet se autoasignó durante la jornada del 29 de junio de 1973. Como Comandante en Jefe, Prats le había dado instrucciones de permanecer en la oficina de Estado Mayor del Ejército, cosa que, obviamente, Pinochet desobedeció. ¿Por qué lo hizo? La respuesta que en aquella época dio ante la airada interpelación de Prats fue que iba a ayudarlo. Sobre el episodio de Pinochet y el Buin puede verse Edwin Harrington y Mónica González, *Bomba en una calle de Palermo*, op. cit.,

²¹ Joaquín Ramírez Pineda era comandante del Regimiento de Infantería Tacna. Para el 11 de septiembre, se mantenía al frente de dicha unidad, en cuyo recinto, durante esa misma jornada — y en los días siguientes— se detuvo y fusiló a numerosos funcionarios y colaboradores del gobierno de Allende. Con posterioridad, en 1974, el coronel Ramírez Pineda fue promovido y enviado a Buenos Aires como agregado militar de la embajada de Chile. Ascendió luego a general y se lo designó como rector-delegado del gobierno militar en la Universidad de La Serena.

²² Prats, op. cit., pág. 422.

La presencia de los capitanes Ballas y Lobos en la manifestación de señoras ante la casa del Comandante en Jefe hace presumible que tras ellas estuviese la inspiración del general en retiro Alfredo Canales —de quien el capitán Ballas era yerno— y el general Viveros —de quien el capitán Lobos era ayudante—. En opinión de fuentes militares en retiro consultadas por los autores, el general Viveros era un personaje influyente por los generales Bonilla, Arellano y Palacios.

²³ Prats, op. cit., pág. 423.

²⁴ Fuentes militares en retiro admitieron que el efecto que la insurrección de Souper produjo entre la oficialidad joven y media del Ejército fue, primero, de apoyo a los oficiales que habían participado; un apoyo bajo un punto de vista romántico. Consideraban que Souper había tenido muchas agallas para llegar a eso... Nunca se pensó que hubiera estado coludido con otras unidades. Se pensó, sí, que tenía el apoyo de "Patria y Libertad".

Los tenientes que estuvieron involucrados en los preparativos del motín fueron: René López, Edwin Dimter, Antonio Bustamante, Mario Garay, Carlos Martínez y Raúl Jofré. Como partícipe directo también se menciona al teniente José Gasset. Véase *La Epoca*, 6 de mayo de 1987.

²⁵ Se trata del abogado Pablo Rodríguez Grez, Benjamín Matte, John Schaeffer, Manuel Fuente Wending y Juan Hurtado, los cuales se asilaron en la embajada de Ecuador.

²⁶ Desde el 11 de septiembre de 1973, el general Pinochet ha asegurado que él empezó a preparar el golpe de Estado en 1972 (*El día decisivo*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1980, pág. 79). De esto podría desprenderse que es el general Pinochet la persona sindicada como el "jefe" por la Comisión Church. Sin embargo, demasiados testimonios públicos —y otros recogidos por los autores de este libro— señalan que la pretensión de Pinochet es falsa. Por el contrario, las evidencias apuntan a que el general Pinochet se sumó al complot probablemente en la última semana de agosto de 1973 o incluso días después. Probablemente ese "jefe" fue otro miembro del Ejército. De hecho, el propio general Prats describe en sus *Memorias* algunas personalidades de la alta oficialidad del Ejército capaces de haber sido "jefes" de una conspiración.

²⁷ Prats, op. cit., 427.

²⁸ Idem.

CAPITULO 2

LA ULTIMA OPORTUNIDAD

DESPUES DE SU DISCURSO de la tarde del 29, Allende había dejado en sus seguidores la sensación de que nada iba a variar sustancialmente.

Sin embargo, la propuesta de un nuevo gabinete con presencia de las Fuerzas Armadas nacería muerta. La opinión del cuerpo de generales del Ejército pesó tajantemente en el espíritu de Allende, de modo que el octavo gabinete de su gobierno se formó —el 5 de julio— sin militares.

Prats no descartaba a priori esa posibilidad, sino que la veía condicionada:

“... Después de la elección de parlamentarios en marzo de 1973 no parecía conveniente la permanencia de ministros militares en el gabinete, ya que (...) se requería un cambio fundamental de conducción política que posibilitara corregir substancialmente las deficiencias económicas, única posibilidad de justificar la presencia de las Fuerzas Armadas en funciones de gobierno”¹.

Los círculos gubernamentales interpretaron las opiniones que Prats debió haber vertido en sus continuos contactos de trabajo, de una forma global, como un plan que proponía aclarar y consolidar las transformaciones económicas del programa de la UP (consolidar el Area de Propie-

dad Social², definir los alcances de la Reforma Agraria y ordenar la Administración Pública), buscar algún entendimiento con Estados Unidos —respecto del cobre— que no entrañara para Chile pagos adicionales a los aprobados por el Congreso chileno tras la nacionalización de la gran minería, y, sobre esas bases, entablar un diálogo con la DC.

Como sustento, dicho plan requería de condiciones propicias en las Fuerzas Armadas. Para ello era preciso cambiar la jefatura de Carabineros por una más resuelta y nombrar director de esa institución al octavo o noveno de sus generales, cambiar a cuatro o cinco generales de la FACH y mantener a Montero en la Armada. Algunos generales eran partidarios de medidas de esta naturaleza. De hecho, cuando el general Prats regresó de su gira por la Unión Soviética y otros países, en mayo de 1973, citó al general Bachelet para intercambio de opiniones. En dicha oportunidad, Bachelet le hizo ver que era preciso llamar a retiro a varios generales, pero Prats se opuso, aduciendo que se debían preservar las instituciones armadas y evitar su ruptura.

Pero este plan, nacido de la interpretación que del pensamiento del general Prats hacían los círculos gubernamentales, se topó con serias resistencias por parte del Partido Socialista, que lo consideraba atentatorio a su línea de “avanzar sin transar”.

El viernes 6 de julio, Prats reiteró ante un grupo de jefes y oficiales del Ejército “la conducta institucional frente al problema político”:

“Insisto en que ‘el cuartelazo’ inicial es fácil, pero que las dificultades comienzan cuando se trata de gobernar contra la voluntad popular, imponiendo una tiranía feroz para doblegar la resistencia y exponiendo al país al desencadenamiento de una guerra civil, si se logra dividir a las Fuerzas Armadas”³.

El jueves 12 de julio, Prats tuvo un nuevo encuentro con algunos jefes y oficiales de la Guarnición de Santiago. Abrió la reunión, celebrada en su residencia oficial, con una frase contundente:

— Vamos a tener que hablar muy claro.

Hubo silencio.

— Saben muy bien las circunstancias en que me correspondió asumir, de manera que yo me impuse como tarea suprema lograr mantener la cohe-

sión institucional. Todos los límites de mi capacidad los he puesto en juego para que la institución se mantenga fiel al artículo 22 de la Constitución: disciplinada, jerarquizada, obediente y no deliberante.

“[Hoy estamos ante] una contienda que pareciera no tener salida. Esta lucha política es tan ardua, tenaz, tan profunda que inevitablemente, aunque no queramos, se va tratando de envolver a las Fuerzas Armadas en la situación política”.

El silencio continuaba. Sólo hubo algunas toses.

— En función de [esto] les he dicho que la selección de los mandos será selectiva. Los mandos tienen que ser soldados que manden, que se la puedan sobre su unidad, que tengan un efectivo control sobre su oficialidad y cuadro permanente. En función de eso los he seleccionado a ustedes. Yo les he dicho lo siguiente: al comandante que se le levanta una unidad, él tiene que dominar la situación. Les he dicho que ustedes me responden con su cabeza. ¿No se los he dicho muchas veces? Nadie se queda en los cuarteles encerrado mientras una unidad está disparando a tontas y a locas contra el Palacio de Gobierno. Por una razón muy simple, porque el Ejército es el que tiene que resolver los problemas de la institución. Si el Ejército no se la puede, entonces entra la Armada o la FACH.

Prats hablaba con aplomo y autoridad moral. Su actuación del viernes 29 lo respaldaba plenamente.

— Los sectores de ultraderecha... quieren derribar al gobierno y naturalmente usar a las Fuerzas Armadas para sus fines. Queman a los “militicos” y ellos se esconden. Como siempre.

“Toda la historia de Chile repite este ejemplo; de manera que no hay novedad en lo que les estoy contando... Presión golpista de la extrema derecha, que trata de hacer mella en la oficialidad joven, perturbando a la oficialidad joven con slogans falsos..., usando mañosamente recursos políticos que no tienen por qué preocupar a los oficiales jóvenes. Claro, estamos expuestos, por la ultraizquierda a la penetración de nuestro cuadro permanente. Por ambas puntas, con distinta finalidad, se trata de quebrar la verticalidad del mando... El oficial joven lee *El Mercurio*, *Tribuna*, *Qué Pasa*, y les cree a pie juntillas. Les he dicho a ustedes: díganles a los oficiales jóvenes que hay que leer y escuchar radio. Hay que tener claro que

los intentos golpistas no resultan para la extrema derecha sino es el Ejército el que 'pica', para decirlo en términos vulgares. Estoy seguro que en la Armada hay tantos o más elementos que están perturbados por los intentos golpistas que no se moverán mientras el Ejército no 'pique'. Por esto es tan grave esta campaña soez contra el Comandante en Jefe. Se usan todos los expedientes más sucios... Ya no sólo se quiere destruir al Comandante en Jefe, sino que se quiere dividir al cuerpo de generales: unos, pro gobierno, otros, pro oposición. En circunstancias que como todos los profesionales, y fruto de ser más viejos, tenemos clara la situación del país para que superviva el Ejército como institución profesional y no política, [y la] vigencia de la democracia”.

*

También en la izquierda el motín del Blindado provocó consecuencias centrífugas. El Partido Socialista opinaba:

“Esta nueva situación debería llevar a la Unidad Popular a visualizar en forma distinta el quehacer hacia adelante; debemos pasar a una nueva etapa”.

Sus sectores juveniles declararon:

“No puede tolerarse que el aplastamiento de este conato implique un mero retorno a la situación anterior. Hay que pasar de las palabras a los hechos... Imponer el orden del pueblo de una vez por todas antes de que sea tarde”.

El Partido Comunista adoptaba un lenguaje menos distante a La Moneda, aunque igualmente resuelto:

“No es un hecho aislado, sino que forma parte de una escalada sediciosa, antichilena, que hemos venido denunciando reiteradamente. El PC apoya las medidas que el Presidente de la República adopte para requerir ejemplarmente a los antipatriotas”.

Los dirigentes de los partidos opositores conocían bien a Allende. Muchos de ellos se habían sentado en escaños próximos a las bancas socialistas del Congreso, donde Allende ocupaba una desde 1937.

El respeto de Allende a la legalidad no era ficticio; más aún: él mismo había ayudado a conformarla en más de 33 años de servicio continuo en

el Congreso. Primero como diputado, y luego como senador, había propuesto con éxito más de cien leyes, muchas referidas a la atención sanitaria. Por algo era médico, había sido ministro de Salud en uno de los gabinetes del mandatario centro-izquierdista Pedro Aguirre Cerda, y estuvo a la cabeza de la Comisión de Salud Pública del Senado durante más de 20 años.

El hecho de asumir la inevitabilidad de la guerra civil requería del desborde del marco constitucional y de las leyes vigentes. Pero Allende jamás iba a desbordar el marco de la legalidad —a pesar de que lo acusaban de ello—, porque no deseaba jugar las oportunidades del socialismo chileno a un final imprevisible.

Durante la mañana de ese mismo viernes 29, prácticamente la totalidad del congreso nacional de la Democracia Cristiana se había reunido espontáneamente en la casa de Bernardo Leighton. También concurrió el entonces presidente del partido, el abogado Patricio Aylwin. La discusión giró, como era obvio, sobre la postura que debía asumir la DC en aquellas tensas horas y poco a poco fue imponiéndose la opinión de que no cabía otra actitud que la de respaldar al gobierno constitucional, fuesen cuales fuesen las diferencias con él. Aylwin aceptó los argumentos que ponían el acento en la preservación de la estabilidad democrática del sistema político chileno y llamó directamente a La Moneda para hablar con Allende y comunicar la opinión de su partido.

En el transcurso del día fueron llegando a la casa de Leighton miembros de la dirección de la DC y algunos parlamentarios. En total, los asistentes sumaban ya unas 40 ó 50 personas. La discusión continuó. Allende, en tanto, hizo público su deseo de pedir al Congreso la facultad de establecer el Estado de Sitio, petición que a algunos de los concurrentes pareció oportuna y justificada, aunque otros la rechazaron. Ello provocó una segunda llamada de Aylwin a Allende. La postura de la DC había, ahora, variado algo: Aylwin se manifestó de acuerdo con el Estado de Sitio, pero argumentó que la DC daría su apoyo en el Congreso a tal medida sólo a cambio de un reajuste del gabinete que implicase la salida de los ministros que eran más abiertamente beligerantes con las huelgas o movimientos sociales impulsados por la oposición.

Pero el requisito pedido por Aylwin, que volvería a surgir algunas

semanas después con el carácter de una exigencia innegociable, no podía ser aceptado por el Presidente.

El sábado 30, hecha la evaluación de cómo había afectado el motín del Blindado al país, los partidos opositores se negaron a otorgar a Allende las facultades del Estado de Sitio, en virtud de que desde el miércoles 27 existía el Estado de Emergencia. Según ellos, prerrogativas tan severas como la reservadas al gobierno en un Estado de Sitio entregaban a Allende una ventaja sustancial frente a la oposición⁴.

Decidido Allende a apostar la iniciativa ganada en la arena institucional, la batalla iba a darse con pocas garantías de éxito en un Congreso donde la DC no apoyaría la petición de Estado de Sitio y donde el diputado de la Democracia Radical, Rafael Otero⁵, había presentado el miércoles 27 una propuesta de acuerdo político entre los distintos sectores de la oposición para que las cámaras declararan que “el Presidente de la República, señor Salvador Allende Gossens, está impedido de continuar en el ejercicio de sus funciones como tal y debe procederse a una nueva elección para designar Presidente de la República”.

El Congreso, finalmente, rechazó el proyecto de ley.

En esa situación, ¿cuál era la salida? Para el Comandante en Jefe del Ejército, Carlos Prats, sólo una y se la expresó al Presidente:

“Había que agotar las posibilidades de diálogo con la DC”⁶.

Pero Allende era escéptico, según lo registra Prats:

“Me responde que en las actuales circunstancias, el diálogo es impracticable. Que me convenza yo mismo, hablando con Frei”⁷.

A pesar de la negativa sensación que le dejara el diálogo con Frei —arreglado por mediación del general Bonilla—, Prats le subraya al Presidente, tres días más tarde, la importancia de buscar pronto un entendimiento con la DC. El general se inclinaba por esta alternativa no sólo por su concepción institucionalista de la política, sino porque estaba convencido de que dentro de las Fuerzas Armadas se había desatado la deliberación política —en un sentido contrario al gobierno— y porque en esas condiciones el poder popular no tendría ninguna oportunidad en un eventual enfrentamiento. El 19 de junio, Prats anotaría en su diario:

“Converso en La Moneda con Carlos Altamirano y Rolando Calde-

rón⁸, con quienes me encuentro en uno de los pasillos. Les explico que en las Fuerzas Armadas se está viviendo una tensa situación que puede traducirse en el rebasamiento de los comandantes en Jefe”⁹.

Y añadiría, tras una cena celebrada el domingo 23 con Altamirano y Luis Corvalán¹⁰, en la que Allende hizo de anfitrión:

“... Debe entenderse que las Fuerzas Armadas se están sintiendo cercadas por los extremismos y que la eventualidad de un golpe militar no sólo va a enervar el proceso político de la UP, sino que lo va a eliminar”¹¹.

El día 2, el gobierno sufrió un nuevo revés: la Contraloría General de la República¹² rechazó el decreto del Ejecutivo por el cual se promulgaba parcialmente la Ley de Reforma Constitucional que fijaba los límites del Area Social de la economía. Con anterioridad, el gobierno había decidido promulgarlo sólo en parte, en vista de que el Congreso introdujera en el proyecto de ley enmiendas que desvirtuaban el contenido original.

El poder judicial se alineaba —ignorante o cómplice—, junto a las fuerzas opositoras. La Corte Suprema había roto el 26 de mayo la no beligerancia con el Ejecutivo. En esa fecha, los jueces habían enviado al Presidente una carta conteniendo sus quejas por lo que consideraron tropiezos puestos al cumplimiento de los fallos y resoluciones judiciales por parte de autoridades administrativas y funcionarios policiales. En junio, Allende respondió con una extensa carta de cuatro capítulos y 19 carillas. En síntesis, ponderaba la misión de la autoridad administrativa para conceder o no la fuerza pública en cumplimiento de resoluciones judiciales. Allende argumentaba que era deber del Ejecutivo garantizar la paz y el orden, y que el gobierno no podía actuar sin aquilatar previamente las consecuencias personales, familiares o sociales que “la ejecución de una resolución judicial pueda producir”.

En la raíz de la pugna entre poderes estaba la indefinición del Area Social, que estimulaba a los trabajadores a ocupar todo tipo de empresas —a un altísimo costo político entre la clase media que no mucho antes había votado por Allende—, muchas de las cuales no representaban más que lastres para una economía socializada. Pero en estas circunstancias, Allende no podía lanzar a la fuerza pública a desalojar a los obreros, a

riesgo de enajenarse también su apoyo. Y él era, por encima de todo, socialista.

Los jueces, a su vez, respondieron a Allende con un documento de diez capítulos en el que le expresaban haber entendido su carta “como un intento de someter el libre criterio del poder judicial a las necesidades del gobierno”. Luego agregaban:

“Si Su Excelencia ha invadido, en su comunicación, un campo jurídico que constitucionalmente le está vedado, este tribunal puede, a su vez, para restablecer el equilibrio así perturbado, insinuarse en las costumbres administrativas, aunque no sea más que para significarle a V.E. la importancia y las consecuencias de su error”. Esta amenaza era doblemente grave, porque se producía inmediatamente después de que el Partido Nacional publicara en la prensa el documento “Don Salvador Allende ha viciado su mandato presidencial por ilegitimidad en el ejercicio de su cargo”. Refiriéndose a ese texto, Allende exclamó en la concentración que encabezó el 21 de junio en Santiago.

— ¡Esto es sedicioso, esto es sedición!

*

Las instituciones, o bien estaban abiertamente contra el gobierno o bien, en apariencia, se abstendían. En ese contexto, y tras los sucesos del día 29, Allende recompuso su gabinete —el octavo— sólo con ministros civiles y le fijó un deber:

“Esforzarse por lograr, después de la experiencia del viernes, un clima donde las discrepancias se manifiesten a nivel de las ideas y principios, y no de los ataques a las personas”.

Sin embargo, el clima callejero ya no respondía a esto. Más de tres mil obreros ocupaban aún los cordones industriales capitalinos y el mismo día en que juraba el nuevo gabinete, la CUT emitía una declaración reiterando “a todos los trabajadores de la ciudad y el campo, que las empresas, fábricas, servicios y predios tomados con motivo de la asonada fascista fracasada, deberían ser mantenidos en sus manos hasta que la CUT así lo disponga”. El motín del Blindado había hecho perder puntos a la ascendencia de Allende: tantos, que para apoyar un posible diálogo con la DC

y vigorizar su palabra, hubo de subrayar el 11 de julio¹³, ante los trabajadores de la mina cuprífera El Salvador:

— Yo soy suficientemente claro y honesto para decirle al pueblo que mi gobierno es un gobierno democrático y popular, nacional y revolucionario; para señalar que en este gobierno no habrá enfrentamiento ni guerra civil... No aceptaré un poder popular contrario e independiente al poder del gobierno.

Prefiriendo el riesgo de la incompreensión y la soledad, Allende se abrazó al posible diálogo con la DC. La desalentadora conversación de Prats con Frei —en el que éste sostuvo que los demócratacristianos “están dispuestos a aceptar garantías mínimas si se disuelven los grupos armados y se ofrece un gabinete capaz de dominar al país”, porque “no se puede dialogar cuando el adversario pone la metralleta sobre la mesa”¹⁴— tampoco lo amilanó.

En ese clima, el Cardenal católico —Raúl Silva Henríquez— leyó el 21 de julio un documento de once puntos en el Templo Votivo de Maipú¹⁵ que, bajo el título de “La paz de Chile tiene un precio”, invitaba “a crear las condiciones para un diálogo que haga posible el entendimiento”. No hacía muchas semanas, las relaciones entre la Iglesia Católica y el gobierno —normales hasta entonces— se habían agriado a causa del proyecto de Escuela Nacional Unificada (ENU)¹⁶, enviado al Congreso por el ministro de Educación, Aníbal Palma. Y el andar de la ENU se detuvo. El gobierno, entonces, declaró que habría un plazo de dos semanas para recibir sugerencias, críticas o nuevas fórmulas. Aun así, el proyecto no volvería a levantar cabeza.

No obstante, Silva Henríquez era sensible a lo que el país se jugaba a mediados de julio del 73. Allende acató la nueva posibilidad creada por la intervención del jefe de la Iglesia Católica y el martes 24 de julio anunció medidas que abrían la puerta al diálogo con la DC¹⁷.

La gravedad del momento no se ocultaba a nadie. Orlando Millas —ex ministro de Economía y miembro del Comité Central del PC chileno— declaró que los comunistas habían decidido respaldar la voluntad de diálogo demostrada por el Presidente “en razón de los intereses supremos del pueblo”. El Partido Socialista, en cambio, continuaba reticente¹⁸.

Pero apenas al día siguiente de que Allende abriera la puerta al diálogo con la DC, los transportistas iniciaban un paro indefinido. Resultaba, cuando menos, una presión inoportuna... Se trataba, en realidad, de algo más que eso. Como lo escribiera Bernardo Leighton¹⁹ sólo algunas semanas después del 11 de septiembre, la última gran huelga de los transportistas “era mitad gremial [y] mitad facciosa, según nos constaba a muchos demócratacristianos”²⁰.

Dos días después de que Allende hiciera pública su postura, Patricio Aylwin —presidente de la DC— informaba que su partido estaba dispuesto al diálogo con el gobierno.

Con esa perspectiva, el paro de los camioneros —una acción que requería de tiempo para que sus efectos se posesionaran de la situación política, haciéndola ingobernable— bien podía llegar a cuajar cuando los frutos del diálogo ya hubiesen sido cosechados. La estrategia que desechaba esos frutos necesitaba de una acción complementaria, que irritara la situación política en lo inmediato. Y ella llegó en la madrugada del 27 de julio: una ráfaga de metrallera hirió de muerte al edecán naval de Salvador Allende, el capitán de navío Arturo Araya Peters²¹.

*

Al mediodía del 30, Allende recibió en La Moneda a Aylwin. El dirigente demócratacristiano llevaba en la cartera un pliego que, en cinco puntos, expresaba la interpretación de su partido sobre los problemas del país, en torno a los cuales creía imprescindible hallar bases de acuerdo: necesidad de afianzar el orden institucional y la plena vigencia del Estado de derecho; necesidad de cumplir el mandato constitucional de que las Fuerzas Armadas y Carabineros son los únicos depositarios de la fuerza y terminar con las “tomas”; definir el régimen de propiedad de las empresas, delimitando el Area Social, el Area Mixta y el sector privado, regulando el régimen de participación de los trabajadores; necesidad de participación institucional de las Fuerzas Armadas en el gabinete para preservar la estabilidad de la República (en el fondo, una exigencia de garantía de que las cuatro primeras necesidades iban a asumirse desde la perspectiva que interesaba imponer la Democracia Cristiana)²².

Allende expresó sus inquietudes: grupos armados²³; participación de los trabajadores; solución jurídica y política de las contiendas de competencia entre los poderes del Estado; medidas para solucionar los problemas económicos y jurídicos del Area Social; medidas para asegurar la distribución, aumentar la producción y atajar la especulación; asuntos varios, como medios de comunicación.

Allende le expuso a Aylwin su idea de formar comisiones especiales para estudiar fórmulas de consenso sobre todas las materias, pero Aylwin respondió que, tras “serena meditación”, se había convencido de que el camino sugerido por el Presidente “no es el que la Patria exige de nosotros en esta hora tan grave y apremiante”, por lo que insistió en sus cinco necesidades originales²⁴.

El abismo que un paréntesis sin solución abría en el diálogo, movió al gobierno no sólo a continuar los contactos de modo no oficial entre el ministro del Interior —el socialista Carlos Briones²⁵— y dirigentes demócratacristianos, sino que también impulsó a los ministros a poner sus cargos a disposición de Allende para dejarle las manos libres a la hora de decidir la aceptación o el rechazo de la quinta necesidad expuesta por Aylwin, es decir, un gabinete de garantía con los tres comandantes en Jefe y el Director de Carabineros.

Las conversaciones entre Briones y dirigentes de la DC se prolongaron hasta lograr importantes acuerdos sobre algunos de los problemas más acuciantes en esos momentos²⁶.

También aquella “quinta necesidad” tomaba cuerpo y el viernes 10 de agosto juraban sus cargos nuevos ministros del gabinete (novenos). Entre ellos, Carlos Prats González como titular de Defensa; Raúl Montero —Comandante en Jefe de la Armada— en Hacienda; Cesar Ruiz Dan-yau —Comandante en Jefe de la FACH— en Obras Públicas y Transporte, y José María Sepúlveda Galindo —Director General de Carabineros— en Tierras y Colonización²⁷. Allende presentó así el nuevo gabinete al país:

— Esta es la última oportunidad para evitar el enfrentamiento y la guerra civil...

El viernes 10, el nuevo “Gabinete de Seguridad Nacional” nacía con renovadas esperanzas, pero no sin incomprendiones y problemas. Desde el MIR se lo calificó en seguida como el “Gabinete de la Capitulación”.

El cuatro de agosto, tropas al mando del general Manuel Torres de la Cruz, comandante de la V División del Ejército, allanaron las instalaciones de la empresa Lanera Austral, en Magallanes, con el saldo de un obrero muerto, varios detenidos y daños en los edificios. El episodio conmocionó Punta Arenas y alarmó a los sindicatos.

El martes 7 de agosto, tres días antes de la formación del nuevo gabinete, la Jefatura de la II Zona Naval del país, con asiento en Talcahuano, denunciaba lo que llamó “un movimiento subversivo” entre la marinería de dos unidades de la flota y el personal de tierra de los astilleros navales de aquel puerto, al sur de Santiago. Más de treinta marinos fueron detenidos por “infracción grave de sus obligaciones militares” instigada —aseguró la jefatura— por militantes del MIR, MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria) y una tendencia del Partido Socialista. Los movimientos de izquierda aludidos reaccionaron, advirtiendo sobre algunos oficiales que estaban en contacto con grupos derechistas para inspirar o realizar actos sediciosos. La responsabilidad que en el caso cabía a la izquierda del poder popular molestó en La Moneda.

La tarea del noveno gabinete de Allende era ingente: detener el paro de los transportistas y gremios profesionales; controlar el terrorismo; superar la crisis en las Fuerzas Armadas; remontar el impasse en el diálogo con la Democracia Cristiana.

Según Bernardo Leighton, “el gobierno había presentado proposiciones aceptables para finiquitar este movimiento [el paro de los transportistas], que incidía táctica y calculadamente en puntos vitales de la vida del país y cuyos dirigentes aplicaban el diabólico sistema de colocar nuevas peticiones cada vez que parecía acercarse la solución del conflicto. Así llegaron a lo que sus más destacados conductores efectivamente anhelaban, que era la caída del Presidente Allende, con todo el andamiaje constitucional junto con él”²⁸.

Tampoco se solucionaron los paros de gremios que tenían enorme

responsabilidad e influencia cívica: el del Colegio Médico. Al respecto, Leighton escribió:

“El gobierno suscribió un acuerdo con la directiva nacional de este organismo; pero sucedió lo increíble: los elementos intransigentes, que no deseaban solución, manifestaron desembozadamente que la fundamental finalidad del movimiento no era gremial, sino política, y consistía en la salida del Presidente Allende. Por tanto forzaron la renuncia de la directiva y continuaron la huelga”²⁹.

Para el ex Vice-Presidente de Chile, Bernardo Leighton, “el plan subversivo, a estas alturas [agosto de 1973] se hacía presente igual en los médicos que en los camioneros. Por obra de estos últimos, el país estaba semiparalizado, impidiendo la distribución de la bencina y de trigo con el fin, habilidosamente calculado, de enloquecer a los automovilistas, a los pasajeros de la locomoción colectiva y a la población entera por falta de pan. Era la mejor forma de preconstruir la justificación ulterior del asalto al poder, cuya preparación conocían y apoyaban (Nixon confirmó después su ayuda a estos movimientos)”³⁰.

Casi a medianoche del sábado 18 de agosto, el general César Ruiz Danyau presentaba su renuncia al gabinete, pero —a exigencia del Presidente, Generalísimo de las Fuerzas Armadas, de acuerdo con la Constitución chilena— debía también dejar colgado en el perchero el uniforme con las insignias del mando supremo de la FACH. La incapacidad —voluntaria más que innata— había llevado a Ruiz Danyau a lavarse las manos en la situación creada por los transportistas y, en consecuencia, a tener que dimitir de su cartera ministerial, aunque a un precio que quizás no había pensado pagar. Ruiz Danyau fue reemplazado en el gabinete por el general Humberto Magliochetti, también de la FACH, y en la Comandancia en Jefe por el general Gustavo Leigh Guzmán³¹.

Entre tanto, el Congreso adoptaba un acuerdo —aprobado por la mayoría de derecha y demócratacristianos— al que la oposición le confirió el carácter de una declaración legal y formal de ilegitimidad del gobierno.

El proyecto del acuerdo había sido conocido por el Consejo Nacional de la Democracia Cristiana la noche anterior a su aprobación por la Cámara de Diputados. Producto del debate se le introdujo una serie de obser-

vaciones referidas a lo que él entrañaba y, sobre todo, la significación que adquiriría, dada la voluntad de los parlamentarios opositores de enviárselo expresa y únicamente a los comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas, que aún formaban parte del gobierno de Allende, y no a todos los ministros del gabinete. Era, sin duda, un recado bastante directo. Las aprensiones de algunos miembros del consejo nacional de la DC sobre los alcances del acuerdo dieron pie para que un grupo de ellos se contactara esa misma noche con altas personalidades del gobierno —en concreto, los ministros de Minería y de Defensa, Pedro Felipe Ramírez y Orlando Letelier, respectivamente— con el objeto de advertirles de que al día siguiente se iba a dar luz verde para el golpe de Estado. Paralelamente, ese grupo se dio cita para volver a reunirse a las 08:00 horas en casa, una vez más, de Bernardo Leighton. Encabezados por el propio Leighton y Renán Fuentealba —otro de los dirigentes históricos de la DC—, el grupo se trasladó a la sede del partido para exponerle a su presidente —Patricio Aylwin— la gravedad de la situación. Aylwin los recibió de inmediato, pero ya el ambiente era distinto al de apenas dos meses antes, para el alzamiento del Blindado N°2. Aylwin autorizó a que se redactase una declaración en que se debía exponer con claridad que el acuerdo de la Cámara de Diputados no iba a constituirse en aval para atentar contra la Constitución. Fuentealba redactó allí mismo la declaración y Aylwin la aprobó; luego le ordenó al diputado Eduardo Cerda —miembro de la mesa directiva de la Cámara— que leyera el escueto texto de la declaración ante el pleno de los diputados DC, cuando el reglamento lo permitiese. Pero, en vez de eso, Cerda llevó la declaración a la oficina del presidente de la Cámara —el demócratacristiano Luis Pareto— y la dio a conocer sólo ante un grupo de parlamentarios de su partido. El resultado fue que varios de los presentes la rechazaron, amenazando incluso con retirarse de las filas de la DC si la lectura llegaba a hacerse en el pleno y, por tanto, públicamente.

Así, el país jamás conocería el texto de dicha declaración.

El acuerdo que finalmente se aprobó en el Congreso, en cambio, fue decisivo: presentado ante la Cámara por Claudio Orrego³², el texto postulaba que el gobierno había quebrantado la Constitución y las leyes. Diputados derechistas y de la Democracia Cristiana declararon, entonces, la

ilegitimidad del mandato del Presidente Allende y pidieron su destitución o su renuncia.

*

En horas de la tarde del martes 21 de agosto, un numeroso grupo de mujeres se concertó frente a la residencia del general Prats. Se trataba de cónyuges de generales, coroneles y otros jefes del Ejército, quienes querían hacer entrega a la esposa de Prats de una carta en la que se instaba a interceder ante el general para que renunciara al ministerio y a la Comandancia en Jefe del Ejército. Esa misma noche, Prats anota:

“Quedo meditando la gravedad de lo ocurrido. Al recordar uno a uno los nombres de las señoras de generales y oficiales que participaron en la manifestación, me siento como en el ensueño angustioso y tenaz de las pesadillas, considerando los largos años de falsa amistad que nos habían prodigado”³³.

El 22 de agosto, Prats escribió:

“Converso con el general Pinochet y le expreso que estoy dispuesto a olvidar el triste episodio de ayer, si los generales me expresan públicamente su solidaridad (...). Me reúno con los generales (...). Les reitero lo dicho a Pinochet: estoy dispuesto a olvidar el incidente promovido por las esposas de varios de ellos y otras señoras de oficiales en servicio activo y en retiro, si ellos virilmente me entregan una declaración de solidaridad que se difundiría al país (...). Les ofrezco la palabra y todos los presentes mantienen un significativo mutismo”³⁴.

El jueves 23 de agosto se inicia para Prats con la información que el general Pinochet concurre a entregarle a su despacho respecto de la reacción de los generales que ha recogido:

“La posición de la mayoría —escribe Prats— es de negativa a firmar una declaración de solidaridad conmigo”.

Pinochet también le anticipa la dimisión de los generales Mario Sepúlveda Squella y Guillermo Pickering; ambos jefes son los únicos que controlan a las poderosas unidades de la región metropolitana: la II División y el Comando de Institutos Militares, respectivamente.

El gesto de ambos generales entregaba a Prats una invaluable excusa

para manejar la situación dentro del Ejército, llamando a retiro a aquellos jefes que no lo secundaban; al fin y al cabo, Sepúlveda y Pickering eran dos de los generales más próximos a Prats, y si ellos se apartaban del Ejército no existían argumentos para, en caso de que Prats se decidiera por llamar a retiro a algunos generales que no le merecían confianza absoluta, criticar ese paso del Comandante en Jefe.

Cuando Pickering y Sepúlveda abandonaron el gabinete de su superior, ingresaba el general Orlando Urbina, hasta ese momento otro de los hombres de confianza de Prats. Dos horas más tarde, la radio anunciaba que Carlos Prats González había dimitido de su alto cargo en el Ejército.

En una sola mañana, Pinochet se hallaba con el Ejército en sus manos. Abrumado, en las horas siguientes éste pediría a los renunciados Pickering y Sepúlveda que retiraran sus dimisiones.

Informaciones recogidas por los autores de este libro permiten sostener que los generales actuaron con mayor celeridad y audacia que Pinochet. Un recorrido por algunos regimientos del país les permitió tantear el ánimo de las tropas ante un eventual golpe de Estado: "Si no va el Comandante en Jefe, si no va toda la institución, nosotros no vamos". Los generales no tenían más salida que la de sumar a Pinochet a su carro.

Al contrario de lo que afirmó, Pinochet no enfrentó a los generales que, ya era evidente, estaban en el complot. Por el contrario, dejó en suspenso la decisión de llamarlos a retiro. Algunas fuentes consideran que el hecho de que Pinochet haya dejado en suspenso aquella decisión constituye la primera manifestación clara de que estaba entrando en el juego de los complotadores.

Una segunda manifestación es posible advertirla en un detalle significativo. A fines de agosto y principios de septiembre, los titulares de prensa anunciaban que la reincorporación de los generales Sepúlveda y Pickering estaba en estudio, dato que reflejaba el auténtico pensamiento de Pinochet inmediatamente después de su ascenso a la Comandancia en Jefe. No obstante, el 5 de septiembre apareció una declaración de la Oficina de Relaciones Públicas del Ejército en la cual se comunica que las renunciaciones de ambos generales —Sepúlveda y Pickering— ya están tramitadas. Entre estas fechas, por tanto, las fuentes sitúan el momento

en que Pinochet asimiló y se sumó al complot³⁵.

Prats presentó su carta de dimisión el 23 de agosto al Presidente Allende. En ella explicaba sus puntos de vista y su decisión indeclinable:

“Agradezco profundamente la alta confianza que V.E. depositó en mí, pese a su convencimiento de mi absoluta prescindencia política, y le reitero las consideraciones del sincero respeto que V.E. sabe que le profeso, por el sentido de responsabilidad personal con que conduce los destinos del país”.

Le sucedió en el cargo el general Augusto Pinochet Ugarte³⁶.

Solitario en su puesto, el constitucionalista almirante Raúl Montero no tardaría en ser apartado *de facto* por el vice-Almirante José Toribio Merino. Otro tanto ocurriría en Carabineros, donde el general César Mendoza Durán iba a aparecer el 11 de septiembre como su director, escalando la montaña desde la sexta antigüedad en el escalafón.

NOTAS

¹ Prats, op. cit., pág. 366.

Ver también pág. 368: "Ese día (6 de marzo de 1973) hablo nuevamente con el Presidente (...) y aprovecho para señalarle lo urgente que se hace un plan de emergencia nacional de gobierno para afrontar la aguda crisis económica; de lo contrario, estimaba que debía prescindir a la brevedad de los ministros militares".

² El Area de Propiedad Social (APS) o Area Social de la Economía era una de las tres en que el Programa de la Unidad Popular entendía que debía estructurarse la economía chilena. El APS correspondía al sector productivo de propiedad estatal que se configuró a partir de las empresas pertenecientes al Estado desde antes de 1970 y que se incrementó con una política de nacionalizaciones y expropiaciones apuntada a terminar, sobre todo, con la propiedad transnacional y monopólica en Chile. El APS, sin embargo, se convirtió en una suerte de saco donde fueron a parar desde empresas expropiables según los decretos antimonopólicos del gobierno, hasta empresas abandonadas por sus propietarios, improductivas o simplemente pequeñas y medianas empresas "tomadas" por sus trabajadores para presionar así por su transferencia al APS.

³ Prats, op. cit., pág. 430.

⁴ Entre las prerrogativas reservadas al gobierno en la Constitución de 1925 —abolida *de facto* el 11 de septiembre de 1973— estaban la facultad de trasladar a las personas de un punto a otro del país y la de arrestarlas en sus propias casas o lugares que no fueran necesariamente cárceles destinadas a la reclusión de reos comunes.

⁵ Rafael Otero, diputado por el Partido Democracia Radical; ferviente opositor a la UP y propietario del diario *Tribuna* y la revista *Sepa*, uno de los más mordaces e insolentes en la crítica a la gestión del Presidente Allende. En 1976 fue agregado de la embajada chilena en Washington. Al momento de terminarse este libro, Otero había reaparecido en el periodismo con el diario *Negro en el blanco*.

⁶ Prats, op. cit., pág. 431.

⁷ Prats, op. cit., pág. 431.

⁸ Carlos Altamirano, abogado, senador y dirigente del Partido Socialista; Rolando Calderón, dirigente socialista y de la CUT, ex ministro de Agricultura.

⁹ Prats, op. cit., pág. 441.

¹⁰ Luis Corvalán, Secretario General del Partido Comunista.

¹¹ Prats, op. cit., pág. 444. Subrayado nuestro.

¹² Organismo autónomo del Estado, encargado de ejercer el control —de ahí su nombre— de la legalidad de los actos de los demás poderes estatales. Afirma que la relación entre autoridad

judicial y fuerza pública está, cualquiera sea la interpretación de los textos legales, subordinada al ámbito de las personas e intereses afectados. Rechaza la teoría de que la autoridad deba prestar amparo policial indiscriminado.

¹³ El 11 de julio de 1971, Allende había firmado —con el apoyo parlamentario de todos los partidos políticos chilenos— la ley de nacionalización de las minas de cobre, principal riqueza de Chile, en manos de transnacionales norteamericanas. La fecha fue considerada por el gobierno como Día de la Dignidad Nacional y hasta 1973 fue siempre celebrada con actos y manifestaciones.

¹⁴ Prats, op. cit., pág. 432.

¹⁵ Maipú: comuna construida en suburbios de Santiago donde el 5 de abril de 1818 tuvo efecto la batalla que consolidó la independencia chilena.

¹⁶ ENU (Escuela Nacional Unificada): polémica iniciativa del gobierno de Allende en materia de educación. Al respecto, la Iglesia Católica se pronunció públicamente destacando elementos positivos y criticando los negativos. Entre aquéllos subrayó: "El primero, la incorporación de todos los chilenos a un proceso educacional que no discriminara a nadie por su capacidad económica, su condición social o su posición ideológica, y ofrece a todos las mismas opciones de acuerdo a sus diversas capacidades. El segundo, la integración de estudio y trabajo, y la valorización del trabajo físico, como uno de los elementos que contribuyen al pleno desarrollo del hombre y al desarrollo económico y progreso social de la comunidad. También vemos elementos positivos en la integración al proceso educativo de todas las edades de vida, respetando el insustituible valor educativo del propio hogar".

Entre los elementos negativos, la Iglesia Católica declaró que "por muy pluralista que se proclame el informe (del gobierno), no vemos destacados en parte alguna los valores humanos y cristianos que forman parte del patrimonio espiritual de Chile".

Véase la declaración del Comité Permanente del Episcopado, Santiago, 27 de marzo de 1973. Las citas están tomadas de "Documentos del Episcopado, Chile 1970-1973", edición oficial de la Iglesia Católica.

¹⁷ El 24 de junio de 1973, en discurso difundido por cadena nacional, Allende expresó, entre otros puntos:

- * necesidad de afianzar la autoridad del gobierno;
- * el gobierno rechaza las fuerzas armadas paralelas de ambos extremismos;
- * las Fuerzas Armadas deben quedar marginadas de la pugna política contingente;
- * el gobierno requiere de un poder popular subordinado y no antagónico al régimen institucional;
- * el camino político del programa de la UP no es insurrección. La insurrección la impulsa la burguesía;
- * la necesidad de articular los poderes del Estado, en una vigencia plena del Estado de derecho que exige poner término al bloqueo legislativo a que está sometido el poder ejecutivo.

¹⁸ La oferta de diálogo hecha por Allende llevó incluso al PS a plantearse la posibilidad de retirarse del gobierno, según consta en Prats, op. cit., pág. 447.

¹⁹ Bernardo Leighton, dirigente demócratacristiano, ex ministro del Interior y vice-Presidente de la República durante el sexenio de Eduardo Frei Montalva (1964-1970). Fue uno de los fundadores de la Falange Nacional, el 12 de octubre de 1935, principal antecedente del Partido Demócrata Cristiano chileno.

²⁰ Entre las reivindicaciones de los transportistas figuraban las siguientes: entrega de nuevos vehículos; entrega de repuestos y neumáticos; reajuste de tarifas cada 90 días, previa acreditación de costos; designación de representantes gremiales en la Empresa Nacional de Repuestos; cumplimiento por parte del gobierno de la promesa de envío de un proyecto de ley que garantizara la actividad del transporte privado; traspaso de mil 300 vehículos que el gobierno había entregado al APS.

El gobierno aseguró que estas reivindicaciones habían sido satisfechas, pues se habían respetado los acuerdos del primer paro de los transportistas, en octubre de 1972.

El jueves 2 de agosto se sumaron al paro taxis, taxibuses y microbuses, solicitando la dimisión del subsecretario de Transporte, Jaime Faivovich. El gobierno calificó el paro de sedicioso y Allende dio curso a la dimisión de Faivovich, en tanto era una exigencia que se pretendía imponer por la fuerza. Parte de la directiva de la Confederación del Transporte fue censurada por el resto de los miembros al declararse aquella parte contraria al paro.

²¹ Tanto la investigación del asesinato (realizada previamente al 11 de septiembre de 1973) como el proceso contra los asesinos (celebrado después del golpe militar, una vez que los implicados se entregaron a las nuevas autoridades) fueron conscientemente obstaculizados y distorsionados por los responsables policiales y militares que se ocuparon del caso.

El 28 de julio de 1973, al día siguiente del asesinato, Carabineros detuvo a José Luis Riquelme Bascuñán, un técnico electrónico de la Corporación de Fomento (Corfo). Riquelme "confesó" que había actuado contra el capitán Araya en conjunto con otros dos sujetos a los que catalogó como dirigentes poblacionales e identificó como "Blanco" y "El Pelao". El técnico responsabilizó a este último de ser el autor de los disparos.

"Blanco" era Domingo Bartolomé Blanco, apodado "Bruno", jefe de la guardia personal del Presidente Allende (GAP).

En vista de la acusación contra "Bruno", el equipo de informaciones del GAP (había otros tres equipos: escolta, planificación y logística), que se encargaba de recolectar datos sobre posibles atentados contra Allende, "comenzó a recoger antecedentes y detectó que los verdaderos autores formaban parte de un comando de 'Patria y Libertad'. Esta información se entregó a Investigaciones (policía civil) y, por memo, a Allende, quien hizo llegar la nómina de sospechosos (el 3 de agosto de 1973) a la Fiscalía Naval que sustanciaba el proceso. Pero nunca se citó a ninguno" de los sospechosos.

Véase revista *Análisis* N° 178, del 8 al 14 de junio de 1987.

Al respecto, véase Edwin Harrington y Mónica González, op. cit., pág. 102.

A raíz del asesinato del Comandante Araya se creó una comisión investigadora de las FF.AA. en la que participaban miembros de los servicios de inteligencia de todas las ramas. Esta comisión era presidida por el general Nicanor Díaz Estrada. Todo ello sin perjuicio del proceso que se siguió ante la justicia militar. Entre el equipo de investigadores de la referida comisión se encontraban los oficiales Daniel Gimpert Corvalán, por la Armada, y Germán Esquivel Caballero, por Carabineros.

Se logró determinar que el crimen había sido cometido por un grupo de "Patria y Libertad" que disparó al comandante cuando éste apareció en el balcón de su casa. El autor material de los disparos fue Guillermo Bunster Thiers y dentro del grupo se hallaba César Luis Palma Ramírez, conocido como el Fifo. Este último fue condenado finalmente por tenencia de explosivos. Posteriormente todos fueron indultados.

A mediados de 1975 —mientras se encontraba en libertad bajo fianza— Palma Ramírez ingresó a la Fuerza Aérea, en su Dirección de Inteligencia, como soldado.

En el proceso del ministro Carlos Cerda sobre detenidos desaparecidos, quedó establecido que

Palma Ramírez era miembro del Comando Conjunto que fue responsable de un gran número de detenciones y desapariciones ocurridas entre los años 1975 y 1976. Este Comando Conjunto era dirigido por el oficial de la FACH Roberto Fuentes Morrison, y en él participaban también Daniel Gimpert y Germán Esquivel, por la Armada y Carabineros respectivamente. Todos ellos estuvieron encargados reos por su participación en el secuestro de personas y finalmente fueron amnistiados por la Corte Suprema.

²² "Martes 31 de julio. El Presidente está contrariado y triste. Leo con detención la carta de Aylwin (...). Me retiro de la residencia presidencial abrigando los más lúgubres augurios. Después de la tensa etapa transcurrida hasta que el Presidente logró —aunque a regañadientes— que el Partido Socialista superara su alergia a buscar un 'consenso mínimo' con la DC, Aylwin plantea una condición que, como político fogueado, sabe bien que para Allende resultará imposible aceptar". Prats, op.cit., pág. 450.

²³ Escasos días antes, la dirección del movimiento "Patria y Libertad" había anunciado que pasaba a la clandestinidad y asumía la lucha armada contra el gobierno de la Unidad Popular.

²⁴ "Viernes 3 de agosto. Escucho con amargura el discurso radial de Aylwin al país, en el que cierra las conversaciones con el gobierno (...). La intención de que las Fuerzas Armadas se superpongan a la UP, separando a ésta de Allende y dejándolo en posición simbólica, está implícita en las frases del líder demócratacristiano. Si la Armada y la FACH acceden a la petición del Presidente, no me quedan sino las alternativas de renunciar a mi cargo de Comandante en Jefe o aceptar uno de los dos ministerios que me mencionó el Presidente". Prats, op. cit., pág. 452.

²⁵ Carlos Briones, abogado, socialista, designado ministro del Interior en el octavo gabinete de Allende.

²⁶ Leighton ha señalado que "fracasadas las conversaciones a la altura del Presidente y del presidente del PDC, se continuaron a otros niveles con conocimiento y autorización de ambos presidentes. En efecto, Carlos Briones, mientras estuvo fuera del gabinete y, en particular, después de su regreso al cargo de ministro del Interior, conversó con la directiva del partido y con diputados y senadores DC hasta lograr importantes acuerdos" (Briones no tuvo cartera durante el noveno gabinete de Allende y sólo volvió a él en el décimo, pocos días antes del 11 de septiembre). Las referencias hechas por Leighton a estos acuerdos aparecen en la revista *Análisis*, edición monográfica especial, noviembre de 1982, Santiago de Chile, titulada *Hermano Bernardo*. Respecto del presunto fraude en las elecciones legislativas de marzo, Leighton escribió: "No cabe duda alguna que, a consecuencia de las imperfecciones de la ley electoral, denunciadas por el ministro del Interior de Allende, general Carlos Prats, a raíz de las elecciones generales del 4 de marzo de 1973 en que ganó la oposición, se cometieron fraudes no sólo en beneficio de los partidos de gobierno, sino también de los opositores, pero en ningún caso del volumen y de la trascendencia que se les atribuyó por sectores de extrema derecha, llevados del evidente propósito de ir cerrando el camino a rectificaciones urgentes que, por otra parte, solicitaban".

²⁷ El 31 de julio, al recibir en su casa a los dirigentes del Partido Radical, Prats fue consultado por éstos si era posible contar con el respaldo de las Fuerzas Armadas en caso de que fracasasen las conversaciones con la DC. Prats refiere que se habían acentuado las presiones golpistas sobre el Ejército. El 7 de agosto, en una reunión con el almirante Montero y el general Ruiz Danyau, Prats

aceptó la sugerencia del primero —con la conformidad del segundo— para que lo designase en la cartera de Defensa y de que el propio Prats decidiese los ministerios para los representantes de la Armada y de la FACH. Ante el cuerpo de generales (el 8 de agosto), Prats explicó las circunstancias que colocaron a los comandantes en Jefe ante al situación de ocupar los ministerios de Hacienda, Defensa y Minería. Los generales esperaban el acceso al gobierno de acuerdo a la propuesta de la DC (representatividad de generales y almirantes que cubriera la mitad o los dos tercios del gabinete y el resto de las carteras y mandos medios, con personalidades apolíticas). Prats les explicó que aquello significaba dejar en interdicción al Presidente. Extracto de Prats, op. cit., págs. 449, 455 y 457.

²⁸ Leighton, revista *Análisis*, N^o citado.

²⁹ Idem.

³⁰ Idem.

³¹ El jueves 16 de agosto, el Comandante en Jefe de la FACH, general César Ruiz Danyau, actuando como ministro de Obras Públicas y Transportes, se dirigió al país por cadena de radio y TV, y condenó duramente a los transportistas que mantenían en paro al gremio del rodado nacional; también fugió a la Democracia Cristiana.

Véase Edwin Harrington y Mónica González, op. cit., pág. 106.

Según la versión del general Carlos Prats, el viernes 17 de agosto, Allende lo citó a él a su despacho, indicándole que concurriese con el general Gustavo Leigh Guzmán. El Presidente les informó que el general César Ruiz Danyau le había presentado su renuncia como ministro de Obras Públicas y Transporte, pues consideraba que había fracasado en hallar la solución del paro de los transportistas. Allende les representó a ambos la gravedad de la determinación de Ruiz, porque su renuncia iba a fortalecer a los huelguistas, desencadenando el enfrentamiento que el gobierno estaba evitando a costa de sucesivas concesiones. Como Ruiz había insistido en su postura, Allende le advirtió que debía renunciar también a la Comandancia en Jefe de la FACH. Ante Prats, Allende ofreció entonces el ministerio y la Comandancia en Jefe de la FACH a Leigh, quien —emocionado— respondió que él era un hombre sin ambiciones, pero que, antes de dar una respuesta definitiva, debía hablar con Ruiz.

Horas más tarde, Leigh regresó a La Moneda y, en presencia de Prats, informó a Allende que la situación en la FACH era muy difícil, pues Ruiz sostenía que había renunciado al ministerio y no a la jefatura de la institución armada; agregó que, en esas circunstancias, él prefería hacerse a un lado antes que asumir el mando de la Fuerza Aérea. Allende citó a La Moneda al almirante Montero y al general Ruiz Danyau, con quienes mantuvo una conversación, mientras Leigh esperaba en una sala contigua. Ante Montero y Prats, Allende rogó a Ruiz que depusiera su decisión; le recordó que era el único amigo que tenía entre los entonces comandantes en jefe y le pidió, como amigo, que no renunciase al ministerio. Pero Ruiz mantuvo su decisión. Allende entonces le comunicó que dejaba de considerarlo amigo y que había perdido su confianza. Le exigió que dejase la Comandancia en Jefe de la FACH y que comunicara él mismo su decisión a Leigh. Después de retirarse Ruiz, Allende reiteró su oferta a Leigh. Este se mostró confundido y pidió tiempo para decidir. En tanto, Ruiz jugaba sus últimas cartas para mantener su ascendencia en la FACH, estimulando el autoacuartelamiento de las guarniciones con base en El Bosque y Los Cerrillos, Leigh decidió trasladar los cazas Hawker Hunter desde esas bases a Talcahuano, 400 kilómetros al sur de Santiago, "para prevenir aventuras". Prats le explicó a Allende lo que acontecía y le aconsejó que separase los cargos de Comandante en Jefe de la FACH y ministro de Obras Públicas. Convocado

ante Allende, Leigh se manifestó emocionado por la confianza que el Presidente depositaba en él y, a la espera de hacerse acreedor de ella, sugirió como ministro al general Humberto Magliochetti. Allende confirmó ambas designaciones: Leigh en la Comandancia en Jefe y Magliochetti en el ministerio de Obras Públicas y Transportes.

Extractado de Prats, op. cit., págs. 469, 470, 471, 472.

De acuerdo con versiones proporcionadas a los autores de este libro por fuentes militares en retiro, la actitud del general Ruiz Danyau se explicaba porque era él quien encabezaba el complot dentro de la FACH. ¿Le habrán ofrecido eso la noche del 16 a 17 de agosto de 1973? Siempre según estas versiones, el general Leigh estaba igualmente en el complot, pero era una figura secundaria tras Ruiz Danyau.

Ruiz Danyau había sido nombrado Comandante en Jefe de la FACH a finales de 1970 por Salvador Allende, quien había tomado su decisión sobre la base de que Ruiz Danyau era sobrino de un buen amigo suyo, el socialista Teodoro Ruiz. Por eso Allende le confería una calidad de amigo.

³² Diputado demócratacristiano, fallecido en 1982.

³³ Fuentes militares en retiro manifestaron a los autores que a lo sumo un diez por ciento de los oficiales jóvenes del Ejército expuso su molestia por el episodio de las mujeres; el resto aceptó el hecho bajo la idea de "¡Al fin fueron!".

³⁴ Prats, op. cit., pág. 480.

Según fuentes militares en retiro, Pinochet se mostró airadamente molesto por la manifestación de señoras de militares ante la casa de Prats y llegó a decir de ellas que "gritan como verduleras".

³⁵ Los autores se reservan la identidad de las fuentes.

Puede agregarse que, en su libro *Más allá del abismo* Sergio Arellano Iturriaga (hijo del general Sergio Arellano Stark, uno de los hombres decisivos en la preparación del golpe y del golpe mismo) abunda en los hechos que demuestran una tardía incorporación de Pinochet al complot.

Véase Sergio Arellano Iturriaga, *Más allá del abismo: un testimonio y una perspectiva*, Editorial Protección, Santiago, julio de 1985, págs. 47 y 48.

³⁶ De que Pinochet compartía la doctrina constitucionalista del Ejército junto a Prats y otros generales es prueba no sólo su historial al lado de Prats y la falta de cualquier tipo de pronunciamiento que dejara entrever dudas al respecto de dicha doctrina, sino el comentario que —según fuentes militares en retiro consultadas por los autores de este libro— se hizo en los "pasillos" del Ejército cuando Pinochet ascendió a la Comandancia en Jefe. En concreto, los generales del complot hablaban de que la designación de Pinochet como máximo jefe del Ejército era un "autogolpe" de Carlos Prats.

CAPITULO 3

LAS HORAS FINALES

EL FIN DE SEMANA anterior al martes 11 de septiembre, la sensación de abatimiento era generalizada en el entorno del Presidente. Parecían haberse agotado todos los cartuchos institucionales con que impedir un golpe del que sólo resultaba imposible adelantar su fecha. Pero Allende iba a intentar un último acto para recuperar la iniciativa: ofrecer al país un plan político que incluía un plebiscito. El y sus ministros gastarían las horas finales en poner a punto el plan.

La primera semana de septiembre, Orlando Letelier ofreció en su casa una pequeña recepción a los subsecretarios de su cartera. Acaba de ser designado ministro de Defensa en el décimo gabinete de Allende, que jurara sus cargos el 28 de agosto. Desde que llegó, en marzo de ese año 73, había sido además, ministro de Relaciones Exteriores e Interior en sucesivos gabinetes. Su designación en Interior —una cartera para la que él mismo no se consideraba facultado— fue, a principios de agosto, uno de los pocos puntos de encuentro que, a estas alturas, se dio entre Allende y la tendencia dominante dentro del Partido Socialista. Letelier daba confianza al Presidente y a la directiva del PS. Ahora, en Defensa, debe relacionarse con las Fuerzas Armadas, a las que bien conoce. El 28 de agosto es el

primer día en que Pinochet y los Letelier se encuentran. Hay un coctel por el décimo gabinete. Pinochet se acerca a la señora de Letelier y le dice:

— Soy el general Pinochet. Voy a trabajar con su marido y quiero decirle, en nombre de las Fuèrzas Armadas, que estamos muy contentos de tener a nuestro Orlando, porque él es nuestro: se formó en la Escuela Militar...

El jueves 30, Letelier tiene en su casa a tres de los “suyos”: los tres subsecretarios de la Defensa. Se presentan temprano. Letelier tarda. Las tres mujeres de los militares acompañan a la señora Letelier en un aparte. A unos pasos de ellas, los tres subsecretarios conversan sobre la situación política. El de Marina comenta que no se puede hablar de “darle posibilidades al gobierno”; el de Guerra —un oficial de Ejército en retiro, pero que cuenta con la confianza de Prats— le replica si acaso no ha visto la semana pasada a un millón de personas en las calles apoyando al Presidente. El marino responde con ironía:

— ¿Ah, quiere decir que no son más que un millón de personas en este país?

Esa misma semana, Letelier tendrá un segundo indicio del ánimo militar. El almirante Raúl Montero viaja a Valparaíso. Debe presidir un acto en la Escuela Naval Arturo Prat. Tiene una afable relación con Letelier y es por eso que no duda en telefonarle desde el puerto. Le habla en forma quizás demasiado formal para sus relaciones:

— Ministro -le dice-, los almirantes me dicen aquí que tengo que presentar mi renuncia, porque no cuento con el respaldo de la Armada; que la única manera de presentarme ante los cadetes, es si yo renuncio...

— Usted tiene un cargo que es de la confianza del Presidente -le responde Letelier-. No fueron los almirantes los que lo nombraron Comandante en Jefe. Usted fue a Valparaíso como tal, regrese a Santiago como tal. Comuníqueles a los almirantes que tendremos una reunión en mi despacho mañana a primera hora.

Letelier ha comentado con Pinochet la situación de Montero en Valparaíso y la conducta de los almirantes. Pinochet es tajante:

— Duro con ellos, ministro, esos son unos traidores. Duro con ellos, porque el Ejército lo respalda.

Al respecto, Letelier comentaría, según contaría después su esposa:

— Este general me da en los nervios, porque es el tipo más servil que he visto. Me pone el abrigo, me saca el abrigo y me lleva el portadocumentos.

La reunión se celebra. El clima es tenso. Letelier tiene ante sí a cinco almirantes que le informan que no hay ánimo en la Armada de seguir reconociendo como Comandante en Jefe a Montero y que se desea, en cambio, al almirante José Toribio Merino. Letelier les responde:

— Ustedes, como almirantes, tienen el deber de controlar a la Armada. Si no son capaces de hacerlo, tienen que presentar la renuncia... Así es que vaya y háganse cargo de la institución. No argumenten que no tienen apoyo, que el almirante Montero no cuenta con respaldo suficiente, porque eso es responsabilidad de ustedes.

*

Un plan político que incluyera un plebiscito, quizás era lo único que quedaba, el último dique contra el golpe. De acuerdo con afirmaciones de Beatriz, la hija primogénita del Presidente, la decisión de Allende de presentar al país el día 11 de septiembre ese plan, adelantó en tres días el golpe, previsto —en realidad— para el viernes 14. De ser así, los jefes de la conspiración debieron alterar, en pocas horas, los detalles del complot. El anuncio presidencial de un plebiscito constituía, sin duda, una carta con capacidad para reordenar toda la baraja política y, por cierto, en detrimento de ellos. De hecho, el golpe no se decidió sino el 9 de septiembre, fecha hasta la que sus máximos responsables ni siquiera se conocían:

— Que no fuimos amigos -recuerda el general Leigh en referencia a Pinochet- evidentemente que no lo fuimos antes, durante ni después [del 11 de septiembre del 73]. Sobre todo antes, porque no lo conocía. Sólo lo conocí el 9 de septiembre de 1973, cuando resolvimos el pronunciamiento¹.

La única colaboración se había establecido entre generales subalternos de Pinochet —Bonilla, Arellano y Brady, especialmente— y jefes de las otras dos ramas de las Fuerzas Armadas. Arellano y Brady, en concreto, habían celebrado reuniones con hombres de la FACH y de la

Armada en una casa del exclusivo barrio residencial santiaguino de Lo Curro. Las reuniones eran cuidadosamente preparadas y realizadas. Parte del operativo de seguridad que las rodeaba estaba en manos del comandante del Ejército Pedro Espinoza, quien tenía al misión de cerrar las calles de acceso a la casa bajo órdenes de no dejar pasar a nadie por ellas, en tanto los vehículos de los complotadores no hubiesen llegado o abandonado el lugar. Esas órdenes eran simples: disparar a matar.

Sergio Arellano Iturriaga —hijo del general Arellano Stark— escribiría en 1985:

“En esos días se agudizó la discusión sobre la conducción del Ejército. Muchos de los participantes no deseaban que el general Pinochet fuera informado ni se le incluyera en los planes. Reiteradamente plantearon que debía ser reemplazado por alguno de los generales que integraban el comité². Sin embargo, estos descartaron que ello involucrara un riesgo. Si existía la posibilidad de actuar sin alterar el orden institucional, había que hacerlo así para asegurar el éxito de la empresa.

“El sábado 8 fueron informados otros generales de Ejército por separado. Alrededor de las 20:30 horas, mi padre concurreó al domicilio del general Pinochet para ponerlo en antecedentes del proyecto.

“Su reacción fue una mezcla de sorpresa y molestia. Al tomar conciencia que sólo se requería su adhesión a una decisión que ya estaba tomada, pareció abrumado. Mi padre le manifestó que el general Leigh esperaba en esos momento su llamado para iniciar la labor de coordinación. Pinochet pidió algunos minutos, asegurando que luego lo haría. Por ahora necesitaba reflexionar.

“Leigh no recibió el esperado llamado. En la mañana del domingo 9 decidió visitar a Pinochet, pero no lo encontró en su domicilio. Volvió a hacerlo a las cinco de la tarde, encontrándose con los almirantes Sergio Huidobro y Patricio Carvajal, y el capitán de corbeta Ariel González, que llegaba con su proyecto de compromiso suscrito por los comandantes en Jefe. Al no haber recibido información contraria los almirantes entenderían que el contacto entre los jefes del Ejército y la FACH se había producido el día anterior.

“No hubo explicaciones. El general Pinochet informó que estaba en

antecedentes del plan y que se sumaba a él, por lo que suscribió de inmediato el documento que se le llevaba”³.

*

Durante las jornadas del golpe y luego, en plena dictadura, la junta militar justificó la acción del 11 de septiembre y la represión consecuente por la existencia de lo que denominó el Plan Z, un complot izquierdista para pasar por las armas a buena parte de los oficiales de las Fuerzas Armadas, aprovechando su concentración en los desfiles de las Fiestas Patrias previstos, como siempre, para celebrarse en el gran parque santiaguino Bernardo O’Higgins, el día 19. La filtración de dicho plan habría determinado a los militares a actuar contra quienes iban a asesinarlos, dando antes un golpe que derrocará al gobierno que los amparaba. Cientos de militantes o simples simpatizantes de la izquierda chilena fueron sumariamente ejecutados bajo la acusación de estar entre los inspiradores o futuros ejecutores del fantasmal Plan Z.

Como parte de dicho plan, la Junta Militar reveló —inmediatamente después de la jornada del 11 de septiembre de 1973— el hallazgo de grandes arsenales de armas destinadas a pertrechar a las fuerzas de la Unidad Popular. En su libro *El día decisivo*, el general Pinochet incluye como documento de prueba de tal aseveración un informe de la Dirección de Inteligencia del Ejército referido a aquellos supuestos arsenales. Según tal informe, “el número de armas incautadas en octubre de 1973 en el país había alcanzado las siguientes cantidades”:

- 45 mil revólveres diferentes calibres
- 45 mil pistolas diferentes calibres
- 10 mil pistolas ametralladoras diferentes calibres
- 12 mil fusiles de combate
- 500 lanzacohetes
- 70 cañones antitanques
- 20 lanzallamas

Un poco más adelante, el informe señala:

“... Las fuerzas políticas paramilitares del gobierno de la ex Unidad Popular podrían ascender a unos *cien mil hombres instruidos*⁴, los que fueron entrenados durante los años 1969 al 73...”.

En ese mismo año, los cien mil “instruidos” habrían representado el contingente de unos 80 regimientos de infantería, o —según la estructura orgánica del Ejército alemán de la II Guerra Mundial— un poco más de siete de la misma arma y, en términos latinoamericanos —sin ocuparnos todavía del armamento— algo así como todo el Ejército argentino. En Chile mismo, este contingente de “paramilitares” habría sido más del triple del Ejército chileno de la época, más del doble del Ejército y la Armada, y algo menos de ese doble si se agrega en el cálculo a la Fuerza Aérea⁵.

Las cifras logísticas que pueden obtenerse a partir de las cantidades de armas citadas por el informe no dejan de ser impresionantes. Si se estima el peso en kilos de los elementos supuestamente encontrados, se tiene que los 45 mil revólveres, a un peso promedio de 800 gramos por unidad, pesaban 36 toneladas; las 45 mil pistolas, a un peso promedio también de 800 gramos por unidad, pesaban 36 toneladas en total; las diez mil pistolas ametralladoras, a un peso promedio de cinco kilos por unidad, pesaban 50 toneladas; otras 60 toneladas correspondían a los doce mil fusiles de combate, con un peso también de cinco kilos cada uno; los 500 lanzacohetes, a un peso promedio de diez kilos por unidad, pesaban en total cinco toneladas; 14 toneladas más correspondían a los 70 cañones antitanques, con un peso de 200 kilos por unidad, y, finalmente, los 20 lanzallamas, a un peso promedio de 30 kilos por cada uno, pesaban otros 600 kilos. El peso completo del arsenal era, por tanto, de 197.6 toneladas o, lo que es lo mismo, 197 mil kilogramos.

Para transportar todo ese material de una sola vez desde un punto a otro, sin tomar en cuenta los problemas de volumen que implican las caprichosas formas del armamento, se hubiesen necesitado unos 83 aviones DC-3. O bien, 83 viajes de un avión similar.

Pero a los cálculos anteriores deben sumarse otras cifras: las que corresponden al parque de municiones necesario para tal armamento. Al respecto, sólo se ha considerado lo que —en jerga militar— se llama “ración de combate”, esto es, la munición necesaria durante un día de

batalla. El resultado es como sigue: para los 45 revólveres se requieren un millón 800 mil tiros, a razón de 40 tiros por arma; un millón 600 mil tiros se deben asignar a las 40 mil pistolas, con 40 tiros diarios también por cada una; otros dos millones corresponden a las 10 mil pistolas ametralladoras, con 200 tiros para cada una; los 12 mil fusiles de combate requieren un millón 440 mil tiros, a un promedio de 120 por unidad; cinco mil cohetes deben asignarse a la partida de 500 lanzacohetes, con un parque de diez por unidad, y, finalmente, 700 proyectiles corresponden a los 700 cañones antitanques, con diez proyectiles para cada uno de ellos. Además, al total de tiros, proyectiles y cohetes, que se cifra en seis millones 845. 700, habría que agregar los mil 200 litros de combustible para los lanzallamas, a un promedio de 60 litros por cada uno de los 20.

Esta "impedimenta" también pesa y es indisociable del armamento.

Así, el peso global del parque de municiones se eleva a 781.7 toneladas (781.700 kilogramos).

Es decir, a los 83 DC-3, o a los 83 viajes de uno de esos aparatos, se hubieran debido agregar otros 325 aviones, o los correspondientes viajes para trasladar los tiros, cohetes y proyectiles. Y no sólo eso, porque es preciso tomar en cuenta que una de las aeronaves hubiese requerido estar especialmente acondicionada para transportar el combustible —muy inflamable— de los lanzallamas.

Se podía sostener, con razón, que los cien mil hombres armados y entrenados de la UP no habrían tenido por qué desplazarse todos juntos ni en una misma dirección (ni tampoco en avión). En efecto, de seguro que un ejército como el de la UP habría estado dislocado en el territorio más o menos como lo está el ejército regular. Pero en tal caso, los problemas —en vez de aminorarse— crecen exponencialmente, tanto desde el punto de vista del mando, la institución y la logística, como de la coordinación y las comunicaciones. Piénsese que los 400 DC-3 no hubiesen tenido que volar desde y hacia un mismo punto, sino que en todas las direcciones; piénsese también en el volumen de las transmisiones radiales y, por último, en los medios de transporte terrestres con que se habría necesitado complementar a los medios aéreos o sus equivalentes más modernos.

Pero eso no es todo.

Los cálculos se refieren a un día de combate. Sin embargo, la hipótesis de los propios jefes militares del golpe era que la "Batalla de Santiago" duraría un par de semanas. Si se construyera el cuadro que puede inferirse, los resultados serían asombrosos: el ejército de la UP hubiese requerido más o menos el mismo tonelaje diario, en abastecimientos nada más, que el que reclamaba para el Afrika Korps el mariscal alemán Rommel en plena batalla de El Alamein.

Todo este esfuerzo de organización y apertrechamiento —a pesar de haber sido descubierto después del 11 de septiembre—, no sirvió para nada. En efecto, a juzgar por el informe de inteligencia del Ejército, parece que el único plan militar operacional de la UP habría consistido en el famoso Plan Z. ¿Para qué un golpe de mano tan arriesgado y complejo, que hubiese requerido detonadores accionados a distancias y —otra vez— varias toneladas de explosivos, si el gobierno contaba con un ejército secreto de siete divisiones completas, que hasta entonces nadie conocía?

A parte de los cálculos anteriores, los antecedentes para desmentir una justificación del golpe basada en la existencia del Plan Z se han acumulado con los años, llegando a perder vigencia la propia versión oficial. Uno de los encargados de desmentirla fue el propio general Gustavo Leigh Guzmán, que había dado tanta credibilidad al plan por el cual murieron o fueron violentadas tantas víctimas:

"El Plan Zeta habría existido, según lo que sé. Porque del Plan Zeta dio cuenta a la Junta de Gobierno el actual ministro de Defensa, almirante Patricio Carvajal. Incluso nos llevó copias sueltas, que habría recogido la Dina (Dirección de Inteligencia Nacional) en algún lugar. No sé dónde⁶. Eran hojas con grandes números en el centro de la página. No tengo pruebas de su legitimidad, pero todos lo vimos. Se hablaba de que el 19 de septiembre se iba a producir una degollina de generales y almirantes. Y lo creí a pie juntillas. ¿Que quién debe responsabilizarse por esto? Bueno, Carvajal tendrá que decir de dónde llegó a sus manos"⁷.

Complementando lo que Leigh tardaría más de una década en reconocer públicamente, fuentes militares en retiro aseguraron a los autores que el Plan Z fue preparado (por los jefes golpistas) antes del 11 de septiembre de 1973" y que "está redactado con formalidades que denuncian la parti-

cipación de asesoría extranjera, posiblemente norteamericana”.

Otro elemento que abunda en el absurdo de la justificación del golpe sobre la base del Plan Z fue el primer discurso que, a fines de 1973, pronunció el almirante Ismael Huerta⁸ en Naciones Unidas, donde reveló que dicho plan había sido conocido por ellos después del 11 de septiembre.

Tampoco el demócratacristiano Leighton parece admitir explicaciones oficiales que se anulan, corrigen y desmienten unas a otras con facilidad. Confiesa no saber exactamente qué circunstancia hizo adelantar la fecha del golpe. Entre ese martes 11 de septiembre y el día 25 de mayo de 1974, Leighton escribió:

“Desde su cargo de ministro del Interior, mi querido amigo Carlos Briones encabezaba y coordinaba, con abnegado y ejemplar empeño, por petición expresa de Salvador Allende, las gestiones encaminadas a liberar al país de la hecatombe. Gracias a ella, en las antevísperas del 11 de septiembre, el gobierno tenía resuelta la promulgación íntegra de la reforma constitucional y la proposición de una ley especial que evitara los grandes problemas que, también a juicio nuestro, iba a crear dicha promulgación en algunas grandes empresas incorporadas administrativamente el Área de Propiedad Social. Acaso fue este plan de arreglos que, como he relatado, se cumplió en casi todos los más agudos conflictos pendientes, y no el Plan Z, la verdadera razón que tuvieron los militares para adelantar la fecha del golpe de fuerza, [decisión] determinada, al tenor de sus declaraciones ulteriores, en el breve plazo de 48 horas”.

NOTAS

¹ Declaraciones de Gustavo Leigh en revista *Hoy*, 7 al 13 de septiembre de 1983. Aunque discutida en algunos de sus detalles y sus alcances, la versión que Pinochet proporciona en *El día decisivo* reafirma también las presunciones de que alguna causa poderosa hizo adelantar apresuradamente la fecha original del golpe. En efecto, Pinochet sostiene que el domingo 9 por la tarde estaban él y Leigh conversando sobre la resolución compartida de derrocar al gobierno de Allende, "cuando llegaron a la casa dos altos jefes de la Armada, a quienes mi esposa los hizo pasar al escritorio donde nos encontrábamos. Allí manifestaron que eran portadores de un documento del almirante Merino, jefe de la I Zona Naval. Las breves líneas contenían la misiva enviada por el jefe de la I Zona Naval eran trascendentales... Aquel mensaje refleja los momentos graves que se vivían, y en él se pedía que participara el Ejército en dos días más. Al parecer no se había recordado que esta institución (el Ejército) se extiende por todo el territorio nacional, y que su alistamiento es muy difícil mantenerlo en secreto. Ahora bien, hoy comprendo, como lo entendí ese día, que en Valparaíso la Armada estaba apenas contenida, y que, de no aceptarse lo que se solicitaba, ella actuaría sola el 11 de septiembre... El hecho de que la Armada se empeñara sola en esta acción era suicida... Estimé que no me quedaba más camino que aceptar la petición de la Armada y anticipar la acción del 14 de septiembre para el 11, por cuanto a lo menos se descartaba así el peligro de una guerra civil inminente".

² Se trata del Comité de los Quince, llamado así por el número de sus miembros. Consistía en una instancia de coordinación, a nivel de generales y almirantes, entre las distintas ramas de las Fuerzas Armadas. Fue creado tras los sucesos del 29 de junio de 1973 para elaborar proposiciones conjuntas sobre la situación del país destinada al gobierno.

³ Sergiò Arellano Iturriaga, *op. cit.*, 1985, págs. 47 y 48.

⁴ El subrayado es nuestro.

⁵ Los cálculos en este párrafo y los siguientes fueron hechos a petición de los autores por un experto en temas militares.

⁶ El 23 de septiembre de 1973, el diario *El Mercurio* informó que el descerrajamiento a dinamitazos de la caja fuerte de la subsecretaría del Interior "dejo al descubierto el minucioso plan elaborado para que se cumpliera el 17 de septiembre, a fin de asesinar simultáneamente a los jefes de las Fuerzas Armadas, políticos de oposición, periodistas y profesionales que discrepaban con el gobierno depuesto...".

Véase *El Mercurio*, Revista Noticiosa Semanal, 23 de septiembre de 1973.

⁷ Véase revista *Análisis* N° 135, del 25 al 31 de marzo de 1986.

⁸ Contra-almirante Ismael Huerta, 58 años en septiembre de 1973. Especialista en radiocomunicaciones, ex ministro de Obras Públicas y Transportes del gobierno de Allende, primer ministro de Relaciones Exteriores de la Junta Militar.

⁹ Bernardo Leighton apoyó hasta el fin los intentos de llegar a un acuerdo entre DC y el gobierno de Allende, y fue uno de los pocos dirigentes de dicha colectividad política que condenó de inmediato el golpe militar de septiembre de 1973.

A diferencia de Leighton, el ex Presidente de la República Eduardo Frei y los entonces miembros de la directiva del Partido Demócrata Cristiano creyeron firmemente la justificación del Plan Z e, incluso, colaboraron en su difusión, tanto en Chile como en el extranjero.

"El país no tuvo más salida salvadora que la gobernación de la Junta, ya que Allende vino a instaurar el comunismo por medios violentos, no democráticos. Y cuando la democracia, engañada, percibía la magnitud de la trampa, ya era tarde. Ya estaban armadas las masas de guerrilleros y bien preparado el exterminio de los jefes de Ejército. Allende era un político hábil y celaba la trampa" (Frei, al periódico español *ABC*, octubre 1973).

CAPITULO 4

EL CAMINO DE LA LIBERACION

HACIA POCO MAS DE DOS años, el 11 de julio de 1971, que el Presidente Allende había cortado de raíz el cordón umbilical que, por medio de Chuquicamata y otras grandes minas de cobre, ataba Chile a Estados Unidos: las transnacionales; en este caso, la Anaconda, la Braden Cooper y la Kennecott Mining. Dueñas de las minas, esas empresas no sólo se habían enriquecido con la explotación de las vetas cupríferas más ricas del planeta, sino que también con el retiro de los minerales a Estados Unidos para allí refinarlos y devolverlos a Chile en régimen de productos de exportación con el sello Made in USA. Sólo en el ejercicio de 1960, la Anaconda había obtenido 500 millones de dólares de beneficio. Pero cuando el 11 de julio de 1971 Allende estampó su firma en los documentos que nacionalizaban las minas, no nacía únicamente Chile a una vida económica independiente, sino que también empezó a respirar su gemelo: la animosidad de las empresas norteamericanas nacionalizadas, que luego tomaría cuerpo en lo que el Presidente llamó bloqueo —por comparación con las situaciones de Cuba y Vietnam—, pero que apellidó “invisible”.

Como muchos católicos, el padre Mariano había ido evolucionando dentro de la Iglesia Católica junto con la incorporación al pensamiento de la jerarquía de elementos político-sociales, sobre todo a partir de 1962. Los tres documentos escritos en el 62 por los obispos¹ asumían muchos postulados que, dos años después, cristalizarían en una expresión política que iba a vencer en las elecciones presidenciales de entonces: la Revolución en Libertad, del demócratacristiano Eduardo Frei. La constatación del desequilibrio social en el campo, la necesidad de reformar la propiedad agrícola con el objeto de que, "sea para todos"; la constatación de que la "moderna democracia" es una "reacción legítima contra el despotismo e injustos privilegios", pero que incubaba el "virus del individualismo" al exaltar los derechos por encima de las obligaciones, todas eran ideas de los obispos católicos que luego cuajarían en el programa freísta.

Incluso más: ese mismo año del 62 la Iglesia había publicado un documento que bajo el título de "El deber social y político en la hora presente" recogía los datos del país para hacer un descarnado y crudo diagnóstico de la situación socioeconómica; un documento que llamaba a la movilización para poner remedio a los males con una "urgente reforma de estructuras" y cambios institucionales. La doctrina social de la Iglesia pasó a ser el faro para guiar la conducta del católico con el fin de "obtener que las estructuras sociales permitan mayor participación a las capas de menores ingresos en el proceso productivo".

Con un programa que articulaba muchas de esas tesis, las puertas de La Moneda se abrieron para Eduardo Frei en septiembre de 1964 con una mayoría absoluta de votos.

La fuerza desbocada de ese inicio, sin embargo, se domesticó a medio camino del sexenio demócratacristiano. Así y todo, en abril de 1968, el discurso oficial de la Iglesia Católica chilena aún estaba cargado con las pinceladas crudas del diagnóstico hecho seis años antes y el sosegado ardor de una vocación de cambio: "Habrá tanta más violencia cuanto más resistencia opongan los grupos privilegiados", proclamaron los obispos. "Habrá menos pugnas violentas si somos solidarios en el sacrificio, como lo han sido los pueblos que se han impuesto grandes transformaciones sociales y económicas", dijeron. Innumerables católicos habían comen-

zado a descubrir formas de practicar y proyectar las enseñanzas del Evangelio, diferentes a la acostumbrada misa de los domingos.

Entonces, en agosto de 1968, se tomaron la Catedral de Santiago.

Los obispos reprobaron "radicalizaciones distorsionadoras de la Iglesia", pero subrayaron que "un inmenso anhelo de justicia recorre el mundo; hay en el mundo un ansia de sinceridad, de libertad, de espontaneidad, de justicia y de paz... Nosotros nos abrimos con una inmensa esperanza a la nueva era histórica que se avecina".

Fue precisamente la amenaza a esa ansia de libertad, de justicia y de paz la que en octubre de 1969 hizo reaccionar a los obispos católicos con tanta decisión contra el motín alentado en el Regimiento de Artillería Motorizada Nº 1 Tacna, de Santiago, por el entonces aún general Roberto Viaux Marambio.

Once meses después, en septiembre de 1970, el país había elegido al primer mandatario marxista: Salvador Allende Gossens, miembro del Partido Socialista de Chile desde 1933. También el Episcopado católico chileno acusó el impacto:

"Días antes del 4 de septiembre, cuando aún no se podía prever cuál de los tres candidatos obtendría la primera mayoría, los obispos declaramos que visitaríamos únicamente al candidato que hubiera alcanzado la mayoría absoluta... Pero el país está viviendo horas tensas... El pueblo chileno quiere continuar con el régimen y estilo de libertad por el cual viene luchando desde hace 160 años... Se temen cambios precipitados, excesivos, errados. Se teme la cesantía, la escasez, la crisis económica. Se teme una dictadura, un adoctrinamiento compulsivo, la pérdida del patrimonio de la Patria".

El documento de los obispos católicos, titulado "Sobre la situación actual" llevaba fecha del 24 de septiembre de 1970, veinte días después del triunfo de la izquierda y *más de un mes antes* de que el Congreso chileno decidiera —según mandato de la Constitución— en hombros de cuál de las dos primeras mayorías relativas —Allende o Alessandri, en ese orden— iba a colgar la banda de Presidente que el demócratacristiano Eduardo Frei dejaba al salir de La Moneda. Los obispos parecían hundir el pie en el freno para detener el carro de entusiasmo que habían echado

a caminar, sobre la rueda de la doctrina social de la Iglesia, en 1962.

Sin embargo, el régimen y estilo de libertad por el cual luchaba el pueblo chileno desde hacía 160 años iba a ser remecido, casi un mes después de la aparición pública del documento episcopal, no por la eventualidad de un cambio socialista, sino por el asesinato del Comandante en Jefe del Ejército, René Schneider, perpetrado por un comando derechista. Fue éste el primer intento por impedir el cambio socialista en Chile, incluso antes de que la Unidad Popular se instaurara en el país con la confirmación de Salvador Allende como Presidente de la República.

*

Como el padre Mariano, el padre Cristián ingresó joven al Seminario. La intensa instrucción para el sacerdocio lo había apartado, prematuramente, del ruido de la historia de su país. Entre sus estudios teológicos no había nada para aprender a evaluar las realidades de su sociedad. Sólo en 1967, ya como profesor de Liturgia en la universidad, tuvo algunos contactos con las actividades sociales realizadas por los estudiantes en los meses de verano. Luego fue a Roma. Cuando Salvador Allende ganó las elecciones de 1970, el padre Cristián se encontraba en la cuna de la Iglesia Católica y las noticias procedentes de Santiago lo confundieron más que lo asustaron.

Apenas año y medio después, en enero de 1972, el padre Cristián llegó, un poco desorientado, a la parroquia de María Magdalena de Puente Alto, una populosa comuna ubicada a una media hora en automóvil al sureste del centro de Santiago. Llegaba allí con la misión de formar sacerdotes a partir de la vida en poblaciones² para no separar a los seminaristas de sus lugares de estudio o trabajo. Se encontró con que, quizás por primera vez, le iba a ser imposible sustraerse al torbellino de acontecimientos que lo involucraba todo. Algunos alumnos del Seminario tenían claras opciones por la experiencia socialista de Allende e, incluso, varios de sus amigos sacerdotes. El padre Mariano, entre ellos.

Cuando en febrero de 1973, en vísperas de las últimas elecciones parlamentarias, los Cristianos por el Socialismo lanzaron su llamamiento a

votar por los partidos de izquierda —"O elegimos el camino de la dominación, o elegimos el camino de la liberación"—, el padre Cristián estaba decidido a mantener una distancia equidistante de las dos orillas entre las que discurría el intenso caudal de contradicciones que crispaba al país.

Por primera vez en su historia, los chilenos iban a las urnas divididos en dos bloques contrapuestos por el sistema de federaciones y confederaciones de partidos: el Partido Federado de la Unidad Popular y la Confederación de la Democracia (Code), integrada por el Partido Nacional, los demócratacristianos, el Partido de Izquierda Radical (PIR, una escisión derechista del Partido Radical integrante de la UP) y la Democracia Radical. Pero el alto porcentaje de votos obtenido por los candidatos de la UP —un 43,39 por ciento—, muy por encima de las posibilidades que se les otorgaba desde la oposición, derrumbó la idea de que los trabajadores chilenos habían abandonado al gobierno y determinó a la derecha a poner en marcha, durante 1973, mecanismos de presión social similares a los de octubre del 72, aunque ahora definitivos: la huelga de un importante sector de los trabajadores de la mina cuprífera de El Teniente se iniciaría en un mes y medio después de aquellas últimas elecciones parlamentarias y el segundo paro de los transportistas se iba a declarar a finales de julio, con carácter indefinido. Entonces alguien se acercó a la parroquia:

—Estamos en el paro, padre -dijo-. Los camiones no están lejos, usted ya sabe, como en octubre... Hay mucha gente católica ahí y como nos vamos a quedar sin misa el domingo pensamos en usted...

El padre Cristián reflexionó. Le repugnaba la posibilidad de que el nombre de Dios se prestara a juegos de propaganda.

—No quiero publicidad —dijo, saliendo de su silencio—. No quiero prensa, no quiero televisión.

— Va a ser algo muy privado, padre.

El domingo, el padre Cristián se presentó en el campamento de los transportistas. Innumerables camiones aparecían estacionados como una acumulación de cajas ordenadas. Lo condujeron hasta una de las enormes máquinas y subió a la cabina, donde se puso las ropas del oficio. Luego bajó, se dirigió al improvisado altar y empezó la misa. Las cámaras de un canal de televisión se encendieron. Horas después, el informativo de

noticias aseguró que la iglesia de Puente Alto estaba dando su apoyo al paro.

El padre Cristián lamentó su ingenuidad, pero aprendió una lección que iba a serle tremendamente útil en el futuro. Para él no habían cambiado aún mucho las cosas, pero en adelante no volvería a caer en ninguna trampa.

*

A comienzos de 1973, un año y algunos meses después de su ordenación sacerdotal, el padre Fernando fue enviado a la parroquia de La Santa Cruz, en la Población Nogales, de los suburbios de Santiago. Había estado viviendo en una pequeña comunidad jesuita en la calle Gravity en el santiaguino barrio Amengual, repartiendo el tiempo entre sus estudios teológicos, sus pares comunitarios y una cierta actividad en la población Negrete, de la comuna de Renca, donde trabó contacto con la Juventud Obrera Católica (JOC). Pronto se sintió escindido: la meticulosa vida de su Orden no tenía parangón con la del convulsionado mundo del trabajo. Entonces, como otros, se propuso resolver esa escisión y obtuvo del provincial jesuita la venia para abandonar la pequeña comunidad de Gravity y acercarse en la población Nogales. Allí lo engullió el torbellino de ese año 73. La mayor parte de la ronca contienda en Nogales giraba en torno a la distribución de alimentos. Dos grupos pugnaban por repartirse la zona, y la influencia política que los paquetes de raciones llevaban naturalmente adosada como un segundo envoltorio. Tras las parlamentarias de marzo, se intentó eliminar odiosidades y organizar un solo servicio —una Junta de Abastecimientos y Precios (JAP)— para el conjunto de la población, sin excepciones. Respondiendo condicionadamente al instinto chileno del legalismo, Nogales optó por encomendar la organización de las elecciones para llenar los cargos directivos de la JAP a los cuatro sacerdotes de la parroquia de la Santa Cruz. Y el padre Fernando se vio entonces lanzado en un empeño furibundo. Corría mayo del 73. Megáfono en mano, los cuatro sacerdotes “barrían” la población atando los cabos electorales. Finalmente, la elección llegó. La escuela de Nogales se vio transformada en mesa de votaciones. Funcionarios de la gubernamental Dirección

de Industria y Comercio (Dirinco) se presentaron para actuar en calidad de ministros de fe, y carabineros cuidó del orden público. En medio de un clima expectante, pero festivo, la jornada no registró incidentes. Cerca del 90 por ciento de los nogalenses se acercaron a la mesa de votación y se retiraron a esperar los resultados que, sin duda, los bandos habrían de admitir. Transcurrido el plazo legal, las urnas se abrieron y los cómputos sentenciaron: Nogales había elegido presidente de su JAP al padre Santiago Marshall... el cura párroco.

*

El martes 11 de septiembre, el padre Mariano debía encontrarse con el sacerdote catalán Joan Alsina. Funcionario del Servicio Nacional de Salud y uno de los asesores del Movimiento Obrero de Acción Católica (MOAC), Joan Alsina había sido recientemente trasladado —en junio— desde el hospital de San Antonio al San Juan de Dios, de Santiago, para que se hiciera cargo de la oficina de personal de este gran centro hospitalario con tres mil empleados. Antes de viajar a Santiago, el padre Alsina había hablado con uno de los obispos auxiliares de la capital, monseñor Fernando Ariztía:

“De común acuerdo decidieron que se pusiera bajo la órdenes del vicario episcopal de la Zona Sur de Santiago, Paul Laurin, y que viviera en una de las barriadas periféricas, la población José María Caro, con el Consejero Nacional del MOAC, padre Alfonso Baeza”³.

Esta experiencia pastoral en la Caro era lo que al padre Mariano le interesaba conocer.

*

El martes 11 de septiembre, el padre Cristián no tenía prevista ninguna actividad que alterara su trabajo cotidiano como vicario cooperador de la parroquia María Magdalena, así es que se levantó siguiendo sus horarios y hábitos de costumbre. Pero cuando sonó el teléfono, se sintió extrañamente excitado, porque para entonces vivía con esa sensación de esperar que pasara algo, cualquier cosa, que terminara con la agonía ya tan extensa de aquella situación.

— ¿Cristián? Soy Mario... ¿Tienes puesta la radio?

— Es muy temprano, ¿no?

— Ponla rápido. Parece que hay golpe de Estado contra Allende.

El padre Cristián fue al aparato y lo encendió: Allende hablaba por primera vez al país esa mañana.

NOTAS

¹ "La Iglesia y el campesinado chileno"; "Medios de comunicación social", y "El deber social y político en la hora presente".

² El término "población" designa a un barrio o sector constituido generalmente por casas similares, de carácter popular, en las que viven decenas de miles de personas provenientes de sectores medios bajos asalariados y desempleados. Cuando las viviendas son de emergencia, en condiciones de extrema precariedad (hechas de maderas, latas, cartones y polietileno), se habla de "callampas" y, a partir de 1970, de "campamentos".

³ Ignacio Pujadas-Agermanament, *Joan Alsina: Chile en el corazón*, Editorial Aedos, Barcelona, 1976, pág. 296.

CAPITULO 5

“¡ESTAN TODOS MUERTOS!”

A LAS 05:00 HORAS DE la mañana del 11, un grupo de civiles armados había llegado a la emisora de la Universidad Técnica de Santiago. Era una radio a tono con la tradición de la que los estudiantes de derecha llamaban “Universidad Roja”. Los dirigentes de izquierda, encabezados por el presidente de la Federación de Estudiantes —el comunista Osiel Núñez— habían decidido que brigadas de vigilancia velaran por las noches junto a los rondines habituales. Pero los civiles penetraron y ametrallaron la radio sin que las brigadas pudieran impedirlo. Cuando el comando se retiró, la planta transmisora estaba inutilizada y silenciosa.

*

Los primeros informes sobre movimientos de tropas llegaron a Tomás Moro poco antes de la medianoche del 10. Salvador Allende trabajaba en esos momentos —con sus ministros, el periodista Augusto Olivares y el asesor presidencial Joan Garcés— en ultimar los detalles del plan político que no había alcanzado a presentar al país ese día, y que esperaba ofrecer sin más postergaciones durante el acto previsto para celebrarse en la mañana del 11 dentro del campus de la Universidad Técnica de Santiago.

La misma tarde del domingo 9 en que no lejos de su casa en Tomás Moro los generales Leigh y Pinochet se daban luz verde para el golpe de Estado, Allende fue a recoger a Hortensia Bussi al aeropuerto, después de una conversación con su hermana Laura. Habían almorzado juntos y él le dijo que lo acompañase a descansar un momento. Entonces, Laura le estuvo haciendo cariño en la frente y de pronto se puso a llorar. Acababa de ser operada de cáncer por segunda vez y estaba emocionalmente sensible. Allende le preguntó por qué lloraba y ella le respondió que estaba triste.

— Pero, ¿por qué? -insistió Allende.

— Porque te va a pasar algo a ti. Cuídate.

Luego, ya sola, Laura había permanecido llorando junto a un ventanal.

— Noté a Salvador muy tenso -cuenta Hortensia Bussi-; casi no habló nada en el camino y me di cuenta de que las cosas habían cambiado mucho en la semana que yo había estado ausente. No me explicó mayormente qué pasaba.

Tampoco Allende ni ninguno de los ministros de su gobierno esperaban que un golpe militar fuese tan inminente. Es verdad que los partidos que lo apoyaban se movían desde casi un año antes en el marco de dos hipótesis: una, que el gobierno jamás iba a durar hasta cumplir su período constitucional, en 1976¹; otra, que sería posible oponer tropas al alzamiento, ya que había fuerzas constitucionalistas. Esta segunda hipótesis se sustentaba en la conducta que los mandos del Ejército habían sistemáticamente observado cada vez que fueron tanteados por grupos sediciosos.

Por otra parte, tampoco el gobierno y la Unidad Popular dudaban de que los constitucionalistas hubiesen de ser dirigidos por el nuevo Comandante en Jefe del Ejército, a pesar de que su hoja de servicios no podía ser desconocida ni para Allende, ni para —por ejemplo— el Partido Comunista:

Iquique

23 de octubre, 1947

Hay luz en el despacho del capitán Pinochet. Son cerca de las 21:00 horas y el capitán trabaja preparando notas para la instrucción del día siguiente. A punto de abandonar la oficina, es citado con urgencia por el comandante del regimiento. En 1945, poco antes de recibir su tercera estrella, lo habían destinado al Nº 5 de Infantería Carampangue, pero dos años después ya se halla a sus anchas en Iquique. Se dirige, entonces, a la oficina del Comando de la Unidad, donde se encuentra con una reunión de jefes y capitanes del regimiento. La situación política del país es difícil. En agosto del 47, el gobierno de Gabriel González Videla —quien llegara a la Presidencia de la República con el apoyo electoral abierto del Partido Comunista— había dictado una Ley de Facultades Extraordinarias para —según lo dijo— defender la democracia. Los comunistas la denominaron Ley Maldita y en esos meses debieron pasar a la clandestinidad. Pablo Neruda, senador y poeta, tuvo que disfrazarse de experto ornitólogo y escapar a caballo hacia la Argentina por un paso cordillerano del sur chileno, ayudado por arrieros.

Aquella reunión en la oficina del comando es para acatar la postura en favor del gobierno adoptada por el Ejército y decidirse a actuar. En la madrugada del 24 de octubre, las columnas motorizadas, con la totalidad del personal combatiente, están preparadas. La orden: dirigirse a determinados lugares de la inmensa pampa salitrera, detener a los obreros y dirigentes comunistas y trasladarlos a Pisagua, una caleta al norte de Iquique, que pasaría a convertirse en campo de concentración. La unidad de infantería del capitán Pinochet se dirige a la oficina salitrera de Humberstone², con la lista de las personas a detener que el Servicio de Investigaciones ha preparado. En Humberstone, la operación es rápida. Los detenidos llenan pronto los camiones militares. Ya listos, la unidad sale de la oficina y toma rumbo al norte. Al alba los camiones llegan a Pisagua.

El capitán Pinochet volvería a la caleta tres meses después, en enero de 1948, como jefe de las fuerzas militares en Pisagua, a cargo del campo.

Llevaba 60 soldados de su compañía y dos oficiales, y se instaló en el antiguo hospital, reacondicionado como cuartel y enfermería. Pisagua presentaba un aspecto diferente: los prisioneros habían arreglado las casas y el pueblo estaba activo, a pesar de la lentitud del transcurso de los días bajo un sol blanco. Allí permanecería apenas un mes, porque el 14 de febrero del 48 iba a regresar a la guarnición de Iquique y, posteriormente, viajar a Santiago para integrarse como alumno en la Academia de Guerra. Sin embargo, durante ese breve lapso al frente de las tropas encargadas del campo de Pisagua, Pinochet alcanzó no sólo a ser conocido por los militantes comunistas prisioneros, sino incluso por el propio Salvador Allende. Por ese entonces, Allende era senador socialista y viajó al desierto —encabezando una delegación de congresistas— a interesarse directamente por la suerte de los relegados en Pisagua.

Poco antes de enfilarse el camino que desde la planicie de Tarapacá descende hacia la pequeña caleta nortina, la comitiva fue detenida por los carabineros en el retén de un punto conocido como Alto Hospicio. Los carabineros se negaron a atender las razones de los parlamentarios y, en cambio, sólo accedieron a consultar la situación con el oficial al mando de Pisagua, el capitán Augusto Pinochet. La respuesta fue una amenaza: no había permiso de la autoridad de Iquique para dejar pasar a nadie; si el grupo presionaba insistiendo en sus propósitos, debía advertírsele que se les iba a disparar sobre el camino.

Para septiembre de 1973, ni Allende, que sufrió la humillación en Alto Hospicio, ni el Partido Comunista, cuyos militantes fueron encerrados en el campo de Pisagua, desempolvaban ese dato de la hoja de servicios de Pinochet con objeto de sacar conclusiones. Por el contrario, pasaba por ser hombre de confianza de Prats y del gobierno, en especial del ministro y dirigente socialista Clodomiro Almeyda.

Recién un par de semanas antes del 11 de septiembre, los partidos de la Unidad Popular y Allende comenzaron a compartir algunas dudas sobre Augusto Pinochet. Se trataba, sin embargo, de pequeños indicios, muy subjetivos, transmitidos por personas que trabajaban cerca de los militares. Prats estaba melancólico y reflexivo. Entonces lo dijo:

— ...A Augusto, desde que me retiré de Comandante, no lo he visto

más. He intentado comunicarme con él y siempre está ocupado. No me recibe.

De pronto, alguien propone que se invite a Pinochet a una recepción privada que ellos podrían organizar como despedida a Prats. La idea gusta. El general añade:

— Tengo la sensación de que a Augusto lo están dando vuelta, y el coordinador de todo esto es Patricio Carvajal³.

El sábado 8 de septiembre, Moy de Tohá⁴ llamó desde su oficina, en la Secretaría Nacional de la Mujer. Pinochet contestó de inmediato. La señora de Tohá dijo:

— Augusto, con esto de que José se ha ido del ministerio y de que Carlos Prats ya no está en la Comandancia en Jefe, siento que no nos hemos vuelto a juntar nunca más; ni siquiera se le ha dado una buena despedida a Carlos. ¿Qué te parece que hagamos una cosa chica, con la gente de siempre?

—...Mira -respondió Pinochet-, es tanta la tensión, que tuve que deshacerme de la Lucía y mandarla para la nieve, a Portillo⁵, con los nietos y los hijos, porque el paro la tiene muy trastornada. ¿Qué te parece si lo dejamos pendiente para el próximo sábado?

La señora de Tohá llamó a Prats y le comunicó la respuesta de Pinochet:

— No te lo dije, Moy, no te lo dije -respondió Prats con pesadumbre. La señora de Tohá insistió:

— Bueno, pero queda pendiente para el próximo fin de semana...

— Entonces queda poco tiempo —respondió Prats.

*

Frei estaba inquieto. Mucha gente le había dicho que se cuidara, que en cualquier momento podía pasarle algo. Los tiempos eran peligrosos para todos. El ex Presidente de la República se había erigido en el líder con mayor arrastre y prestigio dentro de la oposición y temía que desde el gobierno se desatara una *razzia* que pudiera afectarlo. Pero mucho más probable que eso era la posibilidad de constituirse en el blanco de grupos fanatizados de distinto signo:

— En realidad, se cuidaba de todos los lados —confidenció a los autores una fuente muy próxima a Frei y a su familia.

Sin duda, en su mente debían agitarse los recuerdos de dos de los más graves asesinatos políticos de esos años, el del general René Schneider y el de su amigo y ex ministro del Interior durante su gobierno, Edmundo Pérez Zújovic, a manos de un comando de ultraizquierda denominado Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP)⁶.

Todos esos factores se sumaban en su inquietud.

Rodeado de parientes y amigos, Frei se hallaba en casa de su hija Carmen. El diálogo no podía sustraerse al peso de la situación general y al de la suya propia. Entonces, de pronto, se recibió una llamada telefónica destinada al ex Presidente. Procedía de Valparaíso: era para advertirle del golpe que iba a producirse en las primeras horas del martes 11. Cuando colgó, Frei transmitió la noticia a su familia.

Nadie la creyó.

No lejos de la casa de Carmen Frei, en la residencia presidencial de Tomás Moro, Allende, entretanto, recibía a los ministros y colaboradores que esa noche estaban invitados a su mesa.

Frei estaba inquieto.

Las voces en casa de su hija eran unánimes: se trataba solamente de rumores. Sin embargo, esa vez Frei tenía una opinión distinta: su fuente, dijo, era importante y seria. Se comentó que en esas condiciones era riesgoso salir a la calle y optaron todos por pasar la noche allí.

*

En la mañana del lunes 10, Hortensia Bussi fue, como de costumbre, a La Moneda para despachar su trabajo habitual y mantener una rueda de prensa con objeto de dar cuenta de su viaje a México.

— Me llamó la atención la cantidad de periodistas que fueron a mi oficina en La Moneda, porque en general nunca asistían tantos... -diría después.

A un centenar de metros de allí, en el Ministerio de Defensa, Orlando Letelier recibía a obreras de la planta nylon de la textil Sumar, fábrica donde poco antes tropas de la FACH habían perpetrado un allanamiento.

Las obreras aseguraban que las tropas habían entrado disparando con la excusa de que se ocultaban armas y explosivos en la planta y ellas consideraban que el ministro de Defensa debía estar al tanto de eso⁷. Letelier necesitaba los testimonios, porque se había decidido a hacer una investigación que iba a crearle nuevas dificultades con la FACH. Su anterior contacto con Leigh, a raíz de un allanamiento hecho por la FACH en el sur, no había sido agradable. Letelier había tomado la palabra de una campesina que se quejó de que las tropas le hubiesen quemado sus "insumos" y Leigh había respondido airado:

— ¿Qué tipo de campesina es ésa? ¿Dónde se ha visto a una campesina usar la palabra "insumos"? Esa es una comunista disfrazada de campesina. ¿Cómo le va a creer a esa mujer antes que a la palabra de un general?

Ahora, Letelier quería acopiar la mayor cantidad de datos para confrontar a Leigh cuando tuviera que hacerlo.

Ese lunes 10 hubo una actividad intensa en el gobierno.

Por la noche, reunión de trabajo de Allende y algunos de sus más próximos colaboradores en Tomás Moro. Asisten Carlos Briones (nuevamente ministro del Interior), Orlando Letelier, Joan Garcés y Augusto Olivares.

La cena comenzó sobre las 22:00 horas. Poco antes se había producido el primer llamado desde La Moneda con anuncios de alarma. En el Palacio de Gobierno acababa de recibirse la información de que dos camiones con tropas viajaban en esos instantes desde la localidad de Los Andes hacia Santiago. El informe llamó la atención de los amigos de Allende, pero el Presidente creía estar seguro de que aún no había que preocuparse:

— La Armada se ha hecho a la mar -dijo- y ha partido de Valparaíso. De algo parece que podemos estar seguros: el golpe no será de la totalidad de las Fuerzas Armadas.

Al finalizar la comida, se recibió una segunda llamada. Era Miria Contreras, quien telefoneaba también desde La Moneda para repetir la información anterior.

— ...Son los camiones de Augusto -bromeó, finalmente, Carlos Briones, aludiendo a la preocupación que Olivares mostraba por los avisos.

Letelier llamó entonces a Brady y le dijo:

— General, hay rumores de movimiento de tropas en San Felipe...

Brady no se sorprendió. Se hallaba reunido con el general Sergio Arellano Stark en el despacho de la Guarnición de Santiago, en el sexto piso del Ministerio de Defensa, y ambos preparaban en ese instante los detalles del plan que en pocas horas más debería culminar con el derrocamiento de Allende⁸. Brady no dejó escapar ninguna vacilación. Simplemente dijo que no tenía conocimiento de eso, que haría algunas llamadas y que, en fin, dentro de un rato le proporcionaría algún informe concreto.

Apenas Letelier colgó, sonó nuevamente el teléfono. Era Carlos Altamirano para repetir la misma información. Cuando cortó, Letelier se dirigió a Allende:

— Dice lo mismo, ¿qué hago? ¿Llamo a Pinochet?

Allende descartó la sugerencia de llamar a Pinochet, porque “hace meses que no dormiría si tuviera que atender cada rumor”, dijo. Sin embargo, telefoneó al director interino de Carabineros, general Jorge Urrutia, para darle instrucciones en vista de los inquietantes avisos telefónicos que estaban llegando a Tomás Moro:

— ...Tome usted especiales precauciones -le dijo en un momento.

La ceña continuó.

— Salvador habló muy poco -recuerda Hortensia Bussi-. Estaba absorto, preocupado. De repente, dio un golpe en la mesa y dijo: ‘Ya, me decidí. Voy a dirigirme mañana al país por cadena de radio y televisión anunciando el plebiscito y que sea el pueblo el que decida si quiere que yo me vaya, si me retiro del gobierno, o si sigo yo ejerciendo el poder’⁹.

Veinte minutos después, Allende y sus colaboradores terminaban de cenar para reunirse en el gabinete de trabajo del Presidente y preparar el anuncio de plebiscito. Pero el general Urrutia se presentó en Tomás Moro y capturó la atención de Allende mientras Briones, Letelier, Garcés y Olivares se encerraban a bosquejar el texto. Urrutia era un general respetuoso del orden y de la legitimidad del gobierno, así es que Allende lo recibió y habló a solas con él.

La última llamada hecha a Tomás Moro desde La Moneda se produjo cerca de las 02:00 de la madrugada. Era otra vez Miria Contreras. Hacía poco rato que había telefonado al coronel Valenzuela para pedirle que

intentara confirmar los rumores. Treinta minutos más tarde, Valenzuela se comunicó con ella. Le dijo que acababa de hablar con el coronel Ibáñez, de guardia en el Estado Mayor del Ejército y éste le había confirmado que la información era cierta, pero que no se trataba de un regimiento, sino sólo de dos camiones que viajaban hacia Santiago a reforzar la guarnición capitalina porque el martes 11 iba a ser "un día crudo": debía verse la causa en que aparecían involucrados el senador Altamirano y el diputado Garretón. Las tropas iban a disuadir posibles manifestaciones a favor o en contra.

La llamada de Miria Contreras, en todo caso, decidió a Allende para insistir con el general Brady. Letelier lo volvió a llamar:

— General, ¿hay algo?

Brady aseguró que no, que la Guarnición de Santiago estaba en calma total.

Altamirano había dicho aquella tarde:

— Concurrí a una reunión a la que fui invitado para escuchar las denuncias de un suboficial y algunos marineros en contra de actos subversivos perpetrados supuestamente por oficiales de esa institución armada. Y concurriré todas las veces que me inviten para denunciar acciones contra el gobierno constitucional de Salvador Allende¹⁰.

— Este caballero (por Altamirano) ...me obliga a disponer un acuartelamiento de las tropas para mañana por la mañana en previsión de posibles disturbios que se puedan producir no sólo en Valparaíso, sino también en Santiago.

Cuando Orlando Letelier oyó ese argumento de boca del Comandante en Jefe del Ejército, que tenía al frente suyo en su despacho del Ministerio de Defensa, la mañana del 10 de septiembre, no tuvo razones para sospechar que el propio general que 24 horas después iba a aparecer a la cabeza de un golpe militar le estaba advirtiéndolo que se proponía. Letelier sabía que el martes 11 los tribunales de Valparaíso debían pronunciarse respecto del desafuero de Altamirano y Garretón¹¹, así es que las precauciones que Pinochet le fue a comunicar le debieron parecer hasta cierto punto atendibles, dado el clima que respiraba la calle. La misma información que obtuviera por la mañana del 10 lo hizo tranquilizarse durante

esa noche, tras conocer las respuestas que Herman Brady le daba a través del teléfono.

— Váyanse a descansar -les dijo Allende a sus colaboradores-. Mañana será un día largo y duro.

Todos quedaron comprometidos para reunirse nuevamente a las 08:30, en La Moneda. Allende, por lo tanto, aún no consideraba definitivas las advertencias telefónicas recibidas y, al parecer, sólo había confirmado personalmente a Urrutia las órdenes de adoptar precauciones. Los ministros abandonaron Tomás Moro y únicamente permanecieron junto a Allende el periodista Olivares y su asesor, el socialista español Joan Garcés. Olivares, por lo demás, se quedaba en casa de Allende desde hacía a lo menos un mes.

Letelier llegó a su casa pasadas las tres de la madrugada.

— Estoy muy contento —le dijo entonces a su mujer. El discurso del Presidente va a ser buenísimo. Vamos a un plebiscito mañana. Ya se le presentó el texto a él. Ha quedado muy, muy satisfecho de la redacción.

— ¿Cómo? ¿Van a llamar a un plebiscito? —se sorprende su mujer.

— Sí —le dice—, tenemos que ir a la ofensiva en vez de estar a la defensiva.

*

Los partidos de la izquierda chilena tenían algún tipo de aparato especializado, tanto en asuntos de seguridad como en temas militares, pero todos ellos debieron ser rápidamente reciclados para trabajar con una hipótesis diferente a la que desde octubre del 72 habían estado utilizando para explicarse las posibilidades políticas del gobierno. De hecho, esos aparatos —salvo algunos del Partido Socialista— no tomaron parte en combates o enfrentamientos importantes contra las tropas el martes 11. Ni siquiera el MIR, que en sus desfiles callejeros había dado la impresión de contar con un cuerpo especializado significativo, tuvo participación decisiva en los hechos militares de entonces. Hubo algunos intentos de lucha en poblaciones de Santiago y Valparaíso, algún helicóptero del Ejército impactado por tiros de metralla. Pero nada pasó de ser una escaramuza

ante la envergadura de la maquinaria militar que se había puesto en marcha en la madrugada del 11¹².

En diciembre de 1973, el general Sergio Arellano Stark declaraba a la prensa que “el hecho de que media hora antes de lo previsto tuviéramos dominada la situación, indica que la Unidad Popular estaba muy confiada... Sí, ellos [los cordones industriales] no ofrecieron la resistencia que esperábamos... En provincias fue sorprendente: de San Antonio, por ejemplo, recibí un llamado por citófono a las 09:15 horas de parte del general (sic; referencia errónea al grado del entonces coronel) Contreras: ‘Ciudad tomada’ —me informó—. ‘Todos los interventores presos’”¹³. Como lo ha hecho siempre la versión militar, el general Arellano atribuyó entonces la rápida caída del gobierno de Allende “a nuestra rapidez y decisión. Los sorprendimos, pese a que estaban preparados”.

Para la UP, las dificultades se incrementan si se considera el tamaño de al menos dos de sus partidos. En sólo tres años, a partir de 1970, el partido Socialista pasó de catorce mil militantes a cien mil; sus regidores y parlamentarios se triplicaron y duplicaron, respectivamente. Otro tanto ocurrió con el PC, cuya militancia alcanzó también una cifra cercana a las cien mil personas.

Para el Partido Socialista, las dificultades se acrecentaban en razón de su compleja realidad interna, donde convivían social-demócratas, marxistas-leninistas y anarquistas.

Una de las razones que justificaron el nacimiento del PS a la vida política chilena fue la reacción de ciertos sectores de la izquierda al monolitismo de la organización partidista inspirada en las doctrinas de Lenin. En efecto, el PS se definió como una organización que toleraba en su seno la existencia de “tendencias” ideológicas distintas y de allí su antigua autoimagen como “federación de tendencias” antes que “partido de cuadros”.

La evolución ideológica del Partido Socialista había desembocado, a principios de la década del 70, en tres fracciones orgánicas: los llamados “Guatones”¹⁴, encabezados por Aniceto Rodríguez y calificados por el resto del partido como social-demócratas; los “Elenos” —cuyo nombre es una abreviatura que proviene de “Ejército de Liberación Nacional”,

porque se declaraban partidarios de acceder al poder por una vía insurreccional—, eran mayoría y estaban encabezados por Carlos Altamirano; y los “Trotskos”, sobrevivientes de las primeras discusiones ideológicas en el seno del PS entre anarquistas y trotskistas.

Superponiéndose a esta configuración en fracciones orgánicas, existían las tendencias ideológicas. En este sentido, el PS se dividía en dos grandes corrientes: los marxistas-leninistas y los no marxistas (incluidos un significativo grupo de intelectuales anarquistas). Entre los primeros, se incluían los “Elenos”, los “Trotskos” y los “Pekinistas” (originalmente encabezados por Clodomiro Almeyda). En 1967, el Congreso del PS fue ganado por los “Pekinistas” (que más que el contenido ideológico del “maoísmo” expresaban la disputa estratégica entre Moscú y Pekín) y que hicieron optar al partido por la lucha armada. Pero la influencia de la Revolución Cubana alteraría la correlación de fuerzas internas del PS, y los “Elenos”—que habían asimilado dicha experiencia— pasaron a ser la expresión hegemónica dentro del partido, desplazando a los “Pekinistas”.

Aparte de las divisiones anteriores, en el PS se daba también el fenómeno de los “caciques”, dirigentes políticos con influencia local o regional que reconocían alguna dependencia de las distintas divisiones ideológicas, pero que hacían primar su liderazgo personal. Entre ellos estaban Raúl Ampuero y Ramón Silva Ulloa (quienes por disputas internas de poder darían origen a una organización autónoma llamada Unión Socialista Popular —Usopo—, de gran fuerza electoral entre los mineros del norte del país), y figuras como los hermanos Palestro.

Por encima de todas esas diferencias, se ubicaba un puñado escaso de hombres, entre los que destacaban Salvador Allende y José Tohá, quienes en varias oportunidades dirigieron al PS más por abstención de las tendencias, que por apoyo decidido de alguna de ellas.

En 1971 se eligió un nuevo Comité Central durante el congreso celebrado en la nortina ciudad de La Serena, el que fue ratificado en 1978, en Argel¹⁵.

Fuentes socialistas consultadas por los autores admitieron que “el ansia de alcanzar el poder eliminó la vida democrática en el interior [del partido], lo que se consumó en el congreso general de La Serena, en enero

de 1971, en donde una mayoría relativa eliminó a la minoría y, a la vez, desestimó el importante rol de ésta en una organización democrática”.

Esa mayoría relativa fue la de la tendencia de Carlos Altamirano.

La heterogeneidad, una de las características del PS que reflejaba más fielmente la realidad ideológica de la clase trabajadora chilena, actuó contra el propio partido a la hora de enfrentar la crisis.

A su vez, documentos oficiales y públicos del PC señalan que el día 11 “quedaron en evidencia defectos en nuestro aparato orgánico que produjeron cierto grado de desconexión. Esto nos impidió promover siquiera algunas acciones de resistencia con vistas a que el repliegue se hiciera sin una brusca caída de la moral de las masas, en una forma más o menos consciente. También habíamos dicho que la primera respuesta de la clase obrera sería el paro y la ocupación de las fábricas. En muchas partes se trabajó con esta orientación. Pero ocurrió lo siguiente: el enemigo se aprovechó del conocimiento de tal propósito para suspender las actividades laborales durante los días 11, 12, 13, 14, 15, durante toda la semana del golpe. Luego, el 16 era domingo y 17 y 18 correspondían a Fiestas Patrias. La Junta suspendió el feriado del 19 y ordenó ese día la reanudación del trabajo, con la particularidad de que expresamente esta orden no regía para las industrias donde nosotros éramos fuertes ni para las universidades. En estas condiciones, consolidado el golpe, la orientación general del partido fue la de acudir a los lugares de trabajo para tratar de impedir una nueva victoria de los fascistas: desarraigar por completo al partido de su contacto con las masas. Téngase también en cuenta que en alguna de las industrias que el día 11 fueron ocupadas por los obreros, se produjeron horribosas masacres en el día del golpe y en los posteriores. Estamos seguros que el comportamiento de los demás partidos de la Unidad Popular correspondió a estas mismas consideraciones y realidades”¹⁶.

*

...A las 03:00 de la madrugada del 11, el general Sergio Arellano Stark miró por el ventanal que abre la vista sobre el Barrio Cívico de Santiago a la oficina de la Comandancia de la Guarnición, en el sexto piso del Ministerio de Defensa. No había nadie en las calles.

La operación a la que en ese momento se ponía el toque final era compleja. La forma de operar era simple: primero se hacía un plan global, de carácter nacional, y sobre esa base cada unidad, cada sector, elaboraba su plan particular en coordinación con el general. Sin embargo, la situación política era tan dinámica que los mandos del Ejército optaron por trabajar paralelamente, tanto los aspectos globales como los destinados específicamente a Santiago en el plan. Las ideas estuvieron listas en julio y, acto seguido, se realizó un juego de guerra para evaluarlas, como era la costumbre. Al inaugurar el juego, Pinochet invitó a Allende a presenciarlo. Este mismo plan, corregido tras su simulación, fue el que se aprovechó para ordenar las acciones del 11¹⁷.

Es la madrugada del 11 de septiembre, el momento culminante de la conspiración estaba a punto.

Arellano sabía exactamente lo que tendría que hacer a partir de las 06:00. El plan contemplaba que a esa hora los barcos de la Escuadra estuvieran atracados en Valparaíso: como desde hacía 14 años, las naves chilenas se habían hecho a la mar para tomar parte en las tradicionales maniobras *Unitas*, con unidades norteamericanas. Pero esta vez, ese zarpe —el domingo 9— tenía por objeto dar inicio aparente a las maniobras para evitar, así, cualquier sospecha sobre un alzamiento. Sólo que los barcos chilenos jamás iban a iniciar los ejercicios navales, porque en las primeras horas de aquella madrugada girarían en 180 grados y enfilarían sus proas de nuevo hacia Valparaíso. A las 06:00 del martes 11, los marinos iban a empezar la ocupación del puerto para distraer la atención en Santiago y permitir que a las 07:00 las tropas comenzaran a ocupar los servicios vitales de la capital. Esta sería una acción envolvente. Primero se coparían los cordones industriales situados entre la avenida Vicuña Mackenna y la cordillera, mientras que el propio Arellano Stark se encargaba de la agrupación Santiago centro. El Regimiento Blindado, a las órdenes del general Javier Palacios, debía capturar La Moneda, pero nada había de saberse antes de la 08:30 de la mañana, hora en que Pinochet iba a estar ya en su cuartel general de Peñalolén. El general Gustavo Leigh, jefe de la FACH, había elegido la sede de la Academia de Guerra Aérea —en el sector de Las Condes—, mientras que el almirante José Toribio

Merino se mantenía en Valparaíso, para trasladarse en la tarde del martes 11 a Santiago y hacer de las instalaciones que la Armada posee dentro del gran parque Quinta Normal su puesto de mando. Por su parte, el general Mendoza se ubicaba en el edificio que el Cuerpo de Carabineros posee en la céntrica calle Agustinas.

A las 06:30 Arellano se reunía (en su oficina del Ministerio de Defensa) con todos los comandantes de unidades de la Guarnición de Santiago. Terminaba así un proceso que para el general Arellano Stark fue copioso y largo: el ex edecán militar del Presidente Frei había mantenido “múltiples conversaciones con mandos altos y medios, contactos con los jefes de carabineros y con algunos civiles”¹⁸.

*

Desde las 06:00 de la madrugada de ese martes 11 de septiembre, “Ernesto Morit” estaba ocupado en el puesto de oficial de guardia en la puerta principal de Tomás Moro. Era miembro del equipo de seguridad del Presidente Allende y tenía 23 años¹⁹. Junto a él hacía la guardia “Tony”. Cuando a las 06:20 horas Ernesto recibió una llamada urgente para Allende, supo que esa vez era en serio. Pasó la llamada al interior de Tomás Moro y pensó que había llegado el momento. No pudo reconocer la voz, pero al parecer —no existen indicios firmes— se trataba del director interino de Carabineros, general Urrutia.

Pasadas las 06:30, cuando el general Arellano ya había iniciado la reunión con los comandantes de unidades, el general Jorge Urrutia telefoneó a Tomás Moro. Acababa de recibir desde Valparaíso la información de que hombres de la Armada habían tomado las principales calles del puerto. La noticia movilizó de inmediato a la guardia de la residencia presidencial y Allende fue despertado. Entonces le indicó al oficial de guardia de su equipo de seguridad, Ernesto Morit, que diera la alarma.

Los hombres del GAP saltaron de sus camas y a medio vestir acudieron a la sala de reuniones. Allí los esperaba el jefe del equipo.

— La Armada se ha sublevado en Valparaíso y es posible que algunas fuerzas de Infantería de Marina estén listas para marchar a La Moneda..., así es que cada uno debe hacerse cargo de su puesto de combate.

La situación había sido prevista y suficientemente estudiada, y todos los hombres conocían su deber. El dispositivo de guardia permanente de la residencia de Tomás Moro puso en marcha los planes de defensa y el grupo de escolta preparó las armas y los vehículos necesarios para trasladarse con Allende a La Moneda.

Mientras tanto, Augusto Pinochet recibía en su casa una llamada de Tomás Moro:

“Era un llamado de la telefonista... Respondí como si se tratara de una persona que recién despierta y debo haber estado convincente, porque sólo se me informó ‘que me iban a llamar más tarde’. Me vestí rápidamente”²⁰.

Pinochet insinúa que Allende hizo llamar a su casa probablemente con el objeto de precisar el alcance de la insurrección iniciada en Valparaíso, que hasta ese minuto en Tomás Moro se creía circunscrita a la Marina. La hipotética respuesta con ribetes histriónicos que dio a la telefonista habría desviado, durante esos decisivos momentos iniciales, las sospechas de que el Ejército, o al menos él, estaba comprometido en el golpe.

En todo caso, Allende hizo una serie de llamados a sus colaboradores más inmediatos, entre ellos Orlando Letelier:

— Acabo de saber que hay movimiento de tropas. Algo pasa y quiero que hagas averiguaciones.

Letelier pidió a su mujer que telefonara a los comandantes en Jefe. El teléfono insistió en uno y otro número, pero nadie respondía.

— Sí -comentó entonces Letelier- la cosa está armada...

Letelier volvió a hablar con Allende, quien le dijo que estaba por irse a La Moneda.

—Presidente -comentó Letelier-, yo también voy a La Moneda.

Allende se opuso:

—No, prefiero que vaya al Ministerio de Defensa.

Letelier se comunicó con su ministerio y logró hablar con el vicealmirante Carvajal. Le manifestó sus inquietudes:

— Su información es equivocada, señor ministro. No hay tropas en Santiago. Se tratará de algún allanamiento... ¿Que no puede comunicarse con el almirante Montero? Debe haber salido de su casa y estar en camino

del ministerio. ¿Usted también se viene para acá?... Bien, ministro. Lo espero.

Alrededor de las 07:00 horas llegó el chofer del ministerio a buscar al ministro. Letelier se sorprendió al verlo llegar solo, sin el guardaespaldas que habitualmente lo acompañaba.

— ¿Dónde está su compañero? -preguntó.

— Ministro -dijo el hombre-, discúlpelo. Tenía problemas familiares; su esposa está por dar a luz hoy.

Tardó escasos minutos en llegar al Ministerio de Defensa. Allí dejó el auto y penetró al vestíbulo del edificio. Alcanzó a dar algunos pasos y de pronto sintió un culatazo. Se volvió y vio que era su guardaespaldas, el mismo que no había llegado aquella mañana.

Por su parte, el ex ministro José Tohá recibió la llamada de Allende alrededor de las 06:45 horas:

— ¡Aló! -dijo, y esperó unos segundos. Añadió una expresión breve: ¿Ya?-. Tiró las sábanas hacia atrás mientras decía: -Voy para allá.

Era la llamada que desde el 29 de junio había temido, pero también esperado. Sin pérdida de tiempo, José Tohá marcó el número de su hermano, Jaime, ministro de Agricultura:

—¿Jaime?... Salvador dice que hay movimiento de tropas. Te rogaría que me pases a buscar cuando te vayas al ministerio... Sí, voy a La Moneda.

Alrededor de las 07:15 de la mañana llegó el automóvil del ministerio que debía pasar a recoger a su hermano.

Se vistió rápidamente y salió rumbo a La Moneda.

Aproximadamente a esa misma hora, Joan Garcés entró al pequeño cuarto que servía de despacho a Allende en su residencia de Tomás Moro y lo encontró tratando de comunicarse con las casas de los comandantes en Jefe y otros oficiales, pero nadie contestaba.

— Se ha sublevado la Marina -le comentó a Garcés.

— ¿Sabe ya quiénes se han sumado al movimiento? -dijo el asesor.

— Hasta donde sé, la insurrección abarca los buques Simpson y Almirante Latorre. También me han informado que la Infantería de Marina marcha hacia Santiago.

— ¿Hay algo bueno?

— Carabineros está respondiendo lealmente... Sólo he podido hablar con el general Brady -agregó Allende-. Le ordené que tomara las medidas necesarias.

— ¿Lo hará?

— Eso espero... Le dije que si no las iba a tomar, que fuera hombre y me lo comunicara. Respondió que las iba a tomar.

Cinco minutos después, tres automóviles marca Fiat-125, de color azul, un cuarto vehículo amarillo y otro rojo, salían hacia La Moneda. En ellos iban Salvador Allende, Augusto Olivares y Joan Garcés, acompañados por 19 hombres del GAP²¹. Detrás, cerrando el grupo de automóviles, una camioneta transportaba armamento liviano y semipesado. Las calles de Santiago aún estaban expeditas esa mañana, por lo que el grupo pudo arribar alrededor de las 07:30 al Palacio de Gobierno. Algunas tanquetas y tropas de la guardia de Carabineros estaban ya tomando posiciones de combate dentro y fuera del centenario edificio. Cuando los automóviles se detuvieron, Salvador Allende bajó y cruzó rápidamente el tramo de acera hasta el acceso al palacio. Vestía una chaqueta de tweed y un chaleco deportivo de cuello cerrado.

Casi pisando los talones de Allende llegó el Director General de Carabineros, José María Sepúlveda Galindo, quien junto con el retirado Prats y el almirante Montero formaban la cúpula constitucionalista de las Fuerzas Armadas. Eran las 07:35 horas. Salvador Allende se encontraba en su despacho. Ante su puerta se hallaban apostados dos miembros del GAP con instrucciones de no dejar pasar a ningún militar que portara armas. Cuando el general Sepúlveda Galindo penetró en la habitación, Allende hacía llamadas telefónicas para intentar comunicarse con los generales que estaban tras el golpe o con algún oficial que supiera darle detalles. Pero los intentos resultaron fallidos:

— No contesta ninguno -comentó Allende-. Me parece que esta vez están todos comprometidos.

El Presidente, sin embargo, no perdió la calma. Llamó a Hortensia Bussi a Tomás Moro y la despertó. Eran las 07:45 en punto.

Hortensia Bussi se vistió rápidamente y llamó al general Prats.

— Me contestó Sofía Cuthbert de Prats, muy cortada en sus respuestas. "No, no está", me dijo. "Y, ¿dónde está?". Se demoró, vaciló en contestarme. "En casa de unos amigos"²². Le dije: "Pero yo supongo que en estos momentos él estará haciendo algo, habrá ido a visitar los regimientos". Silencio. "¿Qué estás haciendo tú?", le pregunté. "Yo estoy empacando", me contestó. Cuando oí esa respuesta me desconcertó, porque era lo último que a mí se me hubiese pasado por la mente. Entonces le dije: "Bueno, Salvador me ha dicho que la situación es difícil, pero no desesperada, que mantuviera la calma, que él creía que podíamos salir bien de esto..."

Pocos minutos después, la voz de Allende se escuchaba a través de Radio Corporación para todo el país:

— ...Informaciones confirmadas indican que un sector de la Marina se ha sublevado y ocupa Valparaíso. Santiago está acuartelado y normal. Yo estoy aquí, defendiendo el gobierno que represento por mandato del pueblo. Estén atentos y vigilando. No se dejen provocar. Espero que los soldados de la Patria tengan una respuesta positiva y defiendan la Constitución y la Ley. Los trabajadores deben movilizarse a sus sitios de trabajo y esperar nuevas instrucciones..

*

En casa de su hija Carmen, Eduardo Frei se paseaba nervioso mientras oía las noticias que entregaban los radios:

— ¡Cómo pudo pasarle esto a este país! —comentó.

Estaba demudado: ni Frei ni nadie había previsto una reacción militar de la magnitud y los alcances de la que se estaba viviendo.

Numerosos indicios, como aquella llamada que el ex Presidente recibiera en la noche del lunes 10 desde Valparaíso, informándole del advenimiento de un golpe militar para la mañana siguiente, vuelven a plantear un dilema no completamente disipado: ¿hasta qué punto conocía Frei los preparativos del complot que ciertos jefes de las Fuerzas Armadas habían llevado adelante y que ese martes 11 se estaba plasmando con una violencia que demudaba el espíritu de un hombre avezado y sólido como el líder demócratacristiano?²³.

Cualquiera sea la respuesta, existen, en todo caso, suficientes elemen-

tos y testimonios que señalan que, al menos, Frei estaba a favor de una reacción militar que pusiera término al gobierno de Allende. Sus declaraciones de octubre del 73 al periódico madrileño *ABC* son claras:

“El país no tuvo más salida salvadora que la gobernación de la Junta (...). Yo le digo que cuando un gobierno desobedece a la Corte Suprema, menosprecia la mayoría del Congreso, provoca el caos económico, detiene y mata a los obreros que se declaran en huelga, desabastece el mercado para entregar los productos a los monopolizadores marxistas del mercado negro...; cuando un gobierno procede así, el derecho a la rebelión se convierte en un deber”²⁴.

La versión fue corroborada por el testimonio de una alta fuente de la Iglesia Católica, quien confidenció que Frei no veía más salida para la situación que un golpe: o una “dictadura militar”, o una “dictadura comunista”. Y ante esa alternativa, el ex Presidente de la República se inclinaba por la primera posibilidad²⁵.

Después de que el auto del Ministerio de Agricultura pasó a recoger a José Tohá y a sus hijos, sonó de nuevo el teléfono. Era Salvador Allende que llamaba a Moy de Tohá, ya desde La Moneda:

— Mire, Moy —le dijo—. La cosa es seria. Lo único que le quiero pedir es que se vaya inmediatamente a Tomás Moro y que impida que Tencha venga para acá. No quiero a ninguna mujer en La Moneda.

Hortensia Bussi se comunicó también con Moy de Tohá. Acababa de hablar con dos de sus hijas —Isabel y Carmen Paz— y ambas habían descartado el trasladarse hasta Tomás Moro para buscar refugio.

— ¡Aló! ¿Moy?... Vente a Tomás Moro. No quiero quedarme aquí. Debo ir a La Moneda...

— Usted quédese ahí —la interrumpió la señora Tohá—. Yo tengo instrucciones de ir para allá.

La señora Tohá se dio prisa. Faltaban escasos minutos para las 08:00 horas. De pronto sintió un estremecimiento y se detuvo: en la radio que permanecía encendida se estaba oyendo la voz de José Tohá:

— El Presidente Allende permanecerá en La Moneda. Yo vengo a tomar mi puesto al lado del compañero Allende. No entregaremos el mando hasta el 3 de noviembre de 1976...

Simultáneamente, la señora de Tohá oyó también la vibración de los vidrios producida por el poderoso vuelo de los cazas Hawker Hunter. No alcanzó a seguir vistiéndose, cuando de nuevo se detuvo: Allende estaba hablando por Radio Corporación.

*

En la parroquia María Magdalena, de Puente Alto, el padre Cristián colgó el auricular y corrió a encender la radio:

— ...Estoy aquí, defendiendo el gobierno que represento por mandato del pueblo. Estén atentos y vigilando. No se dejen provocar. Espero que los soldados de la Patria tengan una respuesta positiva y defiendan la Constitución y la Ley. Los trabajadores deben movilizarse a sus sitios de trabajo...

Cuando terminó de oír las palabras del Presidente, apagó el aparato, dispuso rápidamente algunas cosas pendientes y salió a la calle.

*

A las 08:10, el coronel Valenzuela, vestido de civil, llevó a La Moneda una noticia definitiva:

— Vengo del Ministerio de Defensa. He querido entrar y no me han dejado. Está tomado por el Ejército.

Dentro de sus dependencias, Orlando Letelier se hallaba detenido. Diez minutos más tarde, un grupo de unos doce soldados, en un estado de visible excitación, sacó a Letelier y lo condujo al Tacna. El ministro de Defensa pasaría en uno de sus calabozos prácticamente toda la jornada del martes 11 de septiembre.

Algunos militares, pocos quizás, se habían resistido al complot. La rebeldía a las órdenes de quebrar el acatamiento a la Constitución había rodeado al propio general Augusto Pinochet:

"... A las 07:00 horas llegaron [a su casa] los vehículos que se habían citado para 'ir a pasar una revista a Peñalolén'... Subí al vehículo y ordené al conductor dirigirse a la central de telecomunicaciones, lugar donde estaba el puesto de mando del Comandante en Jefe del Ejército, a donde llegué faltando veinte minutos para las ocho horas... Con alegría pude com-

probar que todos estaban felices por la decisión adoptada, con excepción de mi Ayudante, que me expresó no estar de acuerdo con lo que se iba a realizar. Le acepté su posición y dispuse su arresto de inmediato en una sala del edificio de telecomunicaciones del Ejército²⁶.

— A las 07:30 ó 07:45 horas, momento en que se inicia el servicio, los oficiales no percibían en absoluto lo que estaba sucediendo -comentaron algunas fuentes.

En efecto, el servicio se inició en forma normal. Cada oficial había llegado a su unidad e incorporado a su lugar entre las tropas, formadas en los patios. Luego, los tenientes recibieron cuenta de la situación de sus secciones; los tenientes la transmitieron, ahí mismo —según las compañías a que pertenecieran sus secciones— a los capitanes; los capitanes —de acuerdo al batallón a que perteneciesen sus compañías— rindieron los informes ante los mayores y éstos, en fin, ante los comandantes de regimientos. La ceremonia —que se celebra cotidianamente, bajo cualquier circunstancia— culminó en todos los cuarteles del país alrededor de las 08:00 horas, con el izamiento de la bandera y la entonación del Himno Nacional. Acto seguido, los comandantes de regimiento ordenaron que las tropas no saliesen a la instrucción, sino que permanecieran prontas en determinados recintos del cuartel.

Escasos minutos después de las 08:00 horas, los comandantes convocaron reunión de oficiales. Uno de los cornetas de servicio tocó, entonces, la llamada y los oficiales convergieron hacia las salas de reunión de sus respectivos regimientos. Sólo en ese minuto los comandantes comunicaron lo que estaba aconteciendo. Tras ser informados, los oficiales se reintegraron a sus batallones, compañías y secciones.

Minutos más tarde —alrededor de las 08:30— los comandantes impartieron las instrucciones específicas. De esta forma —entre las 08:00 y las 12:00 horas, con excepción de aquellos lugares donde algunas operaciones se practicaron de madrugada o bien donde hubo episodios de desobediencia—, el país quedó bajo control de los jefes del golpe.

En muchas unidades de provincia, la “limpieza” con que se estaban desarrollando los planes y la falta de información sobre lo que estaba ocurriendo en Santiago, determinó que ni los oficiales ni las tropas tuvieran

real y clara conciencia de estar participando en un golpe de Estado. Y aunque había trascendido la existencia de una Junta de los Comandantes en Jefe, la noción generalizada era la de considerar los hechos como una forma pacífica de tomarse el poder. De este modo, en provincias, el golpe no comenzó a tomar cuerpo en los oficiales, suboficiales, clases y soldados más que al atardecer del martes 11, cuando se conoció la noticia de la muerte de Allende, la detención de los ministros y parlamentarios de la UP y la existencia de una lista de personas buscadas.

— Eso produjo una reacción curiosa, porque oficiales que hasta el día anterior manifestaban conductas normales, que repudiaban el caos y el desorden, pero que no eran particularmente contrarios al gobierno de Allende, empezaron a sentirse con poder... Es en ese minuto que comenzó a desarrollarse entre ellos un odio visceral contra los hombres y los símbolos de la izquierda. Eso ocurrió justamente en el momento en que se sintieron protagonizando la historia... Se transformaron en “matadores”. Todo lo que habían recibido como entrenamiento para ir a una guerra, lo empezaron a emplear contra un enemigo interno que les apareció de repente: el marxismo. Fue la desracionalización del objetivo a que se sometió al Ejército²⁷.

*

En fábricas y empresas, los turnos de la mañana comentaban la noticia que a esa hora ya se ha esparcido por el país y procedieron a poner en práctica las medidas de vigilancia y ocupación de los lugares de trabajo. Si el silencio va cundiendo por Vicuña Mackenna hacia el centro de la ciudad, hacia el extrarradio —en cambio— se desarrolla una actividad intensa. Los trabajadores seguían llegando a la zona industrial en camiones. También hay largas filas de obreros que recorren a pie las distancias y se han encaramado altavoces a los muros de la fábrica-cabeza del sector: la industria de pastas Luchetti. Allí reside el comando del cordón. Los altavoces difunden música popular del conjunto Quilapayún, y hay un extraño sentimiento de confianza, como si se estuviera dentro de un territorio liberado; un sentimiento que se anida en la ignorancia de la verdadera situación existente.

*

A las 08:20 horas ya estaban en La Moneda unos 35 colaboradores de Salvador Allende, entre miembros de su guardia personal, asesores y ministros: su jefe de Prensa, Augusto Olivares, Joan Garcés, José y Jaime Tohá, Daniel Vergara, Carlos Briones, Fernando Flores y Jaime Barrios²⁸, entre otros. Apenas llegó a La Moneda, a las 07:30, Olivares se había encargado—en nombre de Allende— de seguir llamando a los generales. Curiosamente, sin embargo, le fue imposible hallar a ninguno, bien porque estaban ya dirigiendo las primeras acciones del golpe, bien porque—como el almirante constitucionalista Raúl Montero—, tenían las líneas de sus aparatos cortadas. En realidad, sólo los teléfonos que permitían las comunicaciones con y desde La Moneda estaban funcionando. Pero tanto las conexiones internacionales como interurbanas habían sido suspendidas y Montero, además, inmovilizado en su domicilio. El interés de Allende por conocer la identidad de los generales comprometidos y evaluar la envergadura de la insurrección se vio satisfecho a las 08:40 horas, cuando los aparatos de radio encendidos en La Moneda captaron una voz desconocida: era el teniente-coronel Roberto Guillard Marinot, que desde el Ministerio de Defensa leía la siguiente proclama:

“Teniendo presente: Primero, la gravísima crisis económica, social y moral por la que atraviesa el país. Segundo, la incapacidad del gobierno para controlar el caos; y tercero, el constante incremento de grupos paramilitares entrenados por los partidos de la Unidad Popular que llevarán al pueblo de Chile a una inevitable guerra civil, las Fuerzas Armadas y Carabineros deciden:

“Primero: el Presidente de la República debe proceder a la inmediata entrega de su cargo a las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile.

“Segundo: las Fuerzas Armadas y Carabineros están unidos para iniciar la histórica y responsable misión de luchar por la liberación de la Patria y evitar que nuestro país caiga bajo el yugo marxista, y la restauración del orden y la institucionalidad.

“Tercero: los trabajadores de Chile pueden tener la seguridad de que las conquistas económicas y sociales que han alcanzado hasta la fecha no sufrirán modificaciones en lo fundamental.

“Cuarto: la prensa, radiodifusoras y canales de televisión adictos a la

Unidad Popular deben suspender sus actividades informativas a partir de este instante. De lo contrario, recibirán castigo aéreo y terrestre.

"Quinto: el pueblo de Santiago debe permanecer en sus casas a fin de evitar víctimas inocentes.

"Firmado: Augusto Pinochet Ugarte, Comandante en Jefe del Ejército; José Toribio Merino Castro, Comandante en Jefe de la Armada; Gustavo Leigh Guzmán, Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea; y César Mendoza Durán, Director General del Cuerpo de Carabineros".

El golpe, pues, tenía nombres y caras, y su carácter era institucional; las posibilidades del gobierno..., prácticamente nulas.

*

Al terminar de escuchar el bando de la Junta Militar, Frei preguntó:

— ¿Quién es Pinochet? ...No lo conozco.

Alguien a su alrededor, que conocía al general superficialmente, le dio entonces algunos datos. Pero nadie, tampoco Frei, tenía conciencia de que ese hombre iba a transformarse en la figura por antonomasia de un régimen que duraría largos años.

*

Cuando Beatriz Allende salió de su casa, pasadas las 08:00 horas, sólo conocía las informaciones parciales sobre el golpe que la cadena radial gobiernista —*La Voz de la Patria*— había empezado a dar de modo impreciso, tan pronto se hizo manifiesta la existencia de una insurrección. A la altura de Plaza Italia, Beatriz detuvo su auto ante la primera barrera de carabineros que impedía todo tránsito hacia el Barrio Cívico.

— Soy Beatriz Allende —dijo, mostrando su documentación al carabiniere que le negaba el paso—. Soy hija del Presidente.

— Siga, señora —dijo el policía, devolviendo la documentación y franqueándole el paso.

Beatriz aceleró por Alameda. Poco más abajo, no obstante, debió detenerse ante otro control de carabineros. Intentó, entonces, identificarse, tal como lo había hecho hacía escasos minutos, pero esa vez la respuesta del policía fue seca y altanera. Dobló a su derecha y luego hacia su izquierda,

bajando hacia el poniente en dirección al Palacio de Gobierno. No llegaría lejos: cerca se alzaba un tercer puesto de control. Se detuvo y volvió a identificarse. El carabinero reaccionó aun peor que el anterior y nombró las palabras que aclararon para Beatriz la situación: "Junta Militar". Entonces, Beatriz aceleró bruscamente y el coche saltó hacia la barrera, llevándose la por delante. El carabinero se echó su fusil al hombro y disparó al aire. Beatriz estacionó su automóvil y bajó, portando una pistola en la mano. Alguien le abrió la puerta del Palacio de Gobierno que da a la calle con el número 80 de Morandé ²⁹.

*

Minutos después de las 08:00, el Cardenal Raúl Silva Henríquez estaba terminando de officiar la misa que cada día celebra en la pequeña capilla privada de su residencia en calle Simón Bolívar.

El lunes 10 se encontraba en el balneario costero de Punta de Tralca, próximo a Santiago. Iba a regresar a la ciudad sólo el martes 11. Pero entonces, antes de la cena, tuvo un presentimiento:

— Fue una cosa extraña: me vinieron ganas de regresar esa misma noche a Santiago³⁰.

Llegó tarde a Santiago, comió y se acostó.

El martes 11, el Cardenal Silva Henríquez se levantó temprano. Antes de la misa sonó el teléfono: era el obispo José Manuel Santos.

— Me dijo que había un golpe militar y que escuchara la radio.

Encendió el aparato y escuchó...

Apenas concluyó de celebrar el oficio, permaneció meditando en silencio. Entonces, una de las religiosas a su servicio intentó llegar a él, pero el padre Luis Antonio Díaz —secretario privado de Silva Henríquez— la ataja antes de que lo interrumpa. La religiosa sólo atina a decir:

— Se armó.

— ¿Se armó qué? —pregunta el padre Díaz, sin obtener respuesta.

*

En casa de Clodomiro Almeyda, su mujer —Irma— se encuentra sola. El canciller ha salido hace rato, alertado de los acontecimientos por una

tempranera llamada de Allende. A esa hora, ella se asoma a la puerta y nota que el carabinero de guardia ante la casa estaba en su puesto. Pasadas las 08:30, en cambio, ha desaparecido misteriosamente. Eso le extraña y se lo cuenta así a la periodista que —alertada por las emisiones de Radio Corporación que incluyen ingenuamente la clave determinada por el PS para convocar a sus militantes en momentos críticos— ha acudido hasta su casa para interiorizarse de detalles sobre la confusa situación. Irma de Almeyda decide ir hasta su oficina en el edificio Gabriela Mistral, cuya administración tiene a cargo. Ambas mujeres, entonces, bajan en el mismo auto hacia el centro de la ciudad:

— Voy a ver qué hay en las bodegas del edificio —dice Irma de Almeyda— y a dar órdenes para que preparen comida por si tenemos que resistir tres o cuatro días, para que por lo menos nuestra gente pueda comer.

*

Beatriz corrió al segundo piso de La Moneda casi en el instante en que salían al aire de nuevo las palabras de su padre, el Presidente Salvador Allende:

— ...No renunciaré. No lo haré. Hago presente mi decisión irrevocable de seguir defendiendo a Chile; señalo mi voluntad de resistir como sea, a costa de mi vida, para que quede la lección que coloque ante la historia a los que tienen la fuerza y no la razón...

Eran las 08:55 horas. Poco antes había sonado el teléfono del despacho presidencial: se trataba del general Ernesto Baeza, enlace designado por Pinochet para comunicarse con Allende, quien transmitió la exigencia de rendición³¹. Pero Allende rechazó indignado el ultimátum:

— ...Como generales traidores que son, no conocen a los hombres de honor...

Después habló —utilizando el teléfono— por Radio Magallanes, única que a las 09:00 no había sido aún silenciada ni por las operaciones de los comandos nocturnos ni por el bombardeo temprano de la Fuerza Aérea.

*

Hortensia Bussi llamó insistentemente a La Moneda después que cortó la comunicación con Moy de Tohá. Deseaba hablar de nuevo con Allende, pero sólo pudo conectarse con Daniel Vergara.

—Me dijo que Salvador estaba ocupado en el gran comedor en una reunión con todos los que habían acudido a La Moneda. Que estaba pidiendo que los que no supieran empuñar un arma mejor abandonaran el edificio y que las mujeres se fueran. Yo no sabía que dos de mis hijas habían ido. Vergara me lo informó. Después traté inútilmente de volver a comunicarme con Salvador, para saber qué cosas nuevas me podía decir... Pero fue inútil.

*

En su despacho de la secretaría privada de la Presidencia, Beatriz Allende contestaba teléfonos y citófonos. Al pasar una de las numerosas llamadas, Beatriz vio a su padre por primera vez esa mañana:

— Estaba sereno -diría ella después-; escuchaba con tranquilidad las informaciones y daba órdenes y respuestas que no admitían discusión. Personalmente había recorrido ya los puestos de combate, supervisando a algunos compañeros.

Después de su mensaje, Allende se asomó a una de las ventanas de su despacho: algunas tanquetas de carabineros empezaban a retirarse del lugar. Entonces se dio la vuelta y le preguntó al general Sepúlveda Galindo:

— ¿Por qué se retiran las tanquetas?

— No lo sé, Presidente —respondió el general—. Iré a averiguarlo.

Sepúlveda Galindo salió del despacho y regresó a los pocos minutos. Allende volvió a preguntar:

— ¿Y bien?

— Por lo que sé, el Centro de Telecomunicaciones de Carabineros ha sido ocupado... Estamos aislados de mis tropas.

Atrincherado en La Moneda junto a unos 50 carabineros, 17 detectives y medio centenar de colaboradores —entre ellos once mujeres—, Salvador Allende se levantaba como último obstáculo para alcanzar el poder a unos militares que controlaban ya, prácticamente, todo el territorio chileno.

Alrededor de las 09:30, Allende reunió a sus tres edecanes militares³² en su despacho y mantuvo con ellos una conversación privada, que no duró más de ocho minutos. Las instituciones armadas a que aquellos hombres pertenecían habían quebrantado la Ley. Allende entendió que ellos se hallaban contra la pared de la Constitución exigidos por la espada de sus ejércitos; pero también quiso que comprendieran que no era ése el instante para confiar en militares. Cada uno, entonces, expuso sus puntos de vista: en resumen, dijeron que el Presidente debía dimitir porque las Fuerzas Armadas y Carabineros estaban actuando en conjunto. A nombre de la Junta, el comandante Sánchez le ofreció al Presidente un avión para salir del país. Allende dijo que él no se entregaría por ningún motivo. El Presidente les hizo saber que quedaban en libertad de acción para comportarse según sus propias conciencias, pero insistió en que él permanecería en La Moneda sin renunciar. El comandante Sánchez se despidió con emoción y real pesadumbre.

Años después saldrían a luz pública grabaciones de los contactos radiotelefónicos que ese día mantuvieron los conductores del alzamiento militar. Las cintas comienzan así³³:

— Atención Puesto 1, Puesto 1 de Puesto 5, adelante, cambio.

— Puesto 1, Puesto 1 a Puesto 5, adelante, cambio.

— Patricio necesita hablar con Augusto.

Pinochet: - Augusto escuchando, Augusto escuchando.

Carvajal: - Lo del suicidio era falso. Ahora acabo de hablar con el edecán naval, comandante Grez, quien me dice que ellos, los tres edecanes se van a retirar de La Moneda y que vienen hacia el Ministerio de Defensa. Le encargué que instara al jefe de Carabineros que rindiera sus tropas, porque iban a ser bombardeados. Así que los carabineros deben salir de La Moneda en estos momentos. El general Brady está informado para que no se les dispare a los militares que evacuen La Moneda.

Pinochet: - Conforme.

Carvajal: - En este momento me llamó Domínguez, el secretario de la Marina, y me decía que fueron los tres comandantes en Jefe a pedirle la rendición al Presidente.

Pinochet: - Tú sabes que este gallo³⁴ es chueco³⁵. Es al revés la cosa. Si él quiere, va al Ministerio de Defensa a entregarse a los tres comandantes en Jefe.

Carvajal: - Yo hablé personalmente con él. Le intimé la rendición a nombre de los comandantes en Jefe y contestó con una serie de garabatos, no más.

Pinochet: - Quiere decir que a las 11 se van para arriba y van a ver qué va a pasar³⁶.

Carvajal: - Evacuando La Moneda es más fácil asaltarla.

Pinochet: - Una vez bombardeada la asaltamos con el Buin y con la Escuela de Infantería. Hay que decirle a Brady.

Carvajal: - Vamos a esperar que evacuen los edecanes y los carabineros.

Pinochet: - Conforme.

Los edecanes abandonaron el Palacio por la puerta de Morandé 80 y caminaron pausadamente hacia el Ministerio de Defensa. Allí fueron conducidos a la oficina desde la que el vicealmirante Carvajal y otros generales coordinaban las acciones del golpe en el mismo "frente" de batalla.

— ¿Cuál es la situación? —les preguntaron.

Los edecanes coincidieron en la conclusión final:

— Allende no se rendirá.

Poco después sonó la campanilla del anexo 204 en La Moneda —número del aparato del despacho presidencial—. Era una llamada desde el Ministerio de Defensa. Allende reconoció la voz del comandante Sánchez: le reiteraba el ofrecimiento —a nombre del general Van Schouwen— de respeto a su integridad física y un avión para él, su familia y un grupo de colaboradores que designara con objeto de llevarlos a cualquier país latinoamericano de su preferencia, excepto los limítrofes, si aceptaba la rendición. Allende le respondió en tono airado, rechazándola:

— Dígale al general Van Schowen que aprenda a portarse como soldado, que yo sabré cumplir como Presidente y no arrancaré en avión hacia ninguna parte³⁷.

Las radios difundieron entonces el Bando N° 2:

"El Palacio de La Moneda deberá ser evacuado antes de las 11:00 ho-

ras. De lo contrario será atacado por la Fuerza Aérea de Chile. Los trabajadores deberán permanecer en sus sitios de trabajo, quedándoles terminantemente prohibido abandonarlos. En caso de que así lo hicieren, serán atacados por fuerzas de tierra y de aire. Se reitera lo expresado en el Bando N°1, en el sentido de que cualquier acto de sabotaje será sancionado en la forma más drástica en el lugar mismo de los hechos”.

El texto intentaba cubrir varias preocupaciones de la Junta: obligar a Allende a salir de La Moneda; anclar a los obreros en sus lugares de trabajo para impedir que el tan temido “poder popular” rebasara hacia el centro de Santiago y, en cambio, se mantuviera concentrado en los cordones donde después podría neutralizarse con facilidad.

*

El Fiat se detuvo en uno de los estacionamientos del garage de la Intendencia frente al N° 80 de Morandé. Eran las 08:45 horas cuando Miria Contreras Bell, La Payita, descendió y corrió hacia el Palacio de la Moneda.

Otra persona, en cambio, se quedó rezagada: era su hijo, el joven Enrique Ropert Contreras, de 20 años, estudiante de economía.

En ese momento, otros dos vehículos llegaban también al estacionamiento: un automóvil y una camioneta en los que viajaban doce hombres. Entre ellos, uno conocido: Domingo Bartolomé Blanco, jefe de la guardia personal de Allende.

Blanco —la persona a la que aquellos que asesinaron al capitán de navío Arturo Araya Peters trataron de incriminar en julio de 1973— no había bajado con Allende desde Tomás Moro, quedándose en la residencia presidencial para planificar la defensa del inmueble.

Cuando el joven Ropert se aprestaba a salir del estacionamiento, una voz que lo conminaba a identificarse lo detuvo. Eran carabineros. Casi simultáneamente, Ropert pudo escuchar el alto que otro grupo de policías le daba a Blanco y sus hombres. Tanto Ropert como los doce GAP y Blanco fueron, entonces, detenidos y conducidos a los sótanos del vecino edificio de la Intendencia, ocupado ya por los militares que preparaban el asalto a La Moneda.

Desde allí asistirían impotentes al desarrollo de los acontecimientos³⁸.

*

Desde hace rato, las informaciones son confusas a lo largo de la avenida Vicuña Mackenna, aunque permanece una extraña seguridad de refugio. De pronto, entre sonos de marcha y voces de mandos militares, los aparatos de radio, en torno a los que en ningún momento ha dejado de estar atento algún oído, captan la transmisión de una emisora socialista, instalada —se piensa— sobre una camioneta para hacerla inubicable. Se reconoce fácilmente la voz del locutor, porque en los últimos tres años ha aparecido decenas de veces en diferentes tribunas públicas: es el senador socialista Erick Schnake, cuyo padre fundara, en 1933, junto al coronel Marmaduke Grove y al joven Salvador Allende, el Partido Socialista de Chile³⁹.

Afuera, por la calzada de Vicuña Mackenna, hay continuos viajes de algunos camiones y otros vehículos militares cargados con tropas vestidas de guerra. Cada hombre lleva, bajo la gruesa camisa verdeoliva del uniforme, un cuello de cisne blanco. Algunos trasladan soldados cuyo cuello de cisne es naranja. En las fábricas del cordón se hacen conjeturas respecto de la diferencia de colores y se deduce un pensamiento sin base ninguna, pero que se nutre de los deseos y de las esperanzas de los miles de trabajadores que ocupan las fábricas: los de cuello blanco deben ser las tropas leales de algunos regimientos, y los de cuello naranja, las traidoras.

Mientras tanto, quienes han asumido labores específicas apuran su tiempo haciendo inventario de las máquinas útiles a una infraestructura de apoyo logístico para el caso de que las fuerzas constitucionalistas se puedan sostener en, al menos, parte de la ciudad.

Pero cerca de las 10:00 horas se escucha el Bando N° 2; las informaciones son, en realidad, especulaciones, y cada vez más inauditas. La lucha —se dice— se ha decidido en favor de las fuerzas leales dentro de uno de los regimientos decisivos de la región de Santiago, el Buin, y para entonces tropas constitucionalistas marchan sobre el Barrio Cívico y libran fieros combates contra las fuerzas del golpe. Rumores de resistencia en ciertas industrias de la zona alientan no sólo la esperanza, sino

incluso el fervor... aunque si llega el momento de la lucha, no haya con qué hacerla.

*

Después de cortarle el teléfono al comandante Sánchez, Allende salió de su despacho a inspeccionar los preparativos para la defensa de La Moneda. Se desplazó de un lugar a otro por los pasillos del edificio, metralleta en mano y casco puesto. Pidió que se revisaran los lugares más seguros para proteger a los combatientes de los bombardeos aéreos, cuya cuenta regresiva ya se había iniciado. Preguntó por la cantidad de alimento y agua almacenada. Impartió órdenes para que el equipo médico —formado, entre otros, por los doctores Arroyo, Gijón y Bartulín y algunas enfermeras— tuviese dispuesto el pabellón quirúrgico para atender a los heridos. Pidió que se quemara la documentación que pudiese comprometer a terceros. Allende gesticulaba, se movía y gritaba las órdenes. Designó a alguien para que reuniera a las once mujeres que se encontraban en ese momento en el Palacio de Gobierno y las llevara a un lugar seguro, mientras se las convencía de que debían abandonar el edificio.

Pasadas las 09:50 horas, los defensores de La Moneda vieron asomar los primeros tanques. Pronto, los tanques del Blindado N° 2 —que obedecían ahora al general Palacios, encargado por la Junta del ataque y captura del edificio— ocuparon la explanada de la Plaza de la Constitución. El equilibrio entre las fuerzas era manifiestamente desfavorable para Allende: un poco más de un centenar de hombres, la mayoría de ellos con armas ligeras, menos de media docena de ametralladoras pesadas punto 30 y tres lanzacohetes con obuses de 105 milímetros⁴⁰, contra los Sherman del Blindado, los batallones de la Escuela de Infantería —guarecidos en calle Agustinas, junto al Hotel Carrera—, la Escuela de Suboficiales —que se diseminaba por el flanco este del Palacio de Gobierno— y el regimiento de Artillería N° 1, Tacna —que se había desplegado ocupando el sector sur, tras las excavaciones del Metro en construcción—. Mientras, los helicópteros de la FACH y del Ejército copaban sin resistencia los cielos de Santiago. Fuera de La Moneda, algunos combatientes leales a Allende se apostaron en las azoteas de los edificios circundantes.

Desde el sector sur llegó la detonación del primer balazo y rápidamente los tiros se multiplicaron hasta crear una jauría ensordecedora.

*

Después de un recorrido por Puente Alto, el padre Cristián volvió sobre sus pasos a la parroquia de María Magdalena y esperó. Estaba confundido. La radio de su despacho se hallaba encendida: marchas militares y bandos. Pasadas las 10:00 recorrió la banda del aparato buscando una sintonía distinta en el dial. La cadena de radios impuesta por la Junta, y a la que las emisoras de oposición se habían sumado desde los primeros momentos del golpe, hacía inútil la búsqueda. Sin embargo, el padre Cristián corrió la aguja. De pronto reconoció una voz diferente, y se detuvo:

— ...Esta será la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las antenas de las radios Corporación y Portales. Mis palabras no tienen amargura, sino decepción. Que sean ellas el castigo moral para quienes han traicionado su juramento: soldados de Chile, comandantes en Jefe titulares, el almirante Merino, que se ha autodesignado Comandante de la Armada, más el señor Mendoza, general rastrero que sólo ayer manifestara su fidelidad y lealtad al gobierno y que también se ha autodenominado Director General de Carabineros. Ante estos hechos sólo me cabe decir a los trabajadores: ¡No voy a renunciar! Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que hemos entregado a la conciencia digna de miles y miles de chilenos, no podrá ser segada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallar, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos. Trabajadores de mi patria, tengo que agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra en que respetaría la Constitución y la Ley, y así lo hizo. En este momento definitivo, el último en que yo pueda dirigirme a ustedes, quiero que aprovechen la lección: el capital foráneo y el imperialismo unido a la reacción, crearon el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, la que les enseñara Schneider y reafirmara el comandante Araya,

víctimas del mismo sector social que hoy estará en sus casas esperando, con mano ajena, reconquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y privilegios. Me dirijo, sobre todo, a la modesta mujer de nuestra tierra, a la campesina que creyó en nosotros, a la obrera que quiso trabajar más, a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños. Me dirijo a los profesionales de la Patria, a los que siguieron trabajando contra la sedición auspiciada por los colegios profesionales, colegios clasistas que defendieron también las ventajas de una sociedad capitalista de unos pocos. Me dirijo a la juventud, a aquellos que cantaron y entregaron su alegría y su espíritu de lucha. Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos; porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente: en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando las líneas férreas, destruyendo los oleoductos y los gaseoductos, frente al silencio de quienes tenían la obligación de proceder. Estaban comprometidos. La historia los juzgará. Seguramente Radio Magallanes también será acallada y el metal tranquilo de mi voz ya no llegará a ustedes. No importa. Lo seguirán oyendo. Siempre estaré junto a ustedes. Por lo menos quedará mi recuerdo: el de un hombre digno, que fue leal a la Patria. El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse. Trabajadores de mi Patria: tengo fe en Chile y en su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo en que la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores! Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano; tengo la certeza de que, por lo menos, será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición”.

*

La balacera se prolongó durante unos 40 minutos. Al costo de algunos heridos, las tropas y los tanques del general Palacios fueron acallando paulatinamente, en ese lapso, los focos de combatientes agazapados en las

azoteas con la ayuda de un helicóptero que describía círculos sobre el Barrio Cívico. Era un aparato Puma, que el general Arellano Stark había pedido a la aviación del Ejército cuando vio, desde su oficina en el Ministerio de Defensa, “que los mayores focos [de combatientes] estaban en los edificios de Entel, Banco del Estado, diario *Clarín*, en el edificio España y el que estaba frente al Teatro Continental... Voló muy rápido y fulminante por sobre los techos, y en un solo recorrido eliminó a muchos francotiradores”⁴¹.

Alrededor de las 10:40 horas se produjo una especie de cese del fuego. Aprovechando la tregua, el teniente a cargo de la Guardia de Palacio instruyó a uno de sus carabineros para que recorriera las dependencias del edificio, difundiendo la orden perentoria del general Mendoza:

— ¡Salgan de La Moneda!

El comportamiento de Carabineros preocupaba a los conductores del golpe. Así lo registra la grabación de los diálogos entre el Puesto 1, de Pinochet, y el Puesto 5, de Carvajal:

Pinochet: - Patricio, te pregunto: ¿Mendoza asumió el mando de Carabineros o todavía no?

Carvajal: - Mendoza asumió, pero no sé si está en la Dirección General de Carabineros.

Pinochet: - ¿Está trabajando o no? Dime otra cosa, Patricio, el señor Yovanne, ¿está también trabajando?⁴²

Carvajal: - Sí, está trabajando. El está mandando a los carabineros que rodean La Moneda. Estamos en contacto con él.

Pinochet: - O sea, Carabineros se está portando en forma leal.

Carvajal: - Los carabineros que rodean son leales.

Pinochet: - ¿A nosotros?

Carvajal: - Algunos se retiraron, pero todavía no sabemos a dónde y si acaso se han entregado a Mendoza o si acaso huyeron no más.

Pinochet: - O sea, ¿está sola La Moneda? ¿No hay carabineros que todavía quedan adentro?

Carvajal: - Voy a verificar qué fuerzas hay, tanto de Carabineros como de las Fuerzas Armadas alrededor de La Moneda y te informo.

Pinochet: - Correcto. Cuando se efectúe el bombardeo no puede haber nadie.

Carvajal: - Correcto. Yo voy a dar el visto bueno entonces, antes que se efectúe el bombardeo.

Pinochet: - Yo tengo la impresión de que el señor de civil se arrancó en las tanquetas. Y Mendoza, ¿no tienen contacto con él?⁴³

Carvajal: - No, pero en las tanquetas no huyó. Las tanquetas se habían ido antes y yo posteriormente, en persona, hablé por teléfono con él.

Pinochet: - Conforme, conforme. Entonces hay que impedir la salida; si sale, hay que tomarlo preso.

Carvajal: - Y también hablé posteriormente con el edecán naval, quien me informó que Allende está en La Moneda.

Pinochet: - Entonces hay que estar listos para actuar sobre él. Más vale matar la perra y se acaba la leva.

Carvajal: - Exacto. Lo único que estamos esperando es que salgan los edecanes y los carabineros.

Los carabineros se fueron desgajando de su compromiso de defender la institución representada en el Palacio de La Moneda, saliendo a la calle con los brazos en alto y agitando pañuelos blancos. La única exigencia que Allende había hecho a este contingente fue que dejaran sus armas. Y lo hicieron⁴⁴.

El diálogo entre Pinochet y Carvajal se reanudó. Pinochet pregunta si Allende "ha reaccionado".

Carvajal: - No, no ha reaccionado hasta el momento. Acabo de hablar con el edecán naval, que viene llegando de allá. Me dice que han defendido La Moneda 40 a 50 carabineros, que se están retirando, y 50 hombres del GAP (...). Me dice el general Mendoza que él está esperando que se retiren antes de seguir bombardeando. El edecán naval me dice que el Presidente anda con un fusil ametralladora, que tenía 30 tiros y que el último tiro se lo va a disparar en la cabeza. Ese es el ánimo en que estaba hace algunos minutos atrás.

Pinochet: - Esos son (ruidos), no más. Este huevón⁴⁵ no se dispara ni

en las... (parece decir "bastillas del morro").

Carvajal: - El general Mendoza está en contacto con nosotros y está en contacto con el general Brady, así que toda la cosa está bien coordinada.

Pinochet: - Yo, diez para las once voy a dar la orden de bombardeo. En consecuencia, a esa hora, más o menos, la actividad tiene que replegarse a dos cuadras de La Moneda... A las once en punto tiene que empezar el bombardeo. O sea, hay que meterse prácticamente en zanjones o donde sea, porque se puede pasar la aviación y tocarle a las tropas nuestras.

Carvajal: - Exacto. Yo creo conveniente decirle a Leigh que en ningún caso inicie el bombardeo sin esperar saber cómo está la situación acá.

Pinochet: - Las tropas nuestras pueden ponerse un pañuelo blanco arriba para mostrar que es la línea más adelantada (...), para que los aviadores los vean.

Carvajal: - Le voy a comunicar eso al general Brady.

Poco después, el contacto se reanuda. Pinochet pregunta:

¿Están llegando los tanques? ¿Llegó la Escuela de Infantería?

Carvajal: - La Escuela de Suboficiales, con el comandante Canessa, y la artillería del Tacna y los blindados. Los carabineros se retiraron de La Moneda, los vimos salir de La Moneda.

Pinochet: - ¿Mendoza controla a los Carabineros?

Carvajal: - Correcto, Mendoza controla a los Carabineros. Me dijo que la Dirección General de Carabineros, el edificio, lo tienen neutralizado; no han disparado, nada, desde el edificio.

Pinochet: - Conforme. Otra cosa, Patricio. A las once en punto de la mañana hay que atacar La Moneda, porque ese gallo no se va a entregar.

Carvajal: - Se está atacando ya. Se está rodeando y atacando con bastante ímpetu. Así que yo creo que pronto van a poder tomarla.

Carvajal insiste ante Pinochet en la posibilidad de que los comandantes en Jefe concurren a La Moneda accediendo a un planteamiento que Allende había hecho en ese sentido:

Pinochet: - No, que él concurra al Ministerio de Defensa.

Carvajal: - Que concurra al Ministerio de Defensa.

Pinochet: - ¿El va a concurrir?

Carvajal: - No, se negó...

Pinochet: - La idea de él es llevarnos para allá y meternos en un sótano...

Así, que no, por ningún motivo (ruidos). Que vaya al Ministerio de Defensa. Allá llegamos todos. Por ahora, ataque a La Moneda. Fuerte.

Carvajal: - Sí, se está haciendo.

Instantes después, el general Pinochet le dice a Carvajal que transmita "por última vez" a Allende la posibilidad de rendición. Luego, se acordó de Carlos Altamirano:

Pinochet: - Patricio, aquí te habla Augusto. Dime, el señor Altamirano y el señor este otro, Enríquez, el señor Palestro y todos estos gallos, ¿dónde están metidos? ¿Los han encontrado o están fondeados?

Carvajal: - No tengo informaciones de dónde se encuentran.

Pinochet: - Es conveniente darle la misión al servicio de inteligencia de las tres instituciones para que los ubiquen y los tomen presos. Estos gallos deben estar fondeados, son verdaderas culebras.

Carvajal: - Conforme, conforme... El comandante Badiola está en contacto con La Moneda. Le va a transmitir este último ofrecimiento de rendición. Me acaban de informar que habría intención de parlamentar.

Pinochet: - (Ruidos) ...Tiene que ir al ministerio él con una pequeña cantidad de gente...

Carvajal: - Ellos están ofreciendo parlamentar.

Pinochet: - Rendición incondicional, nada de parlamentar. Rendición incondicional.

Carvajal: - Muy bien, conforme. Rendición incondicional en que [se] lo toma preso, ofreciéndole nada más que respetar la vida, digamos.

Pinochet: - La vida y su integridad física, y, enseguida, se le va a despachar a otra parte.

Carvajal: - Conforme, o sea que se mantiene el ofrecimiento de sacarlo del país.

Pinochet: - Se mantiene el ofrecimiento de sacarlo del país... Y el avión se cae, viejo, cuando vaya volando.

(Risas)

Carvajal: - Conforme, conforme. Vamos a proponer que prospere el parlamento éste.

Faltaban unos veinte minutos para el inicio del bombardeo aéreo, cuando Allende se reunió con sus colaboradores en el salón Toesca:

— Voy a defender con mi vida la autoridad presidencial -les dijo-. Les agradezco la colaboración que durante estos tres años ustedes me han prestado, pero es inútil que nos quedemos aquí todos⁴⁶.

Mientras tanto, desde el Puesto 2, se difunde la voz de "Golf":

Golf: - ...Estado de Sitio, solicito Estado de Sitio y toque de queda a las 18:00 horas local. Firmado Golf al Comjef.

Cuando los enlaces transmitieron el mensaje a sus destinatarios identificaron a Golf como el general Gustavo Leigh. Comjef era el Comandante en Jefe del Ejército, Augusto Pinochet. Luego de recibido el mensaje de Leigh, Pinochet y Carvajal volvieron a comunicarse:

Pinochet: - Patricio (ruidos) muy conforme con toque de queda, conforme con el Estado de Sitio, pero hay que agregar algo. Se va aplicar la Ley Marcial a toda persona que se le sorprenda con armas o explosivos, va a ser fusilado de inmediato. Sin esperar juicio...

Carvajal: - Conforme. Ley Marcial, Estado de Sitio. Toque de queda. Y a todo el que se le sorprenda con armas o explosivos será ejecutado de inmediato.

En La Moneda, Allende habla:

— ...Quiero que los hombres que están armados retomen un puesto de combate y que los que no tienen armas me ayuden a convencer a las compañeras de que deben abandonar el edificio. No debe haber sacrificios inútiles. Lo importante será la reorganización de los trabajadores. Así es que aquellos que no tienen armas, váyanse también.

Entonces salió del salón.

Beatriz Allende narraría brevemente la defensa de La Moneda, poco tiempo después, durante un acto de solidaridad con Chile realizado en La Habana, Cuba:

— ...Allí fue la última vez que vi a uno de sus amigos y colaboradores más cercanos, el amigo de la revolución cubana, el compañero periodista Augusto Olivares, quien iba arma en mano a ocupar su posición de fuego...

Hubo muchos, entre los presentes en ese salón Toesca, que jamás se volverían a ver. La propia Beatriz Allende se suicidó en La Habana, en octubre de 1977, arrasada por la depresión y la tristeza en su exilio.

*

En tanto, el diálogo entre Pinochet y Carvajal continuaba:

Carvajal: - Los carabineros están desocupando Tomás Moro y entonces se va a atacar. Se está pidiendo a la Fuerza Aérea que bombardee.

Pinochet: - Me explico a ver si entendí bien: Carabineros va a evacuar Tomás Moro y la Fuerza Aérea lo va a bombardear.

Carvajal: - Correcto.

Pinochet: - ¿A qué hora?

Carvajal: - En cuanto sea posible. Se están dando las órdenes.

Pinochet: - El primer objetivo es La Moneda, pues.

Carvajal: - Sí, pero no es conveniente actuar en la Moneda con la Fuerza Aérea, pero sí en Tomás Moro. En La Moneda estamos esperando la venida del general de Carabineros que va a venir a parlamentar acá.

Pinochet: - Conforme.

Carvajal: - Lo estoy esperando con el comandante Badiola y su hombre de enlace, que está al teléfono.

Pinochet: - Ten cuidado con el señor Presidente, que es muy re chueco: no dice nunca la verdad, así es que hay que tener mucho cuidado con él.

El general de Carabineros que iba a ir a parlamentar era Sepúlveda Galindo, director de la policía uniformada contra quien Mendoza se acababa de alzar, pasando sobre varios lugares superiores al suyo en la jerarquía. Desde el Puesto 2, donde se encuentra el general Leigh, se in-

tenta un contacto con el Puesto 1, pero el intento se frustra. Leigh, entonces, consigue contactarse con el general Nicanor Díaz Estrada, también de la FACH, quien se encuentra en el Puesto 5 del Ministerio de Defensa. Díaz informa a su Comandante en Jefe de lo que está sucediendo:

Díaz: - Mi general, se trata de aguantar un poco el ataque a La Moneda, porque se habló con el señor Tohá y van a mandar un parlamentario, porque hay que esperarse un poquitito y yo lo llamo por este mismo medio una vez que tengamos clara la situación.

Leigh: - Esta es una maniobra dilatoria. (Ruidos). Deben salir las mujeres y algunos hombres que quieran abandonar La Moneda. Y si no, el entendido es el general Sepúlveda, de Carabineros. Si no hay entendimiento con él, procederíamos al ataque de inmediato. No más de diez minutos.

El Puesto 5 del Ministerio de Defensa se comunica, entonces, con Pinochet para informar del diálogo con el general Leigh.

Pinochet: - Están ganado tiempo. No acepten ningún parlamento. Parlamento es diálogo. Rendición incondicional. Si quiere, vienen acompañados de Sepúlveda y se entregan. Si no, vamos a bombardear cuanto antes.

Carvajal: - Conforme. Le estamos dando diez minutos de tiempo para que salgan de La Moneda. Yo estoy en conversaciones con José Tohá. Nos dice que están, además, allá, Almeyda y Briones. Ya se le comunicó que en diez minutos más se va a bombardear La Moneda. Así que tienen que rendirse incondicionalmente y, si no, sufrir las consecuencias.

Pinochet: - Todos los que me acaba de nombrar, todos arriba del avión y se van de inmediato. A las 12 están volando para otra parte.

Carvajal: - Conforme, así lo voy a transmitir.

Pinochet: - No podemos aparecer con debilidad de carácter aceptando un plazo de parlamento con esta gente, porque no podemos nosotros aceptar plazos ni parlamentos que significan diálogos, significan debilidad. Todo ese montón de jetones que hay ahí, al señor Tohá, al señor Almeyda, todos estos mugrientos que estaban por arruinar el país, deben pescarlos presos y el avión que tienes dispuesto tú, ¡arriba!, y sin ropa, con lo que tienen, para afuera.

Carvajal: - Me han dicho que espere un momento para convencer al Presidente.

Pinochet: - Negativo.

*

Algunas de las personas que no poseían armas bajaron a refugiarse en un pequeño sótano. En el grupo se encontraban Isabel y Beatriz Allende, los periodistas René Largo farías y Frida Modak y otros colaboradores hasta un número no mayor de diez. Entre ellos, Miria Contreras, La Payita.

Dos pisos más arriba, en el despacho presidencial, Allende mantenía una reunión a puertas cerradas con sus ministros Carlos Briones, Clodomiro Almeyda y Fernando Flores, y con José Tohá. Intentaban persuadirlo de la inutilidad de la resistencia en esas condiciones. Pero el Presidente mantuvo su decisión.

Pasadas las 10:50 horas, Allende se comunicó con el Ministerio de Defensa. Alguien se puso al teléfono en la oficina de coordinación del golpe.

— Pido diez minutos para que salgan las mujeres —dijo Allende y reiteró su negativa a rendirse—. Quiero que venga un vehículo con un oficial para protegerlas.

Las comunicaciones se reprodujeron entre los generales para decidir sobre la petición que procedía de La Moneda. Faltando tres minutos para el inicio del bombardeo aéreo, a las 11:00 horas, Leigh recibió una llamada desde el Puesto 5:

Puesto 5: - Mi general, en estos momentos sale del ministerio un jeep a La Moneda a retirar seis mujeres (...). Tres minutos para comenzar el ataque.

Leigh: - Déjense, déjense de labores dilatorias y de mujeres y de jeep. Yo voy a atacar de inmediato. Cambio y terminado.

Puesto 5: - Sí, mi general.

Allende, entonces, salió de su despacho y bajó en compañía de un puñado de colaboradores, entre ellos Jaime Barrios. El grupo refugiado en el pequeño sótano se sorprendió al ver aparecer, de pronto, la figura del

Presidente, tocada de casco militar, portando un fusil-ametralladora y con un gesto exasperado. Allende había perdido su serenidad y daba órdenes terminantemente inapelables: las mujeres debían abandonar La Moneda.

A través del Puesto 3, Leigh informa a Pinochet que atacará de inmediato La Moneda y Tomás Moro "con cuatro aviones de combate". Después de una pausa, se escucha la voz de Pinochet: "Que esperen un momento los aviones de La Moneda, porque van a salir las mujeres".

Allende condujo al grupo del sótano hasta la puerta de acceso ubicada en el 80 de calle Morandé. Ningún soldado las esperaba, ningún jeep se veía por los alrededores. La zona circundante al Palacio estaba desalojada: todo estaba listo para el bombardeo.

Entonces, el general Díaz Estrada, desde el Puesto 5, le comunica a Pinochet que las mujeres han salido y que "La Moneda está libre para atacar".

Pero el ataque se pospondrá.

A través del Puesto 3, Leigh se lo informa a Pinochet:

Leigh: - Ataque a La Moneda y Tomás Moro tiene un pequeño retraso y en quince minutos más se hace efectivo.

Pinochet indaga acerca de cuáles son los motivos del retraso. Se escucha la voz de Leigh dirigiéndose al enlace:

Leigh: - Comuníqueme a mi general Pinochet que los aviones vienen de Concepción y tuvieron problemas de carga de combustible.

Sin embargo, surge otro contratiempo y el bombardeo aéreo vuelve a posponerse. Pinochet le informa a Leigh que se está haciendo fuego desde el Ministerio de Obras Públicas y desde el Banco del Estado contra las unidades del Ejército que rodean La Moneda.

El Puesto 3 se comunica con Leigh:

Puesto 3: - Mi general Pinochet va a enviar fuerzas de paracaidistas y fuerzas especiales, pero sería indispensable que usted pudiera mandar aviones para que hagan fuego de ametralladoras sobre los edificios.

Leigh responde que lo hará "en cuanto le sea posible".

Poco después, los Hawker Hunter comenzaron a pasar por los cielos.

Aparecían desde el norte, dejando una estela de estampidos hasta apuntar hacia ese palacio de Toesca, la casa de los Presidentes de Chile.

*

El teléfono sonó en casa de Moy de Tohá. Era Hortensia Bussi, una vez más:

— ¿Moy? ...Por ningún motivo vengas. Han empezado a pasar los aviones. Esto es un tiroteo de locos. Quédate donde estás y yo me quedaré aquí...

— Véngase usted para acá -dijo Moy de Tohá.

Pero Hortensia Bussi no podría acudir.

— A medida que avanzaban los bandos, me di cuenta que las cosas eran bastante más difíciles y que Salvador no contaba con el apoyo ni de los carabineros ni de una parte del Ejército, como al principio él lo veía con cierto optimismo. Prácticamente yo estaba sola en Tomás Moro y pensaba quedarme ahí. Se oían pasar ya los aviones y helicópteros haciendo vuelos de reconocimiento. Había empezado un tiroteo inmenso. Ignoraba que había llegado gente de poblaciones cercanas a pedir armas para defenderse. Algunos hombres estaban disparando al jardín haciendo puntería, así es que había un gran destrozo de vidrios y el aullido de los perros regalones de Salvador. Era un pandemonio y yo ahí, sola. Volví a llamar a Moy... Creo que fue la última persona con la que hablé por teléfono, porque después las líneas se cortaron ⁴⁷.

Mientras se combatía en Tomás Moro, el chofer de La Moneda, Carlos Tello, llegó donde Hortensia Bussi:

— Señora —le dijo—, ¿qué vamos a hacer?

— Nada. Quedarnos aquí. No voy a salir de esta casa.

— Eso es un disparate, esto lo van a bombardear. ¿Qué seguridad hay con estos tiroteos? Salgamos de aquí.

— Pero, ¿cómo salimos?

— Voy a tratar de acercar el auto lo más posible a la puerta de la cocina.

Tello lo hizo así. Hortensia Bussi corrió al auto y al momento de subir se le acercaron dos personas. Una le aseguró que era médico de Tomás Moro y que lo habían dejado encargado por si se producían

heridos; la otra era el detective José Fuentes Ubilla.

Hortensia Bussi escapaba con lo puesto. Sólo había atinado a ponerse una peluca y anteojos.

Entonces, el chofer le dijo:

— ¿Adónde vamos?

Hortensia Bussi no se había hecho la pregunta. Tello le sugirió algunas embajadas.

— No -le dije yo-, no voy a ir a ninguna embajada, porque a ninguna embajada de país amigo le voy a crear problemas. El insistía mucho. Mientras tanto, el auto seguía. Debe haber sido el único auto que iba hacia el centro... Una sola vez nos detuvieron, pero ni siquiera nos pidieron abrir el portamaletas. Además no llevábamos absolutamente nada. Me acordé que Felipe Herrera vivía en el mismo barrio, así es que le dije a Carlos: Vamos a la casa de Felipe Herrera. Y me dijo: No lo conozco. Entonces lo empecé a guiar. Ibamos con la radio prendida y estaban dando la orden de que para identificarse aquellas personas que estuvieran a favor del golpe debían izar una bandera chilena. Llegamos a la casa de Felipe Herrera justo en el momento en que una vecina estaba colocando una bandera en el balcón de su casa. Entonces le dije al chofer: “Espérese un rato”, y nos quedamos los cuatro ahí, mudos, en el coche, hasta que le dije a Carlos: “Baje usted solo; no entre todavía el auto, avance por el jardín, toque la puerta y pregúntele a la señora de Felipe Herrera si me puede recibir”. Por supuesto que contestó afirmativamente. Entonces abrieron las puertas del jardín y entramos con el auto. Felipe Herrera se encontraba enfermo. Hacía poco había tenido una hemiplejia y para septiembre de 1973 se encontraba bastante inválido. Me esperaba con su mujer en la puerta de la casa y me dio unas palabras de bienvenida, a pesar de que la situación era bastante trágica. Yo le dije: “Felipe, tienes que pensar que no vengo sola; somos cuatro. Si me aceptas a mí tienes que aceptar también al chofer, al médico y al detective. Se está pidiendo que todo el mundo esté en su casa y el auto no puede seguir avanzando hacia el centro. ¿Qué va a ser de ellos?”. Me dijo: “No es ningún problema. Aquí nos acomodaremos todos de alguna manera.”. Yo quedé completamente aislada. No vi a Felipe hacer ninguna llamada telefónica y después él se recogió a sus habi-

taciones. Por una de sus nueras que acababa de llegar a la casa, supe que cerca de La Moneda todo era un infierno.

*

Tomás recorrió los puestos de combate y repartió la orden:

— Cuando escuchen el ruido de los aviones refúgiense en un lugar seguro.

Los GAP —Tomás entre ellos— identificaron esos lugares y esperaron.

Varias veces durante la mañana, José Tohá había hablado con el vicealmirante Carvajal a petición del propio Allende, ya que hasta ese momento ambos mantenían relaciones de amistad. Tan buena era hasta entonces dicha relación, que cuando el vicealmirante tuvo un hijo —a mediados de 1973— ofreció un ágape a sus amigos. Invitado especial fue José Tohá, a quien conoció como ministro de Defensa, siendo él jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional, con residencia en Santiago. La fiesta fue copiosa, porque era insólito en el cuerpo de almirantes el nacimiento de un hijo tan tardío. Carvajal rebosaba satisfacción. A la hora de los discursos y brindis, alzó su copa y dijo que en homenaje a José Tohá, le había puesto idéntico nombre a su hijo. ¿Sus razones? Las explicó: su profunda admiración por la bonhomía del ministro a quien nadie podía dejar de ver como la encarnación de Don Quijote por su porte espigado, su delgadez quebradiza y una barba que cultivaba cuidadosamente. En aquel brindis, el vicealmirante subrayó el equilibrio y la sensibilidad con que José Tohá había conducido sus contactos con las Fuerzas Armadas desde su cargo de ministro. Allende, por tanto, tuvo motivos de sobra para pensar que Tohá tendría mejor recepción en la oficina donde a un centenar de metros de La Moneda se coordinaban las acciones del golpe.

Cuando, previo al bombardeo, los teléfonos del ala norte del Palacio se cortaron, Tohá y el resto de los ministros cruzaron desde la Presidencia hacia el Ministerio de Relaciones Exteriores, en el frente sur del edificio, para mantener la comunicación telefónica con los generales. Allí los atrapó el estallido de los primeros cohetes lanzados por los Hawker.

Desde su refugio, Ernesto Morit oyó los Hawker, un silbido y luego la

explosión del primer proyectil, que dio justo en el Patio de Invierno. El techo en ese sector se abrió y los vidrios estallaron en polvo. Otras tres descargas siguieron inmediatamente a la anterior y pronto todo estuvo lleno de humos y gases. Los dos cazas giraron en el horizonte haciendo una curva pronunciada que los volvió a enfilar contra el edificio. Menos de un minuto después estaban apuntando de nuevo sus proyectiles hacia el rectángulo de color amarillento que se erigía como un blanco inconfundible y fácil entre los espacios de dos amplias plazas que lo flanquean por el norte y por el sur. Durante veinte minutos, entre las 11: 52 y las 12:12 horas, los Hawker hicieron ocho pasadas y descargaron una veintena de proyectiles, mientras el tiroteo arreciaba desde los edificios circundantes sobre La Moneda. A las 12:15, el edificio colonial era una chatarra humeante.

El teléfono sonó en casa de Moy de Tohá junto con el estrépito mortal de los proyectiles de los Hawker. Era Irma de Almeйда.

— ...¡Están todos muertos! -exclamó. Su voz estaba rota, pero Moy de Tohá la escuchó incrédula.

— No puede ser -le dijo-, porque no hace media hora que hablé con José.

En efecto, José Tohá se había comunicado en repetidas oportunidades con su mujer esa mañana. La última vez, poco antes de que los teléfonos se cortaran en la Presidencia, previo al bombardeo.

— ¡Acaban de bombardear La Moneda y no tengo ninguna duda de que están todos muertos! -dijo la señora Almeйда-. ¡Desde aquí veo las llamas!

Mientras, desde el Puesto 5, en el Ministerio de Defensa, el enlace le informa a Pinochet:

Puesto 5: - Mi general, La Moneda está totalmente rodeada, no hay posibilidad de que salga nadie.

Pinochet: - ¿El Presidente está metido allí? ¿Seguro que está el señor Allende ahí?

Puesto 5: - Creo que el Presidente está en La Moneda o lo que queda de él.

Pinochet: - Conforme.

Casi inmediatamente, el Puesto 2, donde se halla el general Leigh, se comunica con el general Díaz, en el Puesto 5, y le informa: "Misión en Tomás Moro terminada; misión en La Moneda está terminada".

Cuando cortó la comunicación con su amiga Irma, Moy de Tohá estaba inquieta. Entonces volvió a sonar su teléfono. Era su marido. La señora de Tohá respiró.

— ¿Con quién estás? —le dijo.

— Estoy con Almeyda, con Briones y con Jaime. Quiero que les avises a Irma, a la mujer de Briones, a todas ellas, que estamos bien. Por lo menos vivos.

— ¿Y Salvador? ¿Dónde está?

— Está al frente, en la Presidencia, pero supongo que debe estar bien, porque se ve gente.

Tohá tosía y jadeaba por el efecto de los humos y los gases. Desde la ventana del despacho del Ministerio de Relaciones Exteriores, Tohá podía ver movimiento al otro lado del patio.

— ¿Y tu revólver, José?

— Lo tiré —respondió Tohá.

NOTAS

¹ Jaime Gazmuri, ex Secretario General del MAPU-Obrero Campesino, comentó al respecto a los autores de este libro: "Nunca creímos que duráramos hasta el 76; incluso en nuestros informes de ese año 1973 hablábamos del año decisivo, el año en que se resolvía la cuestión del poder. (Pero) también creíamos que sería posible oponer fuerzas militares a ese alzamiento, ya que había fuerzas constitucionalistas... A diez días del 11 de septiembre, suponíamos que iba a haber ya una insurrección militar, no sólo civil, como había ocurrido en octubre del 72; que tendría su epicentro en la Armada y algún apoyo en la FACH y el Ejército, pero que en el Ejército iba a haber fuerzas leales, con peso en Santiago... Teníamos una sala de mapas donde estaba marcada, con banderitas, la presunción de las fuerzas, la disposición de los regimientos".

² Oficina Salitrera: así se llamaba a aquel sector de las explotaciones de salitre donde se localizaban las habitaciones de los trabajadores, las oficinas administrativas y los centros de diversión y el comercio. Con el tiempo muchas de ellas se convirtieron en pueblos permanentes y así han subsistido hasta hoy.

³ Vicealmirante Patricio Carvajal. Tenía 53 años en septiembre de 1973 y era jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional. Ex director de la Escuela Naval y adicto naval en Londres. Fuentes militares en retiro, consultadas por los autores de este libro, señalaron que la Armada había sido la principal promotora del golpe de Estado y que, dentro de ella, Carvajal fue el hombre clave.

⁴ Moy de Tohá, esposa del ex ministro y dirigente socialista José Tohá.

⁵ Pinochet había enviado a su mujer, Lucía Hiriart, y otros miembros de su familia a las dependencias que la Escuela de Montaña del Ejército posee en Portillo, con el objeto de que estuvieran preparados para pasar a Mendoza si el golpe fracasaba.

⁶ La Vanguardia Organizada del Pueblo fue fundada por Ronald Rivera Calderón. Siendo adolescente, Rivera había ingresado en las Juventudes Comunistas, de donde se lo expulsó por sustentar posiciones ultraizquierdistas. Pasó, entonces, al MIR, pero terminó siendo también expulsado por sus posturas extremas. Náufrago de todo grupo político de izquierda, Rivera fundó su propia organización, a la que ingresó su hermano Arturo. La base "ideológica" de los hermanos Rivera Calderón postulaba que la subversión del estado burgués debía realizarse con grupos lumpen (delinquentes), porque era el único sector social no comprometido con el sistema y el orden burgués.

Ronald Rivera Calderón murió en 1971, a los 24 años, baleado por detectives, junto a su hermano Arturo, cuando se los tenía cercados para capturarlos por el asesinato de Edmundo Pérez Zujovic. En opinión del entonces subdirector de la policía de Investigaciones, Carlos Toro (comunista), "el asesinato de Pérez Zujovic, efectuado por Ronald Rivera y la llamada VOP, fue un hecho destinado a alejar a la Democracia Cristiana del gobierno de la Unidad Popular. Tenía como objetivo romper el acuerdo que existía entre estos dos sectores, creando una barrera de sangre entre ellos. Fue un golpe estratégico contra la posibilidad de un acuerdo entre la DC y la UP". (Véase revista *Análisis*, edición del 1 al 7 de junio de 1987).

⁷ Las propias obreras adujeron que la excusa de la FACH era absurda, por cuanto los materiales

altamente combustibles utilizados en la planta nylon hubieran hecho suicida el mantener ocultos explosivos ahí. El mismo Allende animaba la investigación de los hechos.

⁸ Versión de la revista *Ercilla*.

⁹ Aparentemente, la idea de convocar un plebiscito durante la semana del 10 de septiembre la concibió Allende el fin de semana anterior. En efecto, en la tarde del sábado 8, Allende le comentó a Prats que dada la situación existente en la DC, intentaría adelantarse a los designios de dicho partido convocando un plebiscito popular. Prats, op. cit., pág. 509.

¹⁰ Según fuentes próximas a Eduardo Frei consultadas por los autores, para el ex Presidente de la República las declaraciones de Carlos Altamirano constituían la gota que colmaba el vaso. Frei estimaba que ellas agredían directamente a las Fuerzas Armadas, lo que, sin duda, iba a empujarlas a actuar. Sin embargo, tenía temores de que se produjese un autogolpe promovido desde el propio gobierno para intentar hacerse con la situación, hipótesis que compartían los miembros de la dirección de su partido.

Las citas han sido tomadas de la reproducción de las fuentes hecha por la revista *Qué Pasa*.

¹¹ Al quedar descubierta la reunión de Altamirano con los marineros constitucionalistas, la prensa opositora al gobierno de Allende la presentó como un acto de conspiración, por lo que dirigentes derechistas pidieron el desafuero de los parlamentarios de izquierda.

Según fuentes militares en retiro, hasta ese momento la oficialidad joven del Ejército no era proclive a creer en una infiltración de las Fuerzas Armadas, pero las declaraciones de Altamirano en el Estadio Chile "fueron, para muchos oficiales, una declaración de guerra". Esas declaraciones impactaron incluso en miembros de la oficialidad proclives al gobierno y constituyeron, bajo esta apreciación, el detonante del 11 de septiembre de 1973.

¹² En relación a los enfrentamientos en la población La Legua, véase Fernando Rivas Sánchez y Elisabeth Reimann, *Chile: antecedentes para un análisis*, Editorial de Ciencias Sociales, Ministerio de Cultura, La Habana, 1977, págs. 66 a 80.

¹³ Revista *Ercilla*.

¹⁴ Chilenismo por obeso.

¹⁵ En 1985, el PS estaba escindido en al menos cinco grupos independientes entre sí, de los cuales tres son los más significativos: el PS-Briones (llamado así porque lo dirigía el ex ministro del Interior del gobierno de la Unidad Popular, Carlos Briones; desde 1986, al ser reemplazado Briones por Ricardo Núñez, pasó a ser conocido como PS-Núñez); el PS-Mandujano; el PS-Almeyda (que encabezaba Manuel Almeyda en el interior de Chile y su hermano Clodomiro Almeyda en el exterior, hasta 1987, año en que este último ingresó al país y asumió la dirección única de su partido).

¹⁶ Para tener, además de las del PS y del PC, una visión autocrítica del MAPU-OC, véase Jaime Gazmuri, *Aprender las lecciones del pasado para construir el futuro*, Editorial Nueva Democracia, noviembre, 1974.

¹⁷ En su libro *El día decisivo*, Pinochet sostiene que él empezó a preparar la acción del 11 de

septiembre en junio de 1972. Asegura que ya en julio de 1972 envió sendos memorándum a las direcciones de Operaciones y de Inteligencia y les ordenó, en el más absoluto secreto, elaborar un plan a un año plazo.

Sin embargo, fuentes militares en retiro aseguraron a los autores de este libro que dichas afirmaciones de Pinochet carecen de veracidad. Estas fuentes son categóricas al afirmar que la Dirección de Inteligencia (no confundir con el Servicio de Inteligencia Militar, SIM) no elaboró el plan que Pinochet menciona.

¹⁸ S. Arellano, revista *Ercilla*.

¹⁹ Las referencias a la participación de "Ernesto Morit" están tomadas de Jorge Timossi, *Grandes alamedas: El combate del Presidente Allende*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, Cuba, 1974.

Sobre el origen del equipo de seguridad de Allende o GAP, véase Osvaldo Puccio, *Un cuarto de siglo con Allende*, Editorial Emisión, Santiago, 1985; consultarse, además, la revista *Análisis* N° 178, del 8 al 14 de junio de 1987: "La historia secreta del GAP" (reportaje).

²⁰ Pinochet, op. cit., pág. 140.

²¹ Sus nombres eran: Jaime Sotelo, Julio Tapia Martínez, Oscar Enrique Balladares Carocca, Juan José Montiglio, Segundo Ramos González, Enrique Balladares Quiroz, Eduardo Ojeda, Wagner Erick Salinas Muñoz, José Freire Medina, Ricardo Pincheira (médico), Antonio Aguirre Vásquez, Carlos Arnas Nilo, Cesar Vargas Morales, Luis Araya Araya, Alejandro Moraga, Manuel Mercado, Oscar Reinaldo Lagos Ríos, Oscar Ramírez Barría y Jorge Osvaldo Orrego González.

²² Era la casa del general Ervaldo Rodríguez, ex agregado militar del gobierno de Allende en Washington e íntimo amigo de Prats.

²³ Consultando fuentes de la Democracia Cristiana, la revista *Qué Pasa*, de tendencia derechista, afirmó que, previo al 11 de septiembre de 1973, ciertos parlamentarios demócratacristianos conversaron sobre la posibilidad de un pronunciamiento con algunos militares. Los entonces dirigentes de la DC han negado sistemáticamente tal afirmación, pero las fuentes de *Qué Pasa* aseguraron lo contrario: "Esos contactos existieron y su objetivo era dar a conocer a las Fuerzas Armadas que, en caso (de) que tomaran el poder, Frei las apoyaría. Debo reconocer, eso sí, que nunca se conversó con el general Pinochet".

Qué Pasa indagó al respecto con el médico Osvaldo Olguín, vice-presidente de la DC por aquel entonces. Según Olguín, tales afirmaciones son falsas.

(Prats no consigna tal reunión en sus memorias).

Las palabras de Olguín son refutadas por las fuentes anteriores de *Qué Pasa*:

"Será así en el caso del señor Olguín, pero que existieron contactos, existieron. De hecho, yo participé en varios de ellos".

²⁴ Tomado de la reproducción del diario *ABC* hecha por la revista *Qué Pasa*.

²⁵ La versión consta en una fuente documental, pero por ser de carácter privado, los autores se reservan su procedencia.

²⁶ Pinochet, op. cit., pág. 131.

²⁷ Los autores se reservan la identidad de la fuente.

²⁸ Augusto Olivares, periodista, director de Prensa del canal estatal de TV; Joan Garcés, sociólogo español, asesor presidencial; José Tohá, abogado y periodista, ocupó las carteras de Interior y de Defensa, y fue ministro hasta el noveno gabinete de Allende; Jaime Tohá, hermano del anterior, ingeniero forestal, socialista, para el golpe era ministro de Agricultura; Clodomiro Almeyda, abogado, socialista, ministro en todos los gabinetes de Allende y, en el último, nuevamente titular de Relaciones Exteriores; Daniel Vergara, abogado, comunista, miembro de todos los gabinetes como subsecretario del Interior; Carlos Briones, abogado, socialista, ministro del Interior en el octavo y décimo gabinetes de Allende; Fernando Flores, ingeniero, militante del MAPU-OC, ministro secretario general de gobierno y ex ministro de Hacienda; Jaime Barrios, abogado, comunista, gerente general del Banco Central de Chile.

²⁹ En la reconstrucción del Palacio de La Moneda se suprimió el acceso por el número 80 de calle Morandé, convirtiéndoselo en una ventana.

³⁰ Esta afirmación y las siguientes corresponden a declaraciones hechas por el Cardenal Silva Henríquez a los autores.

³¹ Después del golpe de septiembre del 73, el general Baeza pasó a hacerse cargo de la policía de Investigaciones.

³² Edecanes: capitán de navío Grez; teniente-coronel Sergio Badiola; comandante de escuadrilla Roberto Sánchez.

³³ La transcripción de los diálogos fue publicada por los periodistas María Olivia Monckeberg y Fernando Paulsen en revista *Análisis*, edición del 24 al 30 de diciembre de 1985.

³⁴ Chilenismo por "tipo", "sujeto".

³⁵ Chilenismo por "poco confiable", "poco honesto".

³⁶ Pinochet alude al bombardeo de La Moneda que se iba a efectuar en caso de que Allende no se rindiese.

³⁷ En los diálogos con Allende, jamás actuó ninguno de los líderes del golpe.

³⁸ Sobre las detenciones de Enrique Ropert Contreras y de Domingo Blanco y sus hombres, véanse las revistas *Análisis* N°s. 178 y 182, del 8 al 14 de junio y del 6 al 12 de julio de 1987 respectivamente.

³⁹ En los diálogos entre los conductores del golpe se consigna la existencia de esa radio clandestina. Desde el Puesto 5, en el Ministerio de Defensa, se informa, por ejemplo:

- ...Las radios clandestinas haciendo proclamas a los partidarios marxistas.

El Puesto 1, a su vez, indica:

- Mi general Pinochet ordena que esta radio debe ser apagada.

⁴⁰ Según la versión de "Ernesto Morit".

⁴¹ Revista *Ercilla*.

⁴² El general Yovanne, y no el general Mendoza, era el hombre de Carabineros que había estado en la preparación del complot.

⁴³ El "señor civil" es Allende.

⁴⁴ Tras la ocupación de la Moneda por las fuerzas golpistas, las armas del arsenal de la guardia de palacio fueron filmadas y las imágenes exhibidas como prueba del armamento que guardaba Allende para llevar a cabo el Plan-Z.

⁴⁵ Chilenismo despectivo por "tipo", "sujeto".

⁴⁶ Más o menos a la misma hora en que Allende se dirigía a sus colaboradores en el salón Toesca y tomaba la resolución de quedarse en La Moneda, el Comité Político de la Unidad Popular, reunido en algún lugar de Santiago, decidía no ofrecer resistencia y que los trabajadores volvieran a sus casas.

⁴⁷ Algunas versiones mencionan al capitán Miguel Krasnoff Martchenko como miembro de las tropas que atacaron la residencia presidencial de Tomás Moro. Krasnoff Martchenko fue, posteriormente, uno de los hombres más activos de la Dina. Dentro del organigrama de aquel organismo secreto de inteligencia y seguridad, Krasnoff Martchenko se desempeñaba como jefe de la sección Halcón, una de las que integraba la agrupación Caupolicán de la Dina a cargo, en su primera etapa, de la represión contra el MIR.

CAPITULO 6

LA MUERTE DE UN PRESIDENTE

INCORPORANDOSE Y sacudiéndose el polvo que le cayera, Allende preguntó si había algún herido. En el grupo que le acompañaba estaban todos ilesos, aunque el bombardeo había aniquilado a los GAP que se encontraban en algunos lugares de la Presidencia. Lo peor de la veintena de cohetes arrojados por los Hawker no era tanto la explosión en sí misma, sino el incendio y la onda expansiva que tras el estallido avanzaba por los pasillos, reventando cristales y arrancando puertas de cuajo.

Después de cerciorarse de que el grupo de defensores que lo rodeaba había salido ileso, Allende dio orden de derribar la puerta de la sala de armas de Carabineros, ubicada en el ala oeste de La Moneda, y retirar máscaras antigases y las armas necesarias para repeler el asalto final. Ernesto Morit y otros cuatro miembros del GAP cruzaron los patios interiores del edificio hasta aquella puerta cerrada. Intentaron abrirla, pero les fue imposible. La demora atrajo al lugar al propio Allende, quien les reprochó la tardanza. Entonces, la volaron. El Presidente y un GAP —Ramón— pasaron dentro y comenzaron a sacar el armamento: cuatro ametralladoras pesadas calibre 30, algunos fusiles SIG, máscaras antigases, revólveres y cascos. Luego abrió otra puerta y encontraron un segundo depósito:

sacaron más balas, cascos, bombas lacrimógenas y un fusil para dispararlas.

*

Eran pasadas las 12:30 horas cuando el padre Mariano se encontró con Joan Alsina en un punto del sector oeste de Santiago. Alsina llegaba a la cita después de haber concurrido, a las 08:00 horas —como siempre— al hospital San Juan de Dios. Allí se enteró de la noticia del golpe, y empezó a revivir viejos recuerdos que habían circulado en su familia catalana desde los años de la guerra civil española. La situación en el hospital se hizo confusa y tensa: algunos funcionarios se mostraban exultantes por los pasillos y otros simplemente se reclusían anodados en los rincones. Poco a poco, las calles próximas al San Juan de Dios se llenaron de militares.

Tenía prisa, porque —sobre todo— estaba preocupado por sus catorce compañeros de la Oficina de Bienestar. Mientras caminaban a casa de un seminarista conocido de ambos, Alsina informó al padre Mariano que la aprobación en la Iglesia de un documento de condena al grupo de Cristianos por el Socialismo que integraban, había sido postergada al menos durante el período de la Unidad Popular. Hablaron de personas, de qué iba a pasar en adelante con ellas y de cómo ayudarlas. Hablaron de esconderlas.

*

Cerca de las 13:00 horas, el general Palacios recibió una orden escueta: iniciar el ataque.

Tras la primera andanada de los tanques, el tiroteo se generalizó otra vez. El tableteo de metrallas y el pulular de balazos se hicieron estrepitosos. En una de las ventanas abiertas hacia la calle Moneda, un joven de 20 años, con un mechón de pelo rubio sobre la frente y vistiendo un sweater de cuello subido, disparaba una ametralladora punto 30 apoyada sobre el suelo: era Antonio Aguirre Vásquez, miembro del GAP. Aguirre mantuvo su posición hasta que no pudo seguir manipulando el arma: ocho balazos lo dejaron muy mal herido¹.

Las explosiones que pulverizaban los restos del edificio alimentaron los fuegos. Allende ordenó abrir llaves y grifos para que el agua fluyera hasta el primer piso y así amagar el incendio de la planta baja que empezó a propagarse con gran virulencia en el sector del Ministerio del Interior y de las salas de prensa de la Oficina de Información y Radiodifusión de la Presidencia. Mientras Allende y un puñado de combatientes subían hasta el segundo piso, las tropas de la Escuela de Suboficiales, de la Escuela de Infantería y del Regimiento Tacna iban ocupando parapetos por cada uno de los cuatro costados de La Moneda y vaciando los cargadores de sus armas.

Entre balazos y refriegas, el ministro Fernando Flores convenció a Allende para que le permitiera realizar un intento de negociación con el contra-almirante Carvajal. Allende lo autorizó, pero el intento no dio resultados. Entonces el Presidente solicitó a su secretario privado, Osvaldo Puccio, que tratase de conversar con los generales ².

Puccio llamó al general Ernesto Baeza, que en ese momento se estaba desempeñando como secretario general del Ejército, y le pidió, por encargo de Allende, mantener una conversación con él para poner fin al ataque que se estaba llevando a cabo en algunas poblaciones. Le sugirió a Puccio que saliera de La Moneda con una bandera blanca por la puerta de calle Morandé 80 y que caminara hacia el Ministerio de Defensa.

“Terminamos de confeccionar esa ridícula bandera blanca —escribiría Puccio—, cuando alguien gritó que habían herido a Olivares. Corrieron los médicos (...). Cuando salí con la bandera blanca, sentí dos disparos. La tela tenía dos agujeros (...). Volví y llamé por teléfono a Baeza, diciéndole que no podía salir. Contestó que mandaría un vehículo. Allende propuso que me acompañaran [Fernando] Flores y [Daniel] Vergara. Allende me llevó a su comedor. A causa del tiroteo tuvimos que meternos debajo de la mesa para hablar. Tenía su fusil consigo y cuando lo toqué, casi me quemé con el cañón ardiente. Tendidos así, Allende me dio el recado para la Junta. Después me despidió: ‘Osvaldo, vaya tranquilo y sereno. Vaya con absoluta confianza’. Y me acarició la mano, lo que era insólito en él”³.

Allende lo autorizó a intentar esa negociación bajo los requisitos de

salvaguardar todas las conquistas obtenidas por los trabajadores en sus tres años de gobierno y hacer respetar su condición de Presidente constitucional de Chile.

La resistencia de los defensores del edificio, que se hallaban concentrados en su ala este, barría dos cuadras de calle Morandé, desde la Alameda hasta Agustinas por el norte. En una intersección intermedia, y guarecido dentro de la mole de la Intendencia, el general Palacios esperaba el momento oportuno para cruzar Morandé hasta el acceso del número 80, del que lo separaban escasos metros. Llegar a ese puesto de primera línea, arrastrando la espalda por los muros de las edificaciones, le había costado dos muertos y quince heridos entre sus hombres, pero el cruce de una acera a otra para ganar el acceso de Morandé 80 podía aun costarle muchas bajas más. Pidió protección de los tanques y de la infantería, y desde la oficina de coordinación de los generales aprobaron incluso apoyo con bombas lacrimógenas, que carabineros pertrechados de fusiles especiales lanzaron por las ventanas y boquetes de La Moneda. Acosados por el incendio que desde el ala oeste avanzaba velozmente, y ahogados por los humos y gases, la resistencia de los defensores estaba condenada a extinguirse. Uno de los que lo comprendió así fue el periodista Augusto Olivares, quien se hallaba en la primera planta junto a algunos civiles. Retirándose al cuarto de baño ubicado bajo una escalera, Olivares se encerró, puso la pistola firmemente apoyada en su sien, perpendicular a la altura de su frente y disparó.

Por su parte, Puccio se levantó y salió del comedor:

— Al llegar abajo, vi al compañero Carlos Jorquera junto al cadáver de Augusto Olivares. Habían sido amigos por muchos años. Jorquera se mostraba muy afectado. Al enterarse Allende de la muerte de Augusto, bajó. En ese momento llegaba el vehículo militar a buscarnos....

Allende se dirigió al lugar donde yacía el cuerpo de Olivares. El doctor Arroyo lo recuerda cuando se aproximó al cadáver:

— Creo que ese fue el único momento en que el Presidente se vio abatido y quebrado. Quería mucho a Augusto. Lo conoció desde jovencito y Augusto había sido su amigo y colaborador toda la vida. Se inclinó junto a él, estuvo un rato junto a su cuerpo y, luego, haciendo un gran esfuerzo

por controlarse, se levantó para continuar con un ajeteo que se hacía cada vez más febril.

El instante de la salida de Flores, Vergara, Puccio y su hijo Osvaldo Puccio Huidobro, de 18 años, fue tema de los diálogos mantenidos por los coordinadores del golpe:

Carvajal: - De La Moneda me han llamado por teléfono, el ex ministro Flores y el secretario de Allende. Manifestaron su intención de salir por la puerta de Morandé 80 para reunirse y se les ha indicado que deben venir enarbolando un trapo blanco para cortar el fuego. Esto se le ha comunicado al general Brady y al general Arellano. La idea no es parlamentar, sino tomarlos presos inmediatamente.

Pinochet: - Conforme. Patricio, hay que tener el avión listo en Cerrillos. La gente llega y ninguna cosa, lo toman, arriba del avión y parten. Con gran cantidad de escoltas.

Carvajal: - ...La idea sería dejarlos presos, no más, por el momento; después se verá... Pero por el momento la idea es tomarlos presos.

Pinochet: - Bueno, pero si los tenemos les damos tiempo. Creo que hay que consultarlo con Leigh. La opinión mía es que estos caballeros se toman y se mandan por avión a cualquier parte e, incluso, por el camino los van tirando abajo.

Carvajal: - (Risas) ...Bien, lo vamos a consultar con Leigh.

Pinochet: - Lo que conviene es que se vayan, porque si no, vamos a tener problemas después.

Carvajal: - Gustavo, aquí Patricio.

Leigh: - Aquí Gustavo, para Patricio.

Carvajal: - Augusto me dijo que a la gente que estaba procurando rendirse, Flores y el secretario Puccio, secretario de Allende, hay que prepararle un avión para que salgan del país. Me pidió que te consultara a ti. La opinión aquí no es sacarlos del país, sino tomarlos presos y después se decidirá.

Leigh: - Patricio, yo soy de opinión de sacarlos del país. Yo prefiero sacarlos del país cuanto antes a objeto de evitar problemas que puedan derivarse posteriormente. Yo tengo un DC-6 en Cerrillos, grupo 10, a las órdenes de él, siempre que no me salga del continente americano, a lo sumo podría

llegar hasta México. Yo creo que lo mejor es mandarlos cambiar fuera del país, salvo que ustedes estimen lo contrario. Yo me someto a la opinión de la mayoría.

Carvajal: - Augusto es de la misma opinión, de sacarlos del país. Entiendo que esto sería extensivo a la gente que está con él, vale decir, a Flores, a Puccio y a algunos otros que lo pueden acompañar.

Leigh: - Yo soy de opinión de que Puccio, muy bien, y otros ministros, muy bien. Pero el señor Fernando Flores, Vuskovic, Altamirano, todos esos carajos, como Faivovich, esos no suben al avión.

Carvajal: - Conforme. Entonces, los tomaríamos presos y ahí determinaríamos qué hacer.

Después de hablar con Leigh, el Puesto 1 se comunicó con el Puesto 5:

Pinochet: - Aló, Patricio, ¿qué es lo que dijo Leigh?

Carvajal: - Leigh dijo que él concuerda con tu opinión de sacar a Allende, a su secretario y a algunos otros, pero en ningún caso que salgan Flores ni Vuskovic ni Altamirano.

Pinochet: - Yo creo que Flores..., dejémoslo aquí adentro para juzgarlo. Altamirano, para juzgarlo. Vuskovic, también, porque éste es un carajo que cagó al país. El señor (...) y el señor Puccio, ¿vienen con algún mensaje? ¿Se rindió Allende? ¿Cómo es la cosa? Aló, Patricio, ¿se rindió ya?

Carvajal: - El secretario Puccio dice que él va a salir con Flores y otra persona con una carta de Allende; entonces, general, no hay otra, que se rindan incondicionalmente. Se les va a tomar presos entonces.

Pinochet: - Conforme, pero ten cuidado con las famosas cartas del señor Allende, porque este gallo está jugando; juega y sigue muñequando⁴.

Carvajal: - Se le deja preso.

Pinochet: - Está ganando tiempo. Guárdate la carta y tíralo al tiro⁵ al avión.

Carvajal: - Conforme.

Pinochet: - Cuando vaya volando, leemos la carta.

Carvajal: - (Risas) Conforme.

Pinochet: - El señor Allende está ganando tiempo, porque están armando

algunas pobladas y los ha visto el helicóptero. Por esa razón está ganado tiempo.

Carvajal: - Conforme. Mientras tanto, que sigan disparando. Hasta que no salgan con bandera blanca, se les va a seguir disparando.

Pinochet: - Denle... (puede ser "barraca" o "guaraca") hasta el final.

Carvajal: - Conforme. Ya las tropas están por tomarse La Moneda. Así que en todo caso van a ser tomados presos dentro de poco⁶.

Puccio recuerda que los subieron al jeep y los mantuvieron parados durante el trayecto de cuatro o cinco cuadras hasta La Moneda.

"Todos iban mirando hacia arriba, como si hubiera en todos los techos francotiradores. Cuando llegamos al Ministerio de Defensa, hicieron varios disparos desde el edificio de enfrente. Cayó un soldado frente a la puerta. Nos hicieron bajar y levantar las manos. Todavía llevaba conmigo una máscara contra gases. El oficial de marina que nos recibió quiso saber de dónde había sacado esa máscara. Se lo dije. Me la quitó y dijo que la iba a guardar como trofeo de guerra. Al escuchar eso, me sonreí, a pesar de lo trágico de la situación. Me preguntó en forma violenta de qué me reía. 'Los trofeos de guerra no se ganan aquí', le contesté, 'sino allá'. Y le indiqué La Moneda. Como respuesta, me dio un golpe con la culata de su arma. Fuimos allanados cuidadosamente y metidos después en un ascensor. Nos hicieron afirmar las manos contra el fondo y abrir las piernas. En esas condiciones nos llevaron hasta no sé qué piso del Ministerio de Defensa. Ahí nos hicieron salir. Escortados por quince o 20 soldados con ametralladoras, nos condujeron hasta una pieza donde estaban el general Baeza [y] el general Nuño, del Ejército; el general Díaz [Estrada], de la Aviación, y el almirante Carvajal. Pasamos a esta oficina Flores, Vergara y yo. Dejé a Osvaldo afuera. Nos hicieron sentar en unos sillones. Inmediatamente, el almirante Carvajal empezó a increpar al compañero Flores. Que habíamos destruido el país, que lo habíamos llevado al borde el caos y que nos habíamos prostituido mentalmente, que habíamos vendido Chile al comunismo. Que ellos iban a rescatar al país. Pero que nosotros debíamos pagar por eso hasta las últimas consecuencias. Que para nosotros no había excusa alguna: 'Usted es culpable de lo que ha pa-

sado en este país, usted especialmente', dijo Carvajal, indicando a Flores. 'Usted es uno de los grandes culpables'. El general Díaz siguió insultándonos; trató muy mal a Flores. El compañero Vergara estaba muy sereno. Miraba con cara de desprecio. Esto le molestó al general. Así transcurrían los minutos. Nos injuriaban, pero no pasaba nada más. Me dirigí al almirante Carvajal: 'Almirante, hemos venido como parlamentarios a hablar con ustedes, enviados por el Presidente de la República. Ustedes nos fueron a buscar, porque tenían interés en conversar con nosotros. Me parece absurdo que nos hayan injuriado y aún no nos escuchen. Si ustedes no nos quieren escuchar, entonces nos vamos al lugar de donde salimos'. Intervino el general Nuño: 'Está bien, Osvaldo. Perdone y dénos el recado'. Le contesté que ese recado no lo iba a dar yo, sino el señor ministro Flores, que era quien tenía mayor jerarquía entre los tres. El transmitió el recado del Presidente. Luego, los señores se retiraron de la sala, dejándonos solos...".

Con el recado de Allende en poder del Puesto 5, la comunicación entre los coordinadores del golpe volvió a reestablecerse:

Carvajal: - Augusto, aquí están actualmente Flores, con Puccio y con Barnabás Vergara. El secretario del Presidente trae tres condiciones de Allende, que yo le dije que eran inaceptables ya. Pero lo que aquí todos los auditores y todos los asesores han recomendado mucho es que sería conveniente pensar más antes de darle la oportunidad a Allende para que salga del país. Porque, se dice, se teme, de que este hombre se va a pasear por todos los países socialistas desprestigiándonos a nosotros. Así que sería más conveniente dejarlo aquí.

Pinochet: - Ya nos ha desprestigiado una brutalidad este campeón, qué nos va a seguir desprestigiando. Sigue, no más. Son socialistas, en otras partes no los van a recibir...

Carvajal: - (...) Son las peticiones...

Pinochet: - Patricio, ¿me oyes? No se les puede aceptar ninguna cosa. Hay que tirarlo para afuera no más. Es más problemático tenerlo acá adentro.

Carvajal: - Entonces vamos a proceder a detenerlo, con la condición de

que se le respetaría su vida y se les dejaría salir en el avión a él y a su familia.

Pinochet: - Conforme, conforme. Eso es lo que quiero.

Carvajal: - ¿Lo puede acompañar el señor Puccio?

Pinochet: - Conforme. Oye, ¿y los otros dos señores que están ahí? ¿Cuáles son? ¿Barnabás, Flores y otro más?

Carvajal: - Barnabás y Flores están aquí.

Pinochet: - A esos dos, déjalos presos.

Los generales volvieron con la respuesta a Puccio:

“Rendición incondicional. Presidente Allende y su familia salen inmediatamente del país, igual que el ministro Briones y el ministro Letelier y Puccio. La Junta decidirá qué hacer con el resto de la gente’. Pedí una hoja de papel para anotar la comunicación y hacerla firmar por los generales ahí presentes. En vista que iba a volver solo, no quería entregar una información tan importante sin que tuviera firma. Por último, por la tensión hubiera podido olvidarme de alguna parte esencial. Me puse a escribir...”.

Allende ordenó al médico Danilo Bartulín que averiguara algo sobre la suerte de los tres colaboradores que hacía rato una patrulla militar a cargo de un teniente había trasladado hasta el Ministerio de Defensa. Bartulín se comunicó con la oficina de los generales y preguntó por sus tres compañeros:

— ¿Están ahí Flores, Vergara y Puccio?

La voz del secretario del vice-almirante Carvajal, coronel Pedro Ewing⁷, respondió cortante:

— Sí.

— ¿Llegaron a algún acuerdo? —preguntó el médico.

— El único acuerdo que vale es la rendición incondicional.

El incendio avanzaba y no había forma de detenerlo. Ya el objetivo de permanecer en la Moneda, luchando, se perdía y parecía ser que el destino de sus defensores era morir quemados por las llamas. Allende reunió a aquellos que no iban a poder desempeñar papel alguno en la última defensa y les ordenó rendirse.

En el Ministerio de Defensa, Puccio terminaba de anotar en el papel el ultimátum de los generales:

“Cuando estaba a punto de terminar mi escritura, entró el general Baeza y declaró que ya no era necesario que volviera. Que se le había comunicado que el Presidente se rendía y que estaría saliendo de La Moneda. Lo de la rendición de Allende me pareció extraño...”

Pero era cierto: en La Moneda se había improvisado una bandera blanca, atada a un palo.

Los militares, que acababan de aceptar la rendición, exigieron que los defensores de La Moneda salieran en fila india y con las manos en la nuca. Arriba, en el segundo piso, Allende ordenó a la Payita —la única mujer que había permanecido en el Palacio después de que las demás salieran, antes del bombardeo aéreo— salir en primer lugar. Tras ella, y ya con el fuego a sus espaldas, se fueron agrupando en una larga fila, uno a uno, los hombres que lo habían acompañado y que se aprontaban a dejar La Moneda. El doctor Oscar Soto tomó el improvisado símbolo de rendición y se puso a la cabeza de la hilera para bajar desde el segundo piso y salir a la calle por la puerta de Morandé 80. De pronto, cuando ya la hilera se hallaba en movimiento, se hicieron algunos disparos desde el exterior. Las balas destrozaron los vidrios de una ventana y el doctor Soto tropezó. Los hombres de la hilera retrocedieron en desorden.

Era la “rendición” que Baeza había comunicado a Puccio cuando éste escribía el ultimátum de la Junta.

El episodio fue inmediatamente comunicado desde el Puesto 5 al Puesto 1:

Carvajal: - En estos momentos me avisaron por teléfono de La Moneda que cesaron el fuego, porque se rinden sin condiciones.

Pinochet: - Conforme. De La Moneda al avión.

Carvajal: - Ha ido una patrulla militar a detener a la gente que se rinde.

Pinochet: - De la Moneda al avión.

Carvajal: - Conforme, pero el avión sería para él y familia exclusivamente, y nadie más.

Pinochet: - Conforme, nadie más. Ningún GAP, no vayan a meter a un

GAP ahí. Hay que agarrarlos a todos.

Carvajal: - Conforme.

Pinochet: - Que lo lleven escoltadito, porque lo pueden quitar.

En el Ministerio de Defensa, Flores y Vergara permanecían fuertemente custodiados en un pasillo, con las manos arriba. Puccio salió de la habitación en que había comenzado a escribir el ultimátum de la Junta y los vio así:

“Me coloqué detrás de ellos. Y alguien me dijo: ‘¡Manos arriba!’”. El general Nuño se acercó y me las bajó. En el trayecto hacia abajo, Vergara fue insultado por los militares. Le recordaban los comunicados que entregaba a nombre del gobierno en los que muchas veces había declarado que la situación estaba tranquila. Ahora, los militares lo denominaban Barnabás, haciendo referencia a un personaje de la televisión, y decían: ‘Barnabás, diga ahora que la situación está tranquila y no pasa nada’. Luego le empujaban y le daban puntapiés. Así llegamos a los subterráneos del ministerio, los compañeros Flores, Vergara y yo. Me sujetaron violentamente y me encerraron en una pieza en la que quedé solo. Mucho tiempo después, dos soldados trajeron a mi hijo Osvaldo...”.

En La Moneda, alguien volvió a tomar la bandera blanca y la fila de hombres volvió a rearmarse.

Juan Seoane, miembro del grupo de detectives destacados ese martes 11 en el Palacio de Gobierno, estaba aún en el segundo piso cuando la vanguardia de la fila comenzaba a salir a la calle Morandé⁸.

“Ahí, recordaría, escuché a Allende decir: ‘Todos dejen las armas: yo seré el último en salir’. Fue la última vez que lo vi. Aún se movía de un lado a otro”⁹.

El control militar de la puerta de Morandé 80 se había cerrado en torno a La Moneda.

— Los militares se habían apostado a cada lado de la escalera y nos apuntaban con sus armas —recuerda el doctor Arroyo—. El patio y la calle también estaban llenos de fuerzas militares. Los insultos y culatazos nos llovieron. Una vez en la calle nos hicieron poner contra la pared de La Moneda, con las manos en la nuca. Recuerdo que quedé al lado de Huerta

y pude, de reojo, ver su reloj: eran las dos menos diez minutos¹⁰.

El general Palacios pasó entre el grupo de civiles. Le ardían los ojos por el gas lacrimógeno y el humo. En el segundo piso, escasos defensores permanecían aislados en distintas oficinas.

— Nos tuvieron largo rato de pie -continúa el doctor Arroyo-, contra los muros de La Moneda, y nos allanaron. Luego nos hicieron acostar en el suelo, de boca, muy apretados e incómodos. Recuerdo que antes de botarnos al suelo vi un tanque a poca distancia y por el rabillo del ojo observé cómo avanzaba. Pensé que nos iba a atropellar¹¹. De pronto, alguien gritó: “Necesitamos un médico para atender a un prisionero herido”. Me paré de inmediato y, junto a mí, casi todos los médicos. Pudimos diagnosticarle un cuadro de apendicitis aguda; eso le salvó la vida, ya que fue llevado a la Posta y luego logró escabullirse. El grupo de médicos fuimos entonces obligados a tendernos en otro sector, separados del resto... Cuando estábamos así, escuchamos unos gritos histéricos. Era una mujer: la Payita, que fingió un ataque histérico perfecto¹².

Una ambulancia se acercó para recogerla y conducirla también a la Posta. Posteriormente, lograría escapar.

Desde el Puesto 5, Carvajal le comunica a Pinochet que las personas que estaban en La Moneda la están abandonando y siendo detenidas:

Pinochet: - Yo creo que tenemos que juntarnos los tres comandantes en Jefe y el Director General de Carabineros y hacer una declaración conjunta. Pero en este caso, con Allende afuera.

Carvajal: - El se va. Estamos preparando la información para darla, tanto por telecomunicaciones militares como por una información radial, expresando que se ha rendido Allende...

Pinochet: - Y solicitando salir del país.

Pero Allende no se había rendido, sino acatado la realidad y dejado en libertad de acción a todos sus colaboradores. El no iba a entregarse a los militares.

Desde el Puesto 2, Carvajal recibe un llamado de Leigh:

Leigh: - Deseo saber cómo va la gestión para embarcarlo en la Escuela Militar.

Carvajal: - Ha salido de La Moneda una cantidad de gente, pero todavía no me han confirmado si entre ellos está Allende. Parece que no. Actualmente se está disparando intensamente, porque se está reduciendo a francotiradores que hay sobre todo en el Ministerio de Obras Públicas. Así es que están actuando los helicópteros y la infantería... En este momento se acaba de producir un cese el fuego. Espero que ahora se pueda producir la salida de Allende.

Leigh: - Van dos helicópteros más a batir esos edificios. Yo voy a mandar de todas maneras el helicóptero presidencial de inmediato a la Escuela Militar. Me interesa que tú le avises a la Escuela Militar que va a llegar el helicóptero y va a esperar allí hasta las cuatro, hora en que el Presidente debe tomarlo. Si no llega a las cuatro, yo ese helicóptero lo retiro y el Presidente queda preso esta noche.

Después que un numeroso grupo de personas salió de La Moneda, las tropas subieron al segundo piso y fueron allanando las distintas dependencias. Aún había defensores que perpetuaban la resistencia.

En algún momento entre las 13:45 y las 14:00 horas, el general Palacios fue herido en una mano. El jefe de las tropas que asediaban el edificio de gobierno, general de brigada Javier Palacios, lo relatará en su parte oficial:

“Al subir al segundo piso de La Moneda estaba ya transformada en un infierno por efectos del incendio. Paralelamente recibimos disparos sorprendidos de tiradores emboscados en algunas oficinas. Mi impresión más profunda y fuerte fue ver incendiarse y destruirse el salón Rojo y el gabinete presidencial, del cual solamente alcanzamos a salvar la réplica de la espada de O’Higgins. En uno de esos momentos fue cuando recibí un rebote de disparos hechos por estos tiradores enemigos, interponiéndose milagrosamente un oficial del Regimiento Tacna, quien, pese a quedar también herido, me salvó la vida”.

Cerca de él, un teniente lo vio sangrar y le extendió su propio pañuelo, que el general se arregló como una improvisada venda: el te-

niente era Armando Fernández Larios.

El parte de Palacios sigue así:

“Al continuar nuestro avance en el interior de La Moneda y abrir las puertas que daban acceso al salón Independencia (salón privado del Presidente), nos encontramos con el espectáculo del señor Allende muerto, sentado en un sofá, por los efectos de dos tiros que él mismo se había disparado colocándose la metralleta —regalo de Fidel Castro— bajo la barbilla, lo que le produjo la muerte instantánea. Al entrar a dicha sala, encontramos un hombre joven que, al ser interrogado dijo ser el doctor Guijón, que atendía los servicios médicos de la Presidencia”¹³.

La muerte de Allende, que debió producirse alrededor de las 14:00 horas, ha estado desde entonces rodeada de nebulosa, convirtiéndose en el más controvertido episodio del martes 11 de septiembre; un episodio con una alta carga simbólica que, por lo mismo, ha sido en extremo difícil dilucidar fehacientemente.

La versión oficial habló de suicidio desde el primer momento; otras fuentes han afirmado, por el contrario, que Allende fue muerto por las tropas atacantes.

Sin embargo, lo que parece más próximo a la verdad histórica es que Allende, en efecto, se suicidó.

El detective David Garrido estaba al fondo del pasillo de acceso a la escalera que bajaba hasta el primer piso, frente al living privado del Presidente. Lo vio acercarse hacia ese punto, rodeado de Enrique Huerta, el doctor Patricio Guijón y un puñado de sus colaboradores, y entrar. Con reverencial prudencia, quienes lo acompañaban permanecieron a la entrada de la sala:

“Entonces escuché la voz del Presidente, que dijo fuerte: ‘¡Allende no se rinde!’ y, de inmediato, dos o tres balazos. El médico [Guijón] dijo: ‘El doctor se mató’, [y] entró al despacho. Desde mi posición, vi al Presidente sentado, con la cabeza hacia atrás y el casco botado¹⁴. Había sangre en el muro”.

Los hombres de la hilera continuaban saliendo por la puerta de Morandé 80 cuando un médico comunicó la noticia:

“El doctor murió”.

Juan Seoane recuerda:

“Se produjo un momento terrible. Arsenio Poupin¹⁵ trató de matarse, pero alguien forcejeó con él y le arrebató la pistola. La voz de Enrique Huerta surgió entonces, diciendo: ‘Rindámosle un homenaje al Presidente’. La gente seguía bajando y, cuando me asomé a la escala, vi entrando a los militares”¹⁶,

*

El teléfono suena en la casa de Carmen Frei: alguien llama para comunicarle al ex Presidente que Allende ha muerto. Frei se impacta. En el transcurso de la mañana se había mostrado preocupado por lo que podía acontecerle a su antiguo rival político. Escuchó atentamente y con recogimiento su último y sobrecogedor discurso transmitido por Radio Magallanes. Supo que se le había ofrecido un avión para que abandonase Chile.

Frei no puede evitar los recuerdos: el comienzo de sus relaciones con Salvador, como le llamaba; el tiempo en que se conocieron con Hortensia Bussi.

Está apesadumbrado.

Había querido conversar con Allende durante el período del último diálogo entre el Presidente y el senador Patricio Aylwin. Pero entonces consideró que el resultado de esas conversaciones no había sido satisfactorio y quedó pesimista.

Ahora, ya era demasiado tarde.

*

Después de entrar al salón de la Independencia y descubrir al cadáver de Allende, el general Palacios dispuso que una guardia impidiera la entrada al despacho, excepto a los miembros de la policía técnica. Entonces ordenó enviar a la oficina de los generales, en el Ministerio de Defensa, el siguiente mensaje:

“Misión cumplida. Moneda tomada. Presidente encontrado muerto”.

Carvajal: - Gustavo y Augusto, de Patricio. Hay una información del

personal de la Escuela de Infantería que está dentro de La Moneda. Por la posibilidad de interferencias, la voy a transmitir en inglés: *They say that Allende committed suicide and is dead now*. Díganme si entienden.

Pinochet: - Entendido.

Leigh: - Entiendo perfectamente.

Carvajal: - Augusto, respecto al avión para la familia, no tendría urgencia entonces esa medida. Entiendo que no tendría urgencia sacar a la familia inmediatamente.

Pinochet: - Que lo metan en un cajón y lo embarquen en un avión, viejo, junto con la familia. Que el entierro lo hagan en otra parte, en Cuba. Si no, va a haber más pelota p'al entierro. ¡Si éste hasta para morir tuvo problemas!

Carvajal: - Conforme. La información está, se va a mantener reservada.

Pinochet: - Patricio, el avión con el cajón y se manda a enterrar a Cuba (...). Es conveniente que consideremos que puede tener dos caminos: que lo enterremos aquí, en forma discreta, o lo llevamos a enterrar a Cuba o a otra parte. Quiero respuesta inmediata.

Instantes después se escucha por el canal del Puesto 1 la voz de un oficial que se comunica con el Ministerio de Defensa para ordenar una serie de diligencias:

Puesto 1: - Por cada miembro de las Fuerzas Armadas que sea víctima de atentados a cualquier hora, en cualquier lugar, se fusilará a cinco de los prisioneros marxistas que se encuentren prisioneros... Que se prepare un boletín conteniendo estas ideas.

Carvajal: - Perfectamente claro.

Puesto 1: - Dice el Comandante en Jefe lo siguiente: es indispensable que a la brevedad posible los médicos jefes del Servicio de Sanidad del Ejército, de la Armada y de la FACH y el Jefe del Servicio Médico de Carabineros, más el médico legista de Santiago, certifiquen la causa de la muerte del señor Allende, con el objeto de evitar que más adelante se nos pueda imputar por los políticos a las Fuerzas Armadas el haber sido los que provocaron su fallecimiento. Esto interesa que sea a la brevedad y que

usted se lo comunique a las respectivas instituciones.

La orden fue rápidamente cumplida por Carvajal y la rutina de la certificación oficial de la causa de la muerte se realizó sin testigos imparciales.

Después de supervisar el peritaje sobre el cuerpo de Allende, el general Palacios bajó a la calle:

— Que se paren los médicos —gritó—. Nos paramos mirando hacia La Moneda —recuerda el doctor Arroyo—. Hubo tres médicos que no lo hicieron cuando se dio la orden: Enrique Paris, Eduardo Paredes y el doctor Jorge Klein. Palacios se paseaba nervioso, diciendo: “Miren la barbaridad que nos han obligado a hacer”.

— Palacios se veía muy preocupado e indeciso frente a lo que debía hacer con los detenidos. En un momento pudimos oír que decía: ¿Qué vamos a hacer con los doctores? Cerca de las cuatro de la tarde se adoptó la determinación de dejarnos libres. Tomaron nuestros datos y quedamos en libertad. Se nos aconsejó que nos fuéramos rápidamente a nuestras casas, pero dejaron junto con los otros detenidos al doctor Arturo Jirón, ex ministro de Salud del gobierno de Allende, y al doctor Patricio Guijón.

*

Pinochet: - ¿Tú tienes algunas informaciones que darme?

Carvajal: - Sí, te voy a dar una información. Voy a traer la lista de los detenidos. Un momento. Principales en La Moneda son los siguientes: José y Jaime Tohá, Aníbal Palma, Flores, Daniel Vergara, Puccio e hijo, un tal Hurtado, que es del Ministerio del Interior. 50 miembros, aproximadamente 50 miembros del GAP. Se encontró en La Moneda un gran arsenal de toda clase de armas y explosivos, y máscaras antigases, etcétera. Al entrar a La Moneda, un teniente del Ejército fue herido por uno de los GAP. Se les contestó el fuego y dos GAP resultaron heridos graves y fueron conducidos al hospital.

Pinochet: - Te sigo escuchando.

Carvajal: - Además de esos detenidos, hay dos muertos. El que te informé anteriormente y el periodista Augusto Olivares. Esa sería toda la información que tengo.

Pinochet: - Gracias, gracias. Nos encontramos en el lugar que acordamos.

Carvajal: - Conforme. Terminado entonces.

Los muertos serían tres, en realidad: Olivares y dos hombres de la guardia personal de Allende; Manuel Mercado y Alejandro Morales, que cayeron junto al Presidente. Sin embargo, los militares nunca entregaron sus cuerpos.

Los demás miembros del GAP destacados en La Moneda, así como los 17 detectives de Investigaciones que habían optado por quedarse, fueron detenidos y sacados del edificio en grupos, con las manos en alto. Luego los condujeron en buses hasta el recinto del Regimiento Tacna:

— En el patio [del regimiento] había dos ametralladoras punto 50 —recuerda el detective Garrido— con los servidores listos para disparar. Nos pusieron a todos hincados a 20 metros de las ametralladoras. Llegó entonces un alto oficial. Después supe que era el comandante del regimiento, de apellido Ramírez¹⁷. Gritaba como desahogado para desalojar una parte de atrás en que había unos camiones y unos soldados. ‘¡Salgan de ahí todos!’, gritaba. ‘¡Los vamos a fusilar de inmediato!’. Estaba muy mal ese comandante, muy fuera de sí, muy desesperado con nosotros...”

Quintín Romero, otro de los detectives detenidos en La Moneda completa el recuerdo de Garrido:

— Se armó un alboroto tremendo, porque el comandante del Tacna quería fusilarnos de inmediato. Daba gritos, órdenes y contraórdenes. El comandante Ramírez Pineda gritaba que éramos unos desalmados, por lo que le habíamos hecho frente al general Palacios y lo habíamos herido, que había que fusilarnos de inmediato. Todo esto salpicado de garabatos de grueso calibre. Se acercaron a él un par de oficiales y le hablaron. Escuché algo parecido a que ‘había que esperar’”.

Y esperaron, porque no fueron fusilados. Por el contrario, personal civil y militar procedió a identificarlos:

— Yo era el primero de la fila —continúa el detective Romero—. Dos personas de civil, con una caja, echaban ahí los documentos. Nunca más nadie me preguntó algo. Me pegaron no más...”

Cumplido el trámite de la identificación, llegó un teniente colorín que

los hizo girar sobre las rodillas y moverse hacia el fondo del patio:

— Ahí nos hicieron sacarnos el vestón —recuerda Romero—, los zapatos, la corbata. Luego nos pararon y nos pusieron en cuatro filas, guardando distancia como de tres metros entre uno y otro”.

Luego, siempre de rodillas y con las manos en la nuca, los hicieron desplazarse hasta una antigua caballeriza que se usaba para guardar vehículos:

— Nos quedamos con muy poca ropa y nos tendieron boca abajo, con las manos en la nuca y las piernas abiertas. Nos daban patadas y culatazos.

Así, en esa posición y en esas condiciones, pasarían toda la noche del martes 11 al miércoles 12.

Por la mañana del miércoles 12, los encargados de pasar la lista gritaron el nombre de Enrique Paris y él contestó¹⁸. Lo hicieron pararse, pero le costó hacerlo. Estaba acalambrado por la forzada posición en que había pasado la noche. Entonces, el oficial que lo encaraba sacó su voz:

— Usted va a ser fusilado y aquí está el capellán de la Segunda División del Ejército. ¿Quiere confesarse?

Todos los detenidos de la caballeriza guardaban silencio. Paris respondió:

— No, señor. No tengo nada que confesar.

Fue todo: lo sacaron de la caballeriza y jamás se volvió a saber de él¹⁹.

Alrededor de las 14:00 horas del miércoles 12, dos funcionarios de Investigaciones —Santiago Cirio Planes y Juan Otto— consiguieron que los jefes militares les entregaran a los detectives detenidos en la Moneda. El grupo fue sacado de la caballeriza y conducido a los jardines del regimiento.

Momentos después, el grupo fue subido a los vehículos que iban a llevarlos hasta el cuartel central de Investigaciones. Entonces se dieron cuenta de que no estaba Juan Seoane:

— Preguntamos qué pasaba con el jefe —apunta Romero—, y dijeron que se quedaba, que iba a hacer una declaración, que nos seguiría luego.

Seoane fue apartado del grupo de prisioneros de la caballeriza y trasladado a otra adyacente. Allí pasó la noche del 12 al 13. En la mañana lo

llevaron a limpiar letrinas. Estaba haciendo esa faena cuando se asomó a la puerta de la letrina un civil, que lo llamó. Era para conducirlo de nuevo a la caballeriza de los prisioneros de La Moneda:

— Cuando estábamos allí, en el suelo, aparecieron unos soldados y nos empezaron a amarrar con alambres los tobillos y las manos a la espalda. Daban varias vueltas y hacían un torniquete, cortando el alambre con pinzas. Una vez que terminaron, quedamos todos ahí, tirados en el suelo, amarrados... Sí, eran amarras de muerto.

Rato después llegaron algunos camiones y soldados portando listas, que comenzaron a leer en voz alta. Cuando el prisionero aludido respondía "aquí", lo tomaban entre varios, como un bulto, y lo tiraban arriba del camión.

— De repente —recuerda Juan Seoane—, nombraron a un detective y alguien respondió: 'No está, es de Investigaciones'. Entonces dejaron de nombrar a los de Investigaciones, lo que significó que, cuando terminó la lista, el único que quedé en el suelo fui yo.

Eso le salvaría la vida.

Los camiones comenzaron a moverse con su carga de prisioneros²⁰: iban hacia el campo militar de Peldehue, a pocos kilómetros al norte de Santiago. Jamás regresarían.

En la mañana de ese mismo jueves 13, otros cinco detenidos llegaron al recinto del Tacna. Fueron instalados también en una antigua caballeriza, pero aislados del resto de los prisioneros: entre ellos estaba el joven Enrique Ropert Contreras y, aparentemente, Domingo Bartolomé Blanco. Desde los subterráneos de la Intendencia, el joven Ropert y Blanco y sus hombres habían sido conducidos, en un principio, a la Cárcel Pública en un bus de Carabineros.

Encerrados en el box de la caballeriza, se los procedió a interrogar y torturar durante todo aquel miércoles 13. El interrogatorio estaba a cargo de altos jefes del Ejército, mientras que la tortura corría a cargo de cinco soldados.

El jueves 14, fueron subidos a un helicóptero y llevados hasta Peldehue.

De los 32 detenidos del Tacna asesinados entre el miércoles 13 y

jueves 14, sólo cuatro cuerpos fueron entregados por las nuevas autoridades. Uno fue el del joven Enrique Ropert Contreras. Aun así, la familia de Ropert recuperó su cadáver sólo dos semanas más tarde, el 1º de octubre, cuando una llamada telefónica anónima alteró a Mitzi Contreras, hermana de La Payita:

— Me dijeron que el nombre de Enrique estaba en una lista colocada en la puerta de la Morgue. Pocas horas más tarde, mi domicilio fue allanado.

El 2 de octubre, Mitzi Contreras concurrió hasta el Instituto Médico Legal donde verificó la información y pidió ingresar para cumplir el trámite de reconocimiento:

— Fue traumatizante. No pude distinguir a Enrique y una persona, al parecer empleado de allí, me preguntó si estaba buscando al hijo de La Payita, y me indicó el lugar donde estaba. Efectivamente, era así..."²¹.

*

Cuando se despidió del padre Mariano, Joan Alsina volvió de inmediato al San Juan de Dios. Los funcionarios habían decidido que, aun en la situación de emergencia que se estaba viviendo, el hospital no podía cerrarse como si se tratara de una fábrica. Sin embargo, tampoco era posible obligar a nadie a permanecer en el recinto. El director del Centro había dado orden para que se permitiera abandonar el hospital a aquellos funcionarios que así lo desearan, sobre todo porque existía el anuncio de la Junta de que se iba a instaurar el toque de queda a partir de las 18:00 horas. Así es que muchos se marcharon, bien por preocupaciones familiares o bien para ir a esconderse y evitar probables represalias. Una de las funcionarias que decidió quedarse diría tiempo después:

— La presencia de Juan durante estos tres días nos alentó mucho... Todos sabíamos que él era cura. Pero ser sacerdote para él no significaba acogerse a una situación de privilegio, sino que lo miraba como un acto de servicio. Y, de hecho, durante esa emergencia ayudó en todo lo que se ofrecía. Yo escuché de algunas personas decir que si todos los curas y obispos fueran así, habría mucha más fe en el mundo. El ejemplo de Juan nos aclaró el Evangelio y creo que nunca vamos a olvidar aquellos tres días.

NOTAS

¹ Véase *Cauce* N° 123, 31 de agosto al 6 de septiembre de 1987.

² Véase revista *Análisis* N° 178, del 8 al 14 de junio de 1987.

³ Puccio estaba convaleciente de un infarto y llegó a La Moneda con un hijo del mismo nombre, quien había decidido acompañarlo. Osvaldo hijo, de 18 años, correría la misma suerte de su padre: ser detenido y enviado a isla Dawson.

⁴ Chilenismo por "maniobrar con argucias".

⁵ Chilenismo por "de inmediato".

⁶ En esos instantes, el Puesto 2, de la Comandancia en Jefe de la FACH, sugiere "establecer un centro para detenidos durante el toque de queda en el Estadio Chile y en el Estadio Nataniel".

⁷ Pedro Ewing Hodar, arma de Artillería, oficial de Estado Mayor y profesor de la Academia de Guerra en Geografía Militar, Historia Militar y Estrategia. Tenía 46 años a la fecha del golpe. Hoy se encuentra retirado del Ejército, después de haber llegado al grado de general.

⁸ Juan Angel Seoane, médico, inspector de la policía civil de Investigaciones que se desempeñaba en la Presidencia de la República.

⁹ El testimonio de Juan Seoane y de los detectives David Garrido y Quintín Romero, que aparecen a continuación en el texto, fue publicado por las periodistas María Olivia Monckeberg, Patricia Verdugo y Mónica González en la revista *Análisis*, edición del 22 al 29 de junio de 1987.

¹⁰ Enrique Huerta: intendente de Palacio, desaparecido desde ese mismo día.

¹¹ El detective David Garrido escuchó decir al oficial que iba en la torreta del tanque: "Permiso, mi general, para pasarle el tanque por la cabeza a estos huevones".

Luego continúa Garrido: "Di vuelta la cabeza y vi al general Palacios, con su mano izquierda vendada y un fusil en la derecha. El tanque se movió y puso una oruga encima de la vereda. Cuando el tanque se puso en movimiento, la gente que estaba en el interior del Ministerio de Obras Públicas, que observaba la acción, comenzó a gritar, muy fuerte. Parece que eso detuvo al tanque a escasos centímetros de nuestros cuerpos". Revista *Análisis*, edición citada.

¹² Miria Contreras había sido comisionada por Allende para que rescatase el Acta de la Independencia de Chile, firmada por Bernardo O'Higgins en 1818. El detective Garrido lo relata así:

"Ese pergamino estaba en la sala de Consejo de Gabinete, en el salón Carrera. Cuando ese recinto comenzó a quemarse, alguien sacó el acta original desde la vitrina en que estaba, y se la pasaron al Presidente. Hasta el final lo vi con ella en la mano".

Por su parte, Miria Contreras dijo:

"Me había puesto la chaqueta de Augusto Olivares (quien ya se había suicidado), con la intención de llevársela como recuerdo a Mireya, su esposa. Como era su costumbre, tenía los bolsillos llenos de llaves, libretas, monedas antiguas y manojos de papeles. Debajo de las mangas, puse enrollada el acta original de la Independencia de Chile, firmada por Bernardo O'Higgins el 2 de febrero de

1818. El Presidente le pidió a Eduardo Paredes que me la entregara para salvarla del incendio. Al salir, los soldados me la arrebataron y la rompieron, a pesar de explicarles de qué se trataba".

Juan Seoane recuerda también el episodio:

"Escuché los gritos de La Payita diciendo: '¡Pero si es el Acta de la Independencia, soldado...!'"

Luego llegaría una ambulancia, y la Payita sería sacada del escenario de La Moneda.

¹³ Parte oficial del general Palacios sobre los acontecimientos en La Moneda el 11 de septiembre de 1973, incluido en A. Pinochet, op. cit., pág. 144.

¹⁴ Chilenismo por "tirado".

¹⁵ Arsenio Poupin: abogado, subsecretario general de gobierno.

¹⁶ Fuentes dignas de crédito, que poseen testimonios confidenciales, han confirmado a los autores como la versión más probable la del suicidio de Allende, coincidiendo así con la proporcionada por los detectives Seoane, Garrido y Romero. Ver *Isla 10*, de Sergio Bitar, Editorial Pehuén, Stgo., 1988.

¹⁷ Entonces coronel Joaquín Ramírez Pineda.

¹⁸ Enrique Paris: médico siquiatra, miembro del Comité Central del Partido Comunista, consejero superior de la Universidad de Chile y asesor de Allende.

¹⁹ La versión del fusilamiento de Enrique Paris fue proporcionada por los detectives Seoane, Garrido y Romero, en la revista *Análisis*, edición citada.

²⁰ Diversos testimonios coinciden en señalar que, entre los prisioneros subidos a los camiones que partieron rumbo a Peldehue, se encontraban Eduardo Paredes (médico, presidente de Chile Films y ex director de Investigaciones), el doctor Jorge Klein, Jaime Barrios (ex vicepresidente del Banco Central), Enrique Huerta, Arsenio Poupin, Claudio Jimeno (sociólogo), Oscar Valladares Carocca (miembro del GAP) y Julio Tapia Martínez (chofer del Ministerio de Obras Públicas). El régimen militar ha negado siempre y sistemáticamente la detención de estas personas y, por supuesto, su fusilamiento.

Sobre la muerte de Eduardo Paredes, el día 14 de septiembre el diario *El Mercurio* informó que había muerto "en un enfrentamiento", versión que, más tarde, fue públicamente ratificada por el coronel Pedro Ewing y por el periodista Federico Willoughby (secretario de Prensa de la Junta Militar). Asimismo, los abogados Miguel Schweitzer y Miguel Alex Schweitzer (padre e hijo, ministros de Justicia y de Relaciones Exteriores del gobierno militar respectivamente) confirmaron también a la familia la muerte de Eduardo Paredes. A pesar de todo ello, el cadáver de Paredes jamás les fue entregado a sus deudos y durante el proceso judicial iniciado para aclarar el episodio, no pudo llegarse a establecer el origen de la información oficial entregada por Ewing y Willoughby. El coronel Ewing explicó que el dato llegó a las autoridades "por diversos conductos"; el señor Willoughby declaró haber oído "a un grupo de oficiales en el Ministerio de Defensa decir que Paredes había muerto"; los Schweitzer dijeron que la noticia se las había dado Alvaro Puga (encargado de informaciones del Ministerio de Defensa bajo la Junta Militar) y Puga, finalmente, dijo haberla recibido "de un oficial de Estado Mayor que no me autorizó para dar su nombre". Tomado de revista *Análisis*, edición citada.

²¹ I. Pujadas-Agermanament, op. cit., pág. 323.